

HARLEQUIN
Deseo
TM
HIJAS del PODER
LUCHA DE INTERESES
BARBARA DUNLOP


HARLEQUIN
Deseo™
HIJAS del PODER
LUCHA DE INTERESES
BARBARA DUNLOP



LUCHA DE INTERESES

BARBARA DUNLOP



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Lucha de intereses, n.º 101 - enero 2014
Título original: A Conflict of Interest
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2014

I.S.B.N.: 978-84-687-4046-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

Era noche de celebración en Washington D.C., y Cara Cranshaw tenía que elegir entre el presidente y su amante. Uno entraba triunfante en el salón de baile del hotel Worthington mientras sonaba el himno presidencial de Estados Unidos y ochocientas personas lo aclamaban. El otro la miraba con audacia desde la otra punta del salón, con un mechón de rebelde pelo oscuro sobre la frente, la pajarita ligeramente torcida y unos ojos que transmitían un claro mensaje: que la quería desnuda.

En ese momento, era el periodista de investigación Max Gray quien tenía toda su atención. A pesar de estar decidida a terminar con su relación, no podía apartar la vista de la suya ni pudo evitar tocarse el abdomen en un acto reflejo. No obstante, no podía seguir con Max y Ted Morrow acababa de jurar su cargo como presidente.

–Señoras y caballeros –anunció el maestro de ceremonias por encima de la música y de los aplausos entusiasmados de los asistentes–. El Presidente de los Estados Unidos de América.

El salón estalló en vítores y el volumen de la música aumentó. La multitud hizo un pasillo para dejar pasar al presidente Morrow. Cara se movió también automáticamente, pero siguió sin poder apartar la mirada de la de Max, que también retrocedió un par de pasos.

Cara intentó transmitirle la firmeza de su decisión con la expresión de su rostro. No podía permitir que Max se diese cuenta de lo confundida y asustada que se sentía después de haber estado en el médico esa tarde. «Firmeza», se recordó a sí misma, «nada de dudas y mucho menos miedo».

–Llega tarde –le gritó Sandy Haniford al oído.

Sandy era una de las personas más jóvenes y nuevas de la oficina de prensa de la Casa Blanca, donde Cara trabajaba como especialista en relaciones públicas. Esa noche, Cara estaba acompañando al presidente y a su equipo de fiesta en fiesta, mientras que Sandy estaba allí como enlace con el Servicio de Prensa Estadounidense.

–Solo un par de minutos –respondió Cara sin apartar la vista de Max.

«Firmeza», se repitió.

El inesperado embarazo le había puesto la vida del revés, pero eso no cambiaba su trabajo allí esa noche. Ni alteraba su responsabilidad ante el presidente.

–Tenía la esperanza de que el presidente llegase pronto –continuó Sandy–. Tenemos una incorporación de última hora a los discursos.

Cara giró la cabeza. Las palabras de Sandy habían roto el bloqueo psicológico que le causaba Max.

–¿Qué has dicho?

–Que tenemos otro orador más.

–No es posible.

Los oradores, en especial aquellos que intervenían en los eventos patrocinados por organizaciones que no simpatizaban con el presidente, eran vetados con semanas de antelación. El Servicio de Prensa Estadounidense no era precisamente amigo del presidente Morrow, pero aquella fiesta era una tradición y no le había quedado más remedio que asistir.

La aparición estaba estrictamente planeada y el presidente solo pasaría treinta minutos en la sala de baile del Worthington. Llegaría a las diez cuarenta y cinco, bueno, al final había sido a las diez y cincuenta y dos, y se marcharía a las once y cuarto en punto. Después asistiría a la fiesta de las fuerzas armadas y había dejado claro que quería llegar a tiempo para saludar a las tropas.

–¿Qué quieres que haga? ¿Le hago un placaje al tipo antes de que llegue al micrófono? –le preguntó Sandy a Cara en tono sarcástico.

–Tenías que haber resuelto el problema antes –respondió esta, sacando el teléfono para llamar a su jefa, la secretaria de prensa de la Casa Blanca, Lynn Larson.

–¿Piensas que no lo he intentado?

–Es evidente que no lo suficiente. ¿Cómo les has podido dar permiso para añadir un orador?

–No me han pedido permiso –respondió Sandy con el ceño fruncido–. El propio Graham Boyle ha apuntado a Mitch Davis en la agenda para que haga un brindis. Me ha asegurado que serán máximo dos minutos.

Mitch Davis era uno de los reporteros estrella de la cadena ANS. Y Graham Boyle podía ser el dueño multimillonario de la cadena y el patrocinador de aquella fiesta, pero ni siquiera eso le daba derecho a imponerse al presidente.

Cara no pudo evitar mirar a Max un instante. Era el periodista de investigación más popular de National Cable News, la cadena rival de ANS, y también era de los que movían los hilos. A lo mejor sabía lo que estaba pasando allí, pero ella no podía preguntarle aquello ni nada relacionado con su trabajo, ni entonces ni nunca.

Cara marcó el número de su jefa.

Pero saltó el contestador.

Colgó y volvió a intentarlo.

Vio cómo el presidente llegaba a la mesa principal, situada delante del escenario, y aceptaba las felicitaciones de los elegantes invitados.

El maestro de ceremonias, David Batten, famoso presentador de la

cadena ANS, volvió al micrófono para darle al presidente una breve pero cálida bienvenida y la enhorabuena, y después dio paso a Graham Boyle. Según lo previsto, Graham tenía tres minutos para hablar. Después, el presidente bailaría con la presidenta de un hospital benéfico local y con Shelley Michaels, otra estrella de ANS. A continuación, estaría siete minutos en la mesa con la junta directiva de la cadena y, luego, se marcharía.

Cara guardó el teléfono y avanzó hacia el escenario. Había una escalera en cada extremo, así que tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de poder impedir que Mitch Davis llegase al micrófono. Era una pena que no fuese más alta, más fuerte y, tal vez, un poco más masculina.

Volvió a pensar en Max, que esquivaba las balas en ciudades arrasadas por la guerra, escalaba montañas para llegar a campamentos rebeldes y se abría camino entre cocodrilos e hipopótamos para informar acerca de la lucha por la supervivencia de los pueblos indígenas. Si Max Gray se propusiera evitar que alguien subiese al escenario, seguro que lo conseguía. Era una pena que Cara no pudiese pedirle ayuda y tuviese que hacer aquello sola.

Se decidió por las escaleras de la parte derecha del escenario y siguió avanzando entre la multitud.

Graham Boyle se estaba emocionando al hablar del papel de ANS en las elecciones presidenciales. Había lanzado un par de pullas al presidente Morrow, pero no había dicho nada que pudiese considerarse ofensivo.

Cara deseó ser más alta. Desde donde estaba, no veía las escaleras ni si Mitch estaba esperando para subir por la parte derecha del escenario. También se arrepintió de haber optado por ir cómoda, con unos tacones bajos, en vez de haberse puesto los zapatos que su hermana Gillian le había regalado por Navidad. En esos momentos, le habrían venido muy bien unos centímetros más.

–¿Adónde vas? –le preguntó Max al oído.

–No es asunto tuyo –respondió ella, intentando poner distancia entre ambos.

–Te veo muy decidida.

–Márchate.

Él se acercó todavía más.

–A lo mejor puedo ayudarte.

–Ahora no, Max.

Estaba trabajando. ¿Por qué le hacía Max aquello?

–Estoy seguro de que tu destino no es un secreto de Estado.

Cara aminoró el paso.

–Intento llegar al escenario, ¿de acuerdo? ¿Ya estás contento?

–Sígueme –le dijo él, poniéndose delante.

Max, que medía casi un metro noventa y era ancho de hombros, tenía una figura imponente. Cara imaginó que el hecho de ser famoso también influía. El mes anterior lo habían elegido como uno de los diez hombres más sexys de la ciudad. El caso era que podía moverse entre la multitud mucho más deprisa que ella, así que decidió resignarse y seguirlo.

No obstante, después de unos metros se quedaron parados entre la gente.

–¿Para qué quieres llegar al escenario? –le preguntó Max, girándose hacia ella.

–Que sepas que no conozco ningún secreto de Estado –contestó Cara–. Mi trabajo no es ese.

–Dado que yo no soy ningún espía extranjero, deberíamos ser capaces de mantener esta conversación sin poner en peligro la seguridad del país.

–Buenas noches, señor presidente –dijo la inconfundible voz de Mitch Davis a través del micrófono.

Un murmullo de sorpresa recorrió el salón, ya que Mitch era un conocido detractor del presidente Morrow. Cara se tambaleó. No había conseguido detenerlo.

–Para empezar, señor, permita que lo felicite en nombre del Servicio de Prensa Estadounidense por su elección como Presidente de los Estados Unidos de América.

La multitud aplaudió, aunque tal vez no fue un aplauso tan fuerte como los anteriores.

–Sus amigos –continuó Mitch sonriente–, sus simpatizantes y sus padres deben de estar muy orgullosos.

Cara intentó ver la expresión del presidente para ver si estaba enfadado o simplemente molesto por el cambio de programa, pero no consiguió encontrarlo entre la multitud.

–El presidente está sonriendo –le dijo Max, consciente de su preocupación–. Aunque parece un poco tenso.

–Davis no estaba en el programa –gruñó ella.

–No me digas –comentó él en tono sarcástico, como si solo un idiota pudiese pensar lo contrario.

Cara lo fulminó con la mirada y se abrió paso entre los asistentes a codazos. Lynn Larson iba a ponerse furiosa. En realidad, no era responsabilidad suya asegurarse de que todo saliese bien en aquella fiesta, pero había trabajado en estrecha colaboración con todos los coordinadores de cada una de las fiestas, así que, en parte, aquello era culpa suya.

Por suerte, Max no la siguió.

–Supongo que la más orgullosa de todas será su hija –añadió Mitch justo en el momento en el que Cara llegaba a un lugar desde el que

podía ver a Mitch en el escenario.

El salón se quedó en silencio. El presidente estaba soltero y no tenía hijos. Confundida también por aquellas palabras, Cara se detuvo a tan solo un par de metros de Lynn, que estaba en la mesa del presidente. Lynn miró hacia las escaleras que había al final del escenario, como si estuviese calculando el tiempo que iba a tardar Cara en llegar a ellas.

Mitch hizo una breve pausa y después continuó:

–Su hija de la que hace tantos años que no sabe nada, Ariella Winthrop, que está aquí esta noche para celebrarlo.

La multitud tardó medio segundo en reaccionar. Tal vez estuviese intentando averiguar si aquello era una broma de mal gusto.

Pero Cara pronto se dio cuenta de que era algo mucho más siniestro que una broma. La vista se le fue hacia un rincón del escenario, donde estaba su amiga Ariella. Esta tenía una empresa de organización de eventos a la que habían contratado para preparar aquella fiesta. A Cara se le encogió el estómago al darse cuenta de repente del gran parecido que había entre Ariella y el presidente. Además, hacía años que Cara sabía que Ariella era adoptada y que no conocía a sus padres biológicos.

El volumen de los murmullos aumentó y Cara imaginó a más de cien personas enviando mensajes de texto a través de sus teléfonos móviles.

Dio un paso hacia donde estaba Ariella, pero esta se dio la media vuelta y desapareció detrás del escenario.

Mitch levantó su copa.

–Por el presidente.

Nadie respondió.

Cara fue hacia donde estaba Lynn mientras los asistentes empezaban a hacerse preguntas en voz alta y la prensa se volcaba sobre la mesa.

–Diríjanme a mí las preguntas –dijo Lynn, levantándose de la silla y llamando, al menos un momento, la atención de los periodistas.

El presidente Morrow parecía haberse quedado de piedra.

–Es evidente que vamos a tomarnos cualquier acusación de este tipo muy en serio –empezó Lynn, haciéndole un gesto a Cara con la cabeza para que se dirigiese hacia el escenario.

Esta reaccionó al instante rodeando la repentina rueda de prensa para ir a por el micrófono.

Se dio cuenta de que el equipo de seguridad había rodeado al presidente y se lo llevaba hacia la salida más cercana. Las limusinas ya estarían esperándolo allí.

Cara no tenía ni idea de si la acusación de Mitch Davis era cierta, o si este había aprovechado el parecido físico entre Ariella y el presidente, pero eso no importaba. La noticia habría llegado ya hasta la otra punta del país, incluso hasta la otra punta del mundo.

Subió las escaleras y, mirando fijamente a Mitch Davis, se acercó a quitarle el micrófono.

Él se lo cedió. Al parecer, había cumplido con su cometido.

Mitch miró hacia la multitud y su expresión cambió. Cara se dio cuenta de que Max lo miraba a él de manera amenazadora y se acercaba al escenario para esperarlo al final de las escaleras.

–Señoras y caballeros –empezó Cara, intentando improvisar un discurso–. La Casa Blanca les agradece que hayan querido celebrar esta noche la elección del presidente y los invita a seguir disfrutando de la fiesta. Los miembros de la prensa podrán asistir mañana a la habitual sesión informativa y hacer sus preguntas en ella.

Cara se giró para aplaudir al grupo de música.

–Les dejo con la maravillosa música de Sea Shoals, que amenizará el resto de la velada.

Y después le hizo un gesto al líder del grupo que, afortunadamente, la entendió y unos segundos después empezaron a sonar los primeros acordes de jazz.

Cara bajó rápidamente del escenario.

Max estaba esperándola al final de las escaleras, pero ella consiguió mantenerlo alejado con la mirada. Era la primera vez que lo conseguía. No obstante, él articuló las palabras «más tarde» y Cara supo que aquello no había terminado.

Había ocasiones en las que ser un personaje televisivo resultaba frustrante e inconveniente pero, para Max Gray, esa noche no era una de ellas. Solo había estado en casa de Cara un par de veces, pero el portero del edificio lo conocía y permitió que llegase hasta el ascensor sin llamar antes a Cara para pedir su autorización.

Una suerte, porque Max sabía que lo más probable era que Cara no quisiera que subiese. Y necesitaba verla.

El desastre ocurrido en la fiesta de ANS había sido un duro golpe para la Casa Blanca, en particular, para su oficina de prensa. Cara y Lynn habían reaccionado de manera muy profesional, pero Cara debía de estar disgustada. Y preocupada por lo que ocurriría después. Era probable que aquel escándalo hubiese desbaratado la agenda de la Casa Blanca para varios meses. Max necesitaba ver con sus propios ojos que Cara estaba bien.

Salió del ascensor a un pequeño recibidor. El edificio había sido un colegio que en esos momentos albergaba una docena de lofts, caracterizados por sus techos altos, grandes ventanales y espacios abiertos.

El de Cara tenía un recibidor pequeño del que salían unas escaleras de caracol que daban a un luminoso salón en el que también había

una cocina con encimeras de mármol en un rincón. La zona del dormitorio estaba separada del resto por unos paneles de madera.

A Max le había encantado nada más verlo. Le recordaba a la propia Cara, sin pretensiones, alegre, divertida. Era práctica y desprendía toda ella una belleza natural, desde el pelo moreno y corto a los intensos ojos azules, desde los carnosos labios a aquel cuerpo atlético y sano. Siempre estaba llena de energía y la vida no parecía impresionarla lo más mínimo.

El pequeño recibidor común tenía cuatro puertas. La última vez que Max había estado allí había sido a mediados de diciembre. Cara había mantenido las distancias desde que Ted Morrow había ganado las elecciones en noviembre, pero después le había comprado a Cara un regalo durante un viaje a Australia, unos pendientes de diamantes rosas de la mina de Argyle. Había escogido las piedras preciosas él mismo y había pedido que las engarzasen en oro de dieciocho quilates, especialmente para ella.

Esa noche, Cara lo había dejado entrar y habían hecho el amor por lo que sería, probablemente, la última vez, al menos durante aquel mandato. Cara había insistido en que debían guardar las distancias, ya que él era un conocido presentador de televisión y ella trabajaba para el presidente. Max se estremeció solo de pensarlo. No quería tener que esperar cuatro años para volver a tenerla entre sus brazos.

Llamó a la puerta de Cara y esperó a oír sus pasos en las escaleras de caracol, que eran de hierro forjado.

La oyó detenerse frente a la puerta y supo que estaba mirando por la mirilla. Eran pocas las personas que podían atravesar la entrada del edificio sin que el portero las anunciase, así que Cara ya debía de saber que era él. El hecho de que hubiese bajado las escaleras era buena señal.

–Márchate –le pidió a través de la puerta.

–De eso nada –respondió él, apoyando el puño en la madera.

–No tengo nada que decirte.

Él se acercó más a la puerta para no tener que levantar la voz y alertar así a los vecinos.

–¿Estás bien, Cara?

–Estupendamente.

–Necesito hablar contigo.

Ella no respondió.

–¿De verdad quieres que lo haga desde aquí? –la retó Max.

–Lo que quiero es que te marches.

–No lo haré hasta que me asegure de que estás bien.

–Ya soy mayorcita, Max. Puedo cuidarme sola.

–Ya lo sé.

–Entonces, ¿por qué has venido?

–Ábreme la puerta y te lo diré.
–Buen intento.
–Cinco minutos –le rogó él.
Cara no respondió.
–Diez si tengo que decírtelo desde aquí.
Un par de segundos después oyó cómo Cara quitaba la llave. La puerta se abrió y ella apareció vestida con una camiseta ancha de color gris y unos pantalones negros de gimnasia. Estaba descalza, despeinada e iba sin maquillar, por lo que se podían ver esas pecas que hacían que fuese todavía más linda.
–Hola –le dijo Max en voz baja, resistiendo el impulso de tocarla.
–De verdad que estoy bien –comentó ella, apretando después los labios, con la mandíbula tensa y agarrando la puerta con fuerza.
Él asintió y entró. Cerró la puerta y miró hacia la escalera de caracol.
–Solo cinco minutos –repitió Cara.
–Puedo tomarme un refresco en menos de cinco minutos.
Ella sacudió la cabeza, pero fue hacia las escaleras. Max la siguió y volvió a hacer un esfuerzo para no tocarla. Había habido un tiempo, aunque muy breve, en el que había podido hacerlo con toda libertad.
–¿Quieres una Coca-Cola o prefieres una cerveza? –le preguntó ella al llegar a lo alto de las escaleras, dirigiéndose hacia la cocina.
–Una cerveza –decidió Max, quitándose la chaqueta del esmoquin y aflojándose la pajarita.
Se acercó a la zona en la que había dos sofás de cuero verde, un par de sillones a juego y varias mesas bajas con lámparas, todo acompañado por una bonita alfombra marrón y dorada. Las vistas de la ciudad eran muy amplias. La noche se había aclarado con una capa recién caída de nieve, que cubría los edificios y los árboles, y reflejaba las luces del parque que había al otro lado de la calle.
Cara volvió con una lata de cerveza para él y otra de Coca-Cola para ella. Le tendió la de cerveza y después se hizo un ovillo en uno de los sillones y abrió el refresco.
–Cuatro minutos –le advirtió.
Él abrió su cerveza y se sentó en un extremo de uno de los sofás. Se quitó el reloj y lo dejó encima de la mesa del café para poder verlo.
Se dio cuenta de que Cara sonreía involuntariamente.
–¿Estás bien? –le preguntó Max en voz baja.
–Estoy bien –le aseguró ella una vez más.
–¿Lo sabías? –añadió él sin poder evitarlo.
–Sabes que no puedo responderte a eso.
–Sí. Contaba con poder leerte la expresión.
–¿Y lo has hecho?
–Es tan inescrutable como siempre.

–Gracias. Me ayuda en mi trabajo –respondió Cara, dándole un sorbo a su lata.

–Sabes que tendré que investigar la noticia.

–Lo sé.

–No quiero hacerte daño. Y respeto al presidente, pero ¿una hija secreta?

–No es seguro que sea su hija.

Max se quedó inmóvil. Le sorprendió que Ca-ra hubiese dicho aquello.

–Pronto lo sabremos.

Cara asintió.

–¿Has hablado con Ariella?

Max sabía que eran amigas; Cara le había presentado a la otra mujer en una fiesta benéfica que había tenido lugar antes de las elecciones.

Cara dejó la lata encima de una mesa que tenía al lado.

–¿De verdad piensas que eso beneficiaría a alguien?

–Eso no es ni un sí ni un no.

La expresión de Cara se mantuvo completamente neutra.

–Eres muy buena –admitió Max.

Ella se puso recta.

–Sé que tienes que investigarlo, Max, pero voy a pedirte que, al menos, seas justo al hacerlo. Por favor, ten en cuenta todos los hechos antes de contribuir a aumentar la histeria colectiva.

Max se inclinó hacia delante y aspiró el olor a coco de su champú. Estaban tan cerca que tuvo que hacer un gran esfuerzo para no besarla.

–Siempre tengo en cuenta todos los hechos.

–Ya sabes lo que quiero decir.

Él alargó la mano para tomar la de Cara, pero esta se la apartó.

–La cosa se va a poner fea.

Max supo que se estaba quedando muy corta. La prensa, por no mencionar a la oposición, ya había olido la sangre y estaba al acecho.

–¿Tienes que volver al trabajo esta noche?

–Lynn va a hacer el turno de noche. Yo iré mañana a primera hora.

–La cosa va a durar tiempo –comentó él.

Deseaba poder hacer algo para ayudarla, pero su trabajo era muy distinto del de Cara; de hecho, estaban reñidos.

–Sí –respondió ella, que ya parecía cansada.

–Yo seré justo, Cara.

–Gracias –le dijo ella en tono un tanto melancólico.

Por un momento, sus ojos azules se ablandaron y su expresión se volvió menos cauta.

Él volvió a intentar tomar su mano, en esa ocasión se la agarró antes de que le diese tiempo a apartarla.

Cara miró sus manos unidas y dijo en un susurro:

–Ya sabes cuáles son los motivos.

–Pero no estoy de acuerdo con ellos.

–No puedo salir contigo, Max.

–Y yo no puedo dejar de desearte, Cara.

Ella levantó la mirada y clavó en él sus ojos.

–Inténtalo, Max. Eres un hombre fuerte, así que utiliza esa fuerza e inténtalo.

Él no pudo evitar sonreír al oír aquello.

–No estoy aquí para obtener información, sino porque estaba realmente preocupado por ti.

–Ya te he dicho...

–Que estás bien. Lo sé.

Cara no iba a decirle lo contrario.

Tenía la piel cremosa y aterciopelada, los labios oscuros y suaves, ligeramente separados. Max imaginó su sabor, su olor, su suavidad y se dejó llevar por el instinto. Inclinó la cabeza y se echó hacia delante.

Pero Cara retrocedió con brusquedad antes de que le diese tiempo a besarla.

–Tus cinco minutos se han terminado.

Max suspiró y le soltó la mano.

–Sí, supongo que sí.

Max se había dejado el reloj en su casa. Cara no sabía si lo había hecho a propósito. Era un Rolex platinum con esmeraldas talla baguette en la esfera. Ni siquiera podía imaginarse el precio. Era evidente que ser un personaje televisivo tenía sus ventajas.

Al irse a la cama, Cara había dejado el reloj en su mesita de noche y había utilizado su alarma como refuerzo porque tenía que levantarse a las tres y media de la madrugada.

Después se lo había metido en el bolso antes de dirigirse a su despacho, situado en el ala oeste de la Casa Blanca. Si Max la llamaba para preguntarle por él, se lo acercaría antes de volver a casa. No iba a permitir que este lo utilizase para volver a ir a verla.

Pasó su tarjeta identificativa por el escáner que había en la entrada de la Casa Blanca y atravesó el arco de seguridad antes de que amaneciese.

Oyó un aspirador y vio a varios repartidores en el vestíbulo principal. La parte delantera estaba tranquila, pero el nivel de actividad aumentaba según se iba acercando a la oficina de prensa. Se cruzó con varias personas antes de llegar a su pequeño despacho.

–Buenos días, Cara –la saludó su jefa, Lynn, que había salido a su encuentro.

Ella se desabrochó el abrigo y se quitó la bufanda del cuello mientras seguía andando.

–¿Has tenido oportunidad de hablar con el presidente?

Lynn negó con la cabeza y se cambió de mano una carpeta.

–El Servicio Secreto ha estado una hora con él. Luego ha entrado Barry. Y, después, se ha ido a su residencia.

–¿Es verdad?

Una de las asistentes de comunicación apareció y tomó la bufanda y el bolso de Cara. Esta se quitó el abrigo y se lo dio también.

–No lo sabemos –respondió Lynn, empujando la puerta de su despacho.

Ella la siguió dentro.

–¿No se lo ha preguntado Barry?

El jefe de personal, Barry Westmore, conocía al presidente mejor que nadie.

Por su parte, como secretaria de prensa, Lynn tenía el despacho más grande de la parte de comunicación. En él había un enorme escritorio de roble, un largo aparador, un sofá color crema y tres pantallas de televisión situadas en una pared y en las que se veían los informativos de tres continentes distintos. Los periodistas estaban especulando en inglés, alemán y ruso acerca de la vida personal del presidente.

Lynn se dejó caer en su sillón de cuero e hizo girar el anillo de topacio que llevaba en el dedo de la mano derecha. Las luces del jardín, que rompían la oscuridad de la noche, se veían a través de la ventana que tenía delante.

–Aunque sea verdad, el presidente no era consciente de que tenía una hija.

–Eso es bueno.

Desde el punto de vista de las comunicaciones, era clave en aquella situación.

Lynn no parecía tan aliviada como Cara.

–Hay varias posibles mujeres.

Cara arqueó las cejas.

–Barry y yo hemos hecho las cuentas –continuó Lynn–. Teniendo en cuenta todas las variables del periodo de gestación, ya que el bebé pudo ser prematuro, hay tres posibles madres.

–¿Tres? –preguntó Cara sonriendo, a pesar de la gravedad de la situación–. Vaya con el señor Presidente.

Lynn frunció el ceño al oír semejante impertinencia.

–Fue durante su último año de instituto. Era una estrella del fútbol.

–Lo siento –añadió Cara enseguida, sentándose en una de las sillas que había al otro lado del escritorio.

Su jefa rechazó la disculpa con un gesto de la mano.

–Se niega a darnos los nombres. Para empezar, quiere saber si

Ariella es realmente su hija. Solo si es cierto que es su hija permitirá que investiguemos a sus exnovias.

–La prensa las encontrará antes –le advirtió Cara, sin poder evitar pensar en Max.

–Es verdad –admitió Lynn–, pero el presidente no quiere arruinar varias vidas inocentes.

Cara pensó que ya era demasiado tarde. Se sabrían los nombres de todas las mujeres que hubiesen tenido la mala suerte de acostarse con el presidente Morrow en el instituto.

Lynn volvió a hacer girar su anillo.

–Siempre surge algo inesperado. Y siempre se trata de sexo. La próxima vez, recuérdame que apoye a algún cerebrito, que haya sido presidente de un club de ajedrez o algo así.

–Hoy en día, los cerebritos también tienen sus líos –comentó Cara.

–Es porque pensamos que algún día serán ricos.

–Ese es el motivo por el que voy a ligar al Internet café de mi barrio.

Lynn sonrió y su expresión cansada cobró algo de vida.

–Tenía que haberme casado con un empollón del instituto.

–¿En vez de hacerlo con un atractivo capitán de navío?

Lynn se encogió de hombros, pero no pudo evitar que le brillasen los ojos.

–Eran las vacaciones de primavera y estaba tan guapo con su traje blanco...

–Ni siquiera te paraste a mirar dos veces a los empollones –la acusó Cara.

–Las hormonas no atienden a razones.

Cara volvió a pensar en Max e hizo un esfuerzo por borrarlo de su mente.

–¿Has hablado con Ariella?

–Nadie sabe dónde está.

–No me extraña –admitió Cara, que habría hecho lo mismo.

–¿Crees que podrías encontrarla tú? –le preguntó Lynn.

A Cara le habría encantado intentar encontrar a Ariella y asegurarse de que estaba bien, pero no iba a abandonar a Lynn para llevar a cabo una búsqueda infructuosa.

–Me necesitas aquí.

–Podemos vivir sin ti.

–Vaya, eso es justo lo que esperaba oír. Vas a tener que dar una rueda de prensa hoy mismo. Y necesitas que la escriba. También necesitas dormir.

Ella también deseó haber podido dormir más de tres horas. Sabía que, estando embarazada, tenía que preocuparse más por comer y dormir bien, pero eso era bastante complicado con su trabajo. En

especial, durante aquella crisis.

–Me vendrá bien dormir un rato –admitió Lynn–. Barry está preparando una declaración, y no vamos a hablar con la prensa hasta por la tarde. ¿Crees que podrás encontrar a Ariella?

Cara se puso en pie. Tenía que pensar que su embarazo iría bien durante las primeras semanas a pesar del caos que reinaba en su vida. Se dijo que algunas mujeres ni siquiera sabían que estaban embarazadas a esas alturas.

–Puedo intentarlo –le respondió a su jefa.

–Pues ve. Márchate de aquí.

Cara fue hacia su propio despacho después de recuperar el bolso y el abrigo. Si daba con Ariella, al menos podría ofrecerle la protección del Servicio Secreto. Se enrolló la bufanda al cuello antes de salir a la nieve.

Si la historia era cierta, Ariella necesitaría protección para el resto de su vida, y eso solo sería el principio. Ella misma solo trabajaba para la Casa Blanca, pero eso había cambiado toda su vida. No podía ni imaginar cómo estaría Ariella.

Capítulo Dos

Después de recorrer la ciudad durante horas, buscando a Ariella en todos los lugares en los que pensó que podría estar, Cara tiró la toalla. Eran casi las nueve de la noche, había dejado una docena de mensajes y había preguntado a todas las personas que podían saber algo de ella. Cuando entró al ascensor que llevaba a su loft, estaba agotada. Tal vez Ariella se hubiese marchado del país.

Cara metió la llave en la cerradura y abrió la sólida puerta de roble.

Nada más entrar se dio cuenta de que algo no iba bien. Arriba había una luz encendida y se oía música.

Se llevó automáticamente la mano al bolso, donde tenía el reloj de Max. Si este lo había utilizado como excusa para volver, si el portero lo había dejado entrar en su casa, ambos lo iban a pagar muy caro. Tal vez Max fuese una estrella de televisión a la que admiraba media ciudad, pero eso no le daba derecho a entrar en su casa y ponerse cómodo.

Cara dejó el abrigo y la bufanda en un extremo del banco que había en la entrada y se quitó las botas sin molestarse siquiera en guardarlas en el armario. Subió las escaleras de caracol haciendo acopio de valor y dispuesta a atacar antes de que a Max le diese tiempo a camelarla.

Entonces se dio cuenta de que la música que sonaba era de Beyoncé. Y que olía a algo en el horno. Llegó a lo alto de las escaleras y se quedó de piedra.

Ariella estaba en el centro de su cocina y había harina por todas partes. Se había puesto una de sus camisetas viejas encima de un vestido corto y llevaba unos guantes de horno rojos en las manos, en las que tenía una bandeja con magdalenas de chocolate.

–Espero que no te importe –le dijo–. No sabía adónde ir.

–Por supuesto que no me importa –respondió Cara, cruzando rápidamente la habitación–. He estado buscándote por todas partes.

Ariella dejó la bandeja.

–Han rodeado mi casa y el club. No me he atrevido a ir a un hotel y me ha dado miedo ir al aeropuerto. Sabía que tu portero me conocía y he fingido que había perdido una llave que tú me habías dado.

–Has hecho bien viniendo aquí –le dijo Cara dándole un abrazo solo a medias para evitar mancharse de harina.

Entonces miró las bonitas magdalenas de vainilla, chocolate y terciopelo rojo, con su cobertura de mantequilla. Ariella las había adornado con flores, arcoíris y mariposas de mazapán.

–¿Tienes hambre? –le preguntó en tono de broma.

–Es la energía que dan los nervios.
–Podríamos llevarlos al despacho y venderlos.
Había por lo menos cinco docenas y no podían echarlos a perder.
Ariella se quitó los guantes y apagó la música.
–¿Tienes vino?
–Por supuesto.
No tenía mucha variedad, pero siempre había algo.
Fue a buscarlo.
–¿Merlot? ¿Shiraz? ¿Cabernet Sauvignon? También tengo un Mondavi selección privada.
–No creo que sea el día de desperdiciar una buena botella de vino.
Cara rio y sacó la botella.
–Hoy prefiero cantidad a calidad –comentó Ariella.
–Te entiendo –le dijo Cara, volviendo a la cocina y buscando un lugar entre tanto desorden para abrir la botella–. Las copas están encima de los fogones.
Ariella las sacó y las dos se fueron al salón.
Una vez allí, Ariella se quitó la camiseta y se quedó con un sencillo vestido de cóctel gris. Se dejó caer en un sillón y se hizo un ovillo en él.
–¿Hay que dejar que se oree?
–En caso de emergencia, no es necesario –respondió Cara, empezando a servir.
Ariella se inclinó hacia delante y tomó la primera.
Cara llenó su copa y se sentó en el sofá. Entonces se acordó de que estaba embarazada y la dejó.
–Voy a dejar que mi vino se oree unos minutos –añadió–. Bueno, ¿cómo lo llevas?
–¿Tú qué crees?
–Yo estaría flipando.
–Estoy flipando.
–¿Podría ser cierto? –le preguntó Cara–. ¿Sabes algo acerca de tus padres biológicos?
Ariella negó con la cabeza.
–No sé nada en absoluto –admitió, y luego rio–. Salvo que eran de raza blanca. Pienso que estadounidenses. Y tal vez uno de ellos haya llegado a presidente.
–Siempre pensé que tenías unos genes espectaculares.
Ariella se puso en pie, se acercó a un espejo que había al final de las escaleras y se miró en él.
–¿Crees que me parezco a él?
–Un poco –admitió Cara, levantándose para acercarse a su amiga–. Bueno, la verdad es que te pareces bastante.
–Lo suficiente como para...

–Sí –susurró Cara abrazándola.

Ariella cerró los ojos un instante.

–Necesito marcharme a algún lugar en el que esto no sea tan importante.

–Deberías quedarte en Washington. Podemos protegerte. El Servicio Secreto...

–No –respondió Ariella, volviendo a abrir los ojos.

Sus miradas se cruzaron en el espejo.

–Vas a tener que hacerte una prueba de ADN –le dijo Cara.

Ariella negó con la cabeza.

–Todavía no –le respondió su amiga–. Una cosa es sospecharlo y, otra, estar segura, ¿lo entiendes?

Cara creyó entenderlo.

–Me haré la prueba de ADN, pero todavía no. No sé si sería capaz de asimilarlo si el resultado fuese positivo –añadió Ariella.

–¿Adónde vas a ir?

–No puedo decírtelo. Tienes que decir la verdad cuando te pregunten en el trabajo.

–Podría mentir.

–No, no puedes.

Cara supo que tenía razón.

–¿Cómo podré ponerme en contacto contigo?

–Te llamaré yo –le respondió su amiga con la voz quebrada.

–Nada de esto es culpa tuya –comentó Cara, volviendo a abrazarla por los hombros.

Ariella asintió.

–Es un buen hombre.

–Seguro que sí, pero es el presidente. Y eso significa...

Ariella se interrumpió antes de terminar la fra-se.

–Sí –dijo Cara.

Eso significaba que el circo no había hecho más que empezar.

Su teléfono pitó y Cara supo que se trataba de un mensaje de Lynn. Sacó el aparato del bolso y leyó el mensaje, que decía que pusiese la cadena ANS.

–¿Qué pasa? –le preguntó Ariella al ver su expresión.

–Es Lynn. Está pasando algo. Está en las noticias.

Cara fue hacia la zona de salón y apretó un botón del mando de la televisión para poner la cadena ANS.

Ariella se acercó a su lado.

–Tenía un mal presentimiento –comentó.

La periodista Angelica Pierce estaba especulando acerca de Ariella y de su relación con el presidente, y estaba hablando de una mujer llamada Eleanor Albert que era del pueblo natal del presidente, Fields, Montana. Al otro lado de la pantalla apareció un viejo álbum de fotos

en el que estaban el presidente y la tal Eleanor Albert. En medio brotó una fotografía de Ariella.

Cara se quedó de piedra.

Ariella tomó aire y se agarró al sofá.

–No –gimió.

Cara la sujetó con fuerza. El parecido era tal que no iba a hacer falta ni la prueba de ADN.

Max sabía que la excusa de haberse olvidado el reloj para volver a casa de Cara era muy mala, pero no se le había ocurrido nada mejor. Cara estaba en casa en esos momentos, las luces estaban encendidas.

Acababa de ver las fotografías del presidente, Ariella y Eleanor en una web de noticias en su tablet. Se iba a armar una buena en la Casa Blanca y lo más probable era que no pudiese volver a ver a Cara en las próximas semanas.

Salió de su Mustang GT y se subió el cuello del abrigo para protegerse de la nieve. Volvía a casa después de cenar con uno de los jefazos de la cadena NCN y llevaba zapatos de vestir, así que intentó cruzar la calle evitando los charcos.

Al llegar a la marquesina del edificio se sacudió los copos de nieve de las mangas y vio aparecer ante él a Ariella Winthrop. Ambos se quedaron de piedra.

–¿Ariella? –dijo Max, mirando a ambos lados de la calle para asegurarse de que no había nadie.

–Hola, Max.

Este se acercó y la agarró del brazo para alejarla de la farola.

–¿Qué estás haciendo? No puedes estar en la calle.

Al parecer, no había ningún otro periodista por allí, pero no era seguro. Max solo la había visto un par de veces, pero le caía bien. Era amiga de Cara y su instinto protector parecía despertarse con todo lo relacionado con ella.

–El portero me ha llamado un taxi.

–¿Un taxi? ¿Es que no has visto las noticias? Has salido en todas partes.

–Ya lo sé.

–Deja que te lleve yo a casa.

Max se dio cuenta de que aquello era ridículo.

–Te llevaré a un hotel. O a donde tú quieras, pero no puedes quedarte aquí sola esperando un taxi.

Intentó llevarla hacia su coche, pero Ariella se quedó donde estaba.

–Max –protestó.

Él se giró para mirarla.

–Tú también eres periodista, ¿recuerdas?

–No tienes por qué hablar. No digas nada –le sugirió él–. ¿Puedo hacerte solo una pregunta?

Ariella lo miró con impaciencia.

–¿Has sido tú la que ha filtrado la información a ANS?

–Jamás había oído hablar de Eleanor Albert. Y las fotografías no demuestran nada. Además, todavía no sé si es verdad.

–Todo el mundo lo sabe –le dijo él en tono comprensivo, dándose cuenta de que Ariella no quería admitir la realidad–. Deja que te lleve a la Casa Blanca.

–¡No!

–¿Has estado con Cara? –le preguntó.

Tal vez Cara no estuviese en casa.

–Eso son dos preguntas –respondió Ariella.

–¿Está en casa? ¿Te ha dejado marchar?

–Soy una mujer adulta, Max.

–Y también eres la hija del presidente.

–No hasta que se demuestre.

A Max se le ocurrió entonces otra idea.

–¿Vas a esconderte?

El silencio de Ariella confirmó sus sospechas.

–Puedo ayudarte. Te llevaré a un lugar seguro.

Ariella puso los ojos en blanco.

–¿Cómo voy a esconderme donde me diga un periodista de NCN? Estoy segura de que vas a hacer pública esta conversación.

Max no podía mentir a sus jefes, pero sí podía escoger qué contarles y cómo.

–Yo decidiré cómo plantear la historia. ¿Qué quieres que cuente?

Ariella dudó, y después debió de decidir que no tenía nada que perder.

–Que no tengo ni idea de quiénes son mis padres biológicos y que me he marchado de Wa-shington.

–Hecho.

–¿De verdad harías eso por mí?

–Sí –le contestó Max con toda sinceridad.

Después de un momento, la expresión de Ariella se suavizó.

–Gracias, Max.

–Deja que te lleve por lo menos al aeródromo de Potomac. Allí podrás tomar un vuelo chárter adonde tú quieras. Si necesitas dinero...

–¿Cómo vas a llevarme a Potomac y no informar de ello?

–Diré que fuentes cercanas a Ariella Winthrop nos han desvelado que se ha marchado de Washington, probablemente en un avión privado. Y que no se sabe nada del destino, ni del avión ni del piloto.

Max volvió a mirar a ambos lados para asegurarse de que seguían solos.

–Podrías recogerte el pelo, Ariella. Pararemos en alguna parte a comprar unos pantalones vaqueros, una gorra y unas gafas de sol. Toma un Learjet o alguno de esos vuelos en los que nadie hace preguntas.

Ariella dudó de nuevo y se mordió el labio inferior.

–¿Se te ocurre algo mejor? –le preguntó Max.

–¿Qué ganas tú con todo esto?

–Benevolencia. La tuya, la de la Casa Blanca y la del presidente. Además, soy un buen tipo.

–Eres periodista.

–Pero sigo siendo un buen tipo. Y no me gusta ver a señoritas en apuros.

Eso la hizo sonreír muy a su pesar.

–Tengo el coche al otro lado de la calle –añadió Max–. Si seguimos aquí, nos arriesgamos a que te reconozca alguien.

En ese momento apareció un taxi.

Ariella lo miró, pero luego le dijo a Max:

–Llévame al aeródromo de Potomac.

–Dos cosas –le dijo Lynn a Cara desde detrás de su escritorio.

Eran las diez de la mañana y Lynn acababa de terminar de dirigirse a los periodistas en la sala de prensa. Era el segundo día que lo hacía. Hasta el momento, el presidente Morrow había permanecido lejos de los focos y solo había participado en pequeños actos en los que la Casa Blanca podía controlar la lista de invitados. No obstante, Cara sabía que eso estaba a punto de cambiar. Esa noche, el presidente tenía que asistir a una representación en el Kennedy Center.

–Evidentemente, Eleanor Albert es una de nuestras prioridades –continuó Lynn, contando con los dedos de la mano–. ¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Es la madre de Ariella? ¿Qué va a decir públicamente acerca del presidente? Después, en Fields, Montana, hay mucha gente. Habrá que ver qué saben, de qué se acuerdan y si quieren hacer declaraciones.

Luego levantó la vista y miró hacia la puerta que había detrás de Cara.

–Aquí estás –dijo, haciendo un gesto a la persona que había en ella para que entrase–. Pasa.

Cara se giró y vio sorprendida que se trataba de Max. Iba vestido con unos vaqueros azules y botas, camisa blanca y americana oscura. Se acababa de afeitar. El hecho de ir siempre despeinado y de tener los hombros tan anchos y aquella imagen tan dura le daban un aura de poder, a pesar de que solo era un visitante en el ala oeste de la Casa Blanca.

La miró a los ojos con expresión neutra.

A Cara le costó un gran esfuerzo controlar su enojo a pesar de la presencia de Lynn. Max había salido en televisión la noche anterior y había contado lo que sabía acerca del paradero de Ariella. Cara no sabía cuál era su fuente, pero Max la había exprimido bien.

–Siéntate –le dijo Lynn, señalando el sillón que había al lado del de Cara.

Ambos eran de piel marrón, de respaldo bajo y redondo, cómodos.

Max se movió con cautela, pero hizo lo que Lynn le había pedido.

–¿Quién es tu fuente? –le preguntó esta sin preámbulos.

–Sabes muy bien que no puedo revelar mis fuentes –le respondió Max a Lynn, pero miró a Cara también.

–Sí puedes hacerlo si se trata de un asunto de seguridad nacional –replicó Lynn–. Y este lo es.

Max se apoyó en el respaldo del sillón.

–¿De verdad? Continúa.

–Si la secuestran –empezó Lynn, haciendo girar su anillo–, podríamos tener un problema de seguridad nacional.

–Todavía no sabes si es su hija.

–Estoy convencida solo con ver las fotogra-fías, y seguro que al resto del país le ha pasado lo mismo. El presidente no va a correr ningún riesgo.

Max se puso tenso.

–Entonces, ¿me estás diciendo que el presidente se acostó con Eleanor Albert?

Lynn palideció.

–Yo no he dicho eso.

Pero Max aprovechó aquel tropiezo.

–Si no se hubiese acostado con ella, esto no sería un asunto de seguridad nacional.

Por un momento, Lynn se quedó sin habla.

–¿Quién te dijo que Ariella iba a ir al aeródromo de Potomac? –intervino Cara.

Max giró la cabeza para mirarla. Su mirada era fría y, su expresión, perfectamente profesional.

–Venga, Max –insistió ella–. Tú tampoco quieres que nadie le haga daño a Ariella. Es inocente. Necesita la protección del Servicio Secreto.

–No me digas –respondió Max–. ¿Y se lo dijiste anoche?

Cara parpadeó y notó que se le hacía un nudo en el estómago.

–¿Le advertiste que necesitaba la protección del Servicio Secreto? –insistió él.

Cara supo que solo había una manera de que Max supiese que Ariella había estado en su casa.

–Por supuesto que sí. Le rogué que me dejase ayudarla. Acabo de contárselo a Lynn.

Max se giró hacia esta.

–¿Quieres saber mi fuente? La propia Ariella es mi fuente. Yo la llevé al aeródromo de Potomac. Se ha marchado de Washington, Lynn.

Lynn se puso muy recta.

–¿Y por qué demonios no se lo impediste?

–Porque no podía secuestrarla ni obligarla a quedarse aquí.

–¿Todavía está en el país? –preguntó Cara.

–Me dijo que llevaba el pasaporte.

–Anoche no contaste nada de eso.

Max se giró hacia ella; su expresión era de reproche.

–No, no lo hice.

–¿Y quieres ganar puntos con eso? –inquirió Cara.

–Estaría bien. Que se me reconozca un poco el mérito. Un poco de consideración. Tal vez una exclusiva o dos. Me encontré con Ariella y le ofrecí mi ayuda. Y antepuse su seguridad y el bien de mi país a mis propios intereses. Estaba decidida a marcharse de Washington y pensé que lo mejor que podía hacer era ayudarla.

Cara asintió sin darse cuenta. Solo esperaba que Ariella volviese pronto. A todo el mundo le interesaba que se hiciese la prueba de ADN cuanto antes.

La actitud de Lynn cambió.

–La Casa Blanca aprecia el esfuerzo que has realizado, Max –le dijo.

–Eso pensaba –respondió este, poniéndose en pie–. No soy el malo de la película, pero tengo que hacer mi trabajo.

Estaba saliendo del despacho cuando sonó el teléfono de Lynn. Cara aprovechó la oportunidad para levantarse y salir tras él.

–¿Max? –lo llamó ya en el pasillo.

Él se giró y la esperó.

Ella señaló con la cabeza hacia su despacho.

Max entró en él y Cara cerró la puerta.

–¿Dónde te encontraste con Ariella? –lo interrogó inmediatamente.

–En Logan Circle.

–En mi casa.

–Sí.

–Estabas esperándola allí.

Él se acercó y a Cara se le aceleró el corazón. Por mucho que intentase mantenerse fría, no podía evitar sentirse atraída por Max Gray.

–¿De verdad es eso lo que piensas? –le preguntó él–. ¿Que estaba esperando enfrente de tu casa por si Ariella salía de ella?

Cara tuvo que admitir que aquello no tenía sentido. Retrocedió un paso y se chocó contra el borde del escritorio.

A Max le brillaron los ojos mientras se acercaba más.

–¿No se te ocurre ningún otro motivo?

–Ya te he dicho que no, Max.

–Fui a buscar mi reloj.

–Ambos sabemos que eso era una treta.

–Sí. Es verdad, pero no me has dejado elección, Cara.

–Tienes que mantenerte alejado.

–No puedo.

Se oyó un grito en el pasillo y el ruido de pisadas.

–No podemos hacer esto aquí –le dijo ella.

–¿Dónde y cuándo?

–Nunca, en ninguna parte.

–La respuesta no es correcta.

–Es la única que puedo darte. Tengo que ponerme a trabajar, Max. Por si no has leído los periódicos, tenemos una crisis.

–Lo siento mucho –le dijo él en tono suave–. De verdad.

–Tú también tienes que trabajar.

–Sí, será mejor que me marche.

Max le rozó los nudillos con los suyos, haciendo que Cara se estremeciese y que se le encogiese el corazón y el abdomen.

Antes de que le diese tiempo a protestar, se había marchado.

Cara rodeó el escritorio y se dejó caer en su sillón. Miró automáticamente la pantalla del ordenador. Tenía muchas cosas que hacer, pero no lograba concentrarse.

Se llevó la mano al estómago y la dejó allí. Acababa de quedarse embarazada pero, si no fuese porque se había hecho la prueba, todavía no lo sabría.

Sin embargo, lo sabía. Y su embarazo iba a complicar las cosas todavía más.

Max era sexy, divertido e inteligente. Y la deseaba, eso era evidente. Pero lo que no quería era formar una familia ni tener un hogar. Le había contado que lo había criado su madre, que su padre los había abandonado y que él no tenía planes de formar una familia.

Tenía éxito en su trabajo y eso era todo lo que quería en la vida.

Cara había intentado evitarlo desde el principio. Teniendo en cuenta el trabajo de ambos, tener una relación con él no le había parecido sensato durante la campaña, le había parecido una locura durante la votación y un imposible después del nombramiento del presidente.

En más de una ocasión había pensado que Max solo la deseaba porque no la podía tener. A veces, en medio de la noche, había fantaseado con la idea de dejarse llevar y pasar con él, en su cama, todo el tiempo que quisiese. Se había preguntado cuántos días o semanas habría tardado Max en cansarse de ella.

Para Max era solo una aventura más, otra mujer de su larga lista,

pero para Cara era diferente. Max le había robado el corazón. Y en esos momentos estaba embarazada de él.

Sonrió con tristeza. Cuando fantaseaba en mitad de la noche solo pensaba en los días o las semanas que podría pasar con él, no en el momento en el que Max se marchaba y le rompía el corazón.

Y algunos días incluso pensaba que podía merecer la pena.

Capítulo Tres

Las cosas que tenía que hacer Max por su trabajo. Había tenido que atravesar selvas, saltar cataratas, matar serpientes y escorpiones, y en una ocasión incluso había tenido que luchar contra un cocodrilo. Pero nada lo había preparado para aquello.

Estaba en la montaña, en la ciudad natal del presidente, Fields, Montana, rodeado de unos quinientos niños que gritaban subidos a sus esquíes y tablas de snowboard.

Durante la niñez del presidente, Fields había sido un pequeño pueblo rodeado de ranchos de ganado, pero con los años se había convertido en un lugar turístico al que ir a esquiar.

Todavía quedaban ranchos a ambos lados de la autopista, pero los duros vaqueros se codeaban con los turistas. Las zonas más nuevas del pueblo eran muy turísticas, mientras que las antiguas eran una mezcla de casas nuevas y viejas.

Su cámara, Jake Dobson, hizo girar la snowboard para detenerse a su lado. Habían empezado a trabajar juntos en una cadena de televisión pequeña, en Maryland. Cuando habían llamado a Max para trabajar en NCN, este había dejado claro que Jake iba en el mismo paquete. Jake era el héroe en la sombra de todas sus noticias.

–¿Echamos otra carrera? –preguntó Jake.

–No –respondió Max con el ceño fruncido, mirando a la multitud de niños que bajaba por la montaña–. Ha sido horrible.

Jake se echó a reír.

–Son inofensivos.

–Lo que me da miedo es llevarme a algún niño de ocho años por delante.

–Podríamos bajar por la pista negra.

Todavía faltaban un par de horas para que anocheciese.

–Claro. Seguro que ahí solo atropello a chavales de doce y duermo mejor por la noche –respondió él, agachándose para quitarse las sujeciones de la snowboard–. Además, tenemos que trabajar.

Habían pasado la mañana en la parte más antigua de Fields, hablando con los rancheros. Habían hablado con varias personas que habían conocido al presidente de adolescente, pero, por desgracia, nadie quería hacer declaraciones ante la cámara. Tampoco habían querido contarles nada acerca de Eleanor.

–A estas horas seguro que los rancheros están ya en casa –comentó Jake–. Se acuestan pronto y se levantan pronto.

–Tal vez, pero sus hijos y nietos estarán de fiesta, bailando con los

turistas.

–¿Vas a fingir que eres un turista y mezclarte con la multitud?

–¿Por qué no?

A Max le había sorprendido muy gratamente lo respetuosos que parecían ser los habitantes de Fields. Era evidente que muchos lo habían reconocido por su programa *After Dark*, pero se habían limitado a sonreír y saludarlo. Habían sido pocos los que le habían pedido un autógrafo.

En Washington, y también en Nueva York y en Los Ángeles, la gente era mucho más agresiva. No podía entrar en un restaurante, cafetería o bar de Washington sin que lo abordase una docena de personas. Se sentía bien en Fields.

–¿Podemos tomarnos una hamburguesa antes? –le preguntó Jake–. Me muero de hambre.

–Buena idea –le dijo Max, dirigiéndose hacia el hotel–. ¿Crees que va a haber niños por aquí toda la semana?

–Me temo que sí –respondió Jake–. Es lo que me ha dicho uno de los monitores.

–Estupendo.

A Max no le gustaban los niños. A algunas personas no les molestaban los ruidos, el desorden, el olor ni la irracionalidad de chiquillos.

A Max los niños le daban pavor. Prefería la racionalidad. O, al menos, una irracionalidad predecible. Si había aprendido algo de los adultos era que siempre actuaban de manera interesada.

–He pedido que nos cambien de habitación –le contó Jake.

–¿De verdad? –preguntó Max sonriendo.

–Nos han cambiado a las casas que hay en lo alto de la colina. Allí solo hay adultos.

–Te quiero, tío.

Jake se echó a reír.

–Me he decidido al enterarme de que hay manantiales de agua caliente. Bueno, y también porque Jessica me dejó la semana pasada. No quiero pasar mi primer viaje de trabajo soltero rodeado de colegiales.

–¿Que Jessica te ha dejado?

Jake se quitó un guante con los dientes.

–Volverá, pero, hasta que lo haga, no tengo por qué guardarle la ausencia.

–¿Y ella está de acuerdo con eso?

Empezaron a subir las escaleras que llevaban hasta las taquillas en las que se guardaban los equipos.

–Los dos estamos solteros. Por mí, como si quiere acostarse con medio Washington.

–Si dices eso es porque piensas que no es la mujer de tu vida.
–¿Eres un experto en la materia? –replicó Ja-ke.
–No, pero de eso estoy seguro.
Él ni siquiera era el novio de Cara y le costaba trabajo imaginársela con otro. En teoría, ambos estaban solteros, pero solo en teoría.
Guardaron el equipo, se cambiaron de botas y fueron al Alpine Grill, que estaba al otro lado de la calle. Max seguía dándole vueltas al tema cuando una camarera les sirvió a cada uno una jarra de cerveza.
Se habían sentado en una zona del restaurante que era solo para adultos, pero los gritos de los niños que había al otro lado de la puerta se oían igualmente. Entonces un grupo de personas se puso a cantar el cumpleaños feliz a una tal Amy.
–¿Quieres que les cuente que también es tu cumpleaños? –preguntó Jake.
–Por mí, encantado –respondió Max en tono seco.
Luego le dio un sorbo a su cerveza. Acababa de cumplir treinta años. A algunas personas les parecía todo un hito. Max no lo veía así. El día anterior había tenido veintinueve años y trescientos sesenta y cuatro días. Solo tenía veinticuatro horas más. No era para tanto.
Jane giró la cabeza.
–Dios santo, si les han dado bengalas a los niños.
Max se giró a mirar.
Lo que llamó su atención no fueron las chispas, sino Cara. Estaba en la entrada del restaurante, muy guapa con una gruesa chaqueta azul turquesa, unos vaqueros y botas de tacón. Tenía las mejillas sonrojadas por el frío, los labios brillantes y los ojos azules tan bonitos como siempre.
A Max se le encogió el pecho. Empujó la silla hacia atrás y se levantó de la mesa.
–No han quemado nada, Max –comentó Jake–. Todavía.
Este no respondió. Tenía la atención puesta en Cara. Pasó junto a las demás mesas ajeno a los gritos de los niños, el olor de las hamburguesas y el arcoíris de ropa de abrigo.
–Hola, Cara –dijo sonriendo.
Ella lo miró sorprendida, se quedó casi boquiabierta.
–Max –consiguió decir–. Estás en Fields.
–Sí, estoy en Fields.
Ella sacudió la cabeza como si intentase despertar de un sueño, pero Max siguió allí.
La camarera apareció ante ellos.
–¿Mesa para dos? –preguntó.
–Solo para una –respondió Cara.
–Siéntate con nosotros –le ofreció Max–. Jake está allí.
Cara ya conocía a Jake. Para este, no era más que una conocida más

de Max. No obstante, dudó mientras la camarera los miraba con gesto confundido.

–Está bien –dijo Cara, pensando que si se sentaba sola Jake sospecharía–. ¿Por qué no?

Max le dio las gracias a la camarera y guió a Cara hasta su mesa. Al llegar allí, se la presentó a su compañero.

–¿Te acuerdas de Cara Cranshaw?

Jake se puso en pie, sonrió y la miró con los ojos brillantes.

–Me alegro mucho de volver a verte.

En ese instante, Max se dio cuenta de su error.

Tanto Jake como Cara estaban solteros. Jake también estaba en el mundo de la televisión, pero entre las sombras, así que Cara podía salir con él sin preocuparse.

Y, al parecer, Jake era un hombre que atraía a las mujeres. Era alto, de constitución atlética y tenía una actitud despreocupada que hacía que tuviese mucho éxito.

–Cara no sale con periodistas –anunció Max con seriedad.

Esta lo miró sorprendida.

Pero Jake se echó a reír.

–Seguro que, en este caso, puede hacer una excepción.

En esa ocasión, Cara se puso pálida y se agarró al respaldo de la silla. Y Max se dio cuenta de que había entendido que Jake sabía lo suyo.

–Jake se refiere a él –le explicó Max.

–¿Qué me dices? –preguntó Jake con toda naturalidad–. Mi novia acaba de dejarme. Estoy dolido y me siento muy solo.

Cara se recuperó rápidamente del golpe. Se sentó y desdobló la servilleta.

Luego miró a Jake.

–Me temo que no salgo con nadie por pena.

Jake se llevó las manos al corazón, como si acabase de rompérselo.

–De todos modos, será mejor que guardes las distancias con mujeres con cerebro –bromeó Max.

–Eres un cínico –le dijo Cara a él.

–¿Porque no pienso que Jake pueda salir con una mujer con un cociente intelectual superior a cien?

–Porque cualquiera diría que piensas que hay un montón de mujeres poco inteligentes entre las que podría elegir.

–Vaya –comentó Jake.

–No pretendía ofender al sexo femenino en general –dijo Max.

–Eso empeora las cosas todavía más –le contestó ella.

–Tú no des tu brazo a torcer –le dijo Jake a Max, y luego miró a Cara–. ¿Te pido algo de beber?

Max se maldijo por no haberse adelantado él.

–Gracias. Un ginger ale.

Jake atravesó el pub en busca de la camarera, pero terminó por dirigirse a la barra.

–Es todo un caballero –comentó Cara.

–Quiere ligar contigo.

Ella puso los ojos en blanco.

–Gracias por aclarármelo, Max, porque, como a tantas otras mujeres, me falta inteligencia y jamás me habría dado cuenta yo sola.

Max apretó los dientes e hizo un esfuerzo para mantener la boca cerrada y no intentar defenderse. En lugar de eso, miró a Cara en los ojos y sintió una punzada de deseo.

Cara fue la primera en romper aquel momen-to.

–¿Qué estás haciendo en Fields?

–Lo mismo que tú.

–Lo dudo.

–Ambos estamos buscando la noticia.

–No, tú estás buscando la noticia. Yo busco la verdad.

–No te hagas la mojigata conmigo, no te pones nada atractiva.

–¿Y piensas que quiero resultarte atractiva? –inquirió ella inclinándose hacia delante–. ¿A ti?

Él se inclinó también y bajó la voz.

–No puedes evitarlo, cariño.

La llegada de Jake rompió el momento.

–Su ginger ale, señorita.

Cara lo miró y sonrió.

–Gracias, señor.

–Ha sido un placer.

Max agarró su jarra de cerveza con fuerza.

–Ya vale.

–¿Sabías que es el cumpleaños de Max? –le preguntó Jake a Cara en tono malicioso.

–No –respondió ella, sonriendo a Max con dulzura–. Felicidades.

–Deberíamos pedir a los camareros que le cantasen.

Max fulminó a Jake con la mirada.

–Me temo que los puñetazos que te daría después no darían una buena imagen de nuestra cadena.

Jake se echó a reír.

–Dios santo –murmuró Max–. Esto es un infierno.

Cara lo miró de manera extraña, pero entonces le sonó el teléfono y bajó la vista al bolso.

–Lo siento –se disculpó antes de llevarse el aparato al oído–. Hola, Lynn.

Luego jugó con el hielo de su bebida mientras escuchaba.

–De acuerdo –dijo por fin–. Lo haré. ¿Mañana? Está bien. Gracias.

Colgó y volvió a guardar el teléfono en su bolso.

–¿Nos cuentas qué te ha dicho? –preguntó Max.

Ella sonrió de tal manera que a Max se le encogió el estómago.

–Ya te gustaría.

–Me temo que nos lleva la delantera –bromeó Jake.

Max estaba seguro. Cara le había llevado la delantera desde el momento en el que se habían conocido.

Un rato después, Cara empezó su investigación con el anuario del instituto. No le costó encontrar a los compañeros de clase del presidente y de Eleanor. Aunque los que había localizado por el momento no recordaban lo suficiente como para ayudar a la prensa con la noticia. Eso la tranquilizó.

Mientras continuasen diciendo que no sabían nada, y mientras Eleanor no apareciese, no habría mucho más que contar.

A pesar de la buena noticia, esa primera noche Cara llegó a su hotel agotada. Le preocupaba volver a encontrarse a Max y sabía que habría otros periodistas en el pueblo, así que decidió llamar al servicio de habitaciones.

Pidió para cenar un plato que incluyese verduras, proteínas e hidratos de carbono, y un vaso de leche. Le habría encantado tomarse un trozo de tarta de chocolate de postre, pero en su lugar se decantó por helado de yogur con fresas.

También había empezado a tomarse un complejo vitamínico y había pedido cita con el ginecólogo unos días después. Todavía no iba a ponerse a leer libros acerca de bebés, pero sí había buscado algo de información en Internet. No podía pensar en ponerse a dieta y en los cambios que experimentaría su cuerpo sin sentir pánico, pero si se imaginaba un bebé de verdad, se sentía aturdida y sin aliento.

Necesitaba poder confiar en alguien, y solo había una persona en el mundo en la que podía hacerlo.

Buscó su número en el teléfono móvil.

Después de un par de tonos, oyó la voz de su hermana Gillian.

–Hola, Cara.

–Hola –respondió ella, esforzándose por parecer contenta.

–¿Qué tal todo por Washington?

–Revuelto. ¿Y en Seattle?

–Igual. La semana que viene abrimos una oficia de ventas en Beijing. No te imaginas todo el papeleo que tenemos que hacer.

Cara dejó de oír a su hermana unos segundos.

–Perdona –le dijo Gillian poco después.

–¿Todavía estás en el trabajo?

–Aquí son solo las siete. ¿Tú estás en casa?

–¿Estás…? –Cara dudó–. Quiero decir, que siempre estás muy ocupada, pero… ¿tienes más trabajo del habitual?

–No. Eh, Sam, diles que firmen, pero solo si lo hacen por menos de un millón… Lo siento otra vez.

Cara no pudo evitar sonreír. Su hermana era la directora ejecutiva de su propia empresa tecnológica, que tres años antes había irrumpido en el mercado sanitario con dispositivos GPS que lo rastreaban todo.

–No pasa nada –le contestó–. Soy yo la que siente molestarte.

–No me molestas. Dime, ¿cómo estás?

Cara no supo qué responder.

Gillian se le adelantó.

–He leído lo de la hija secreta del presidente y todo eso. Supongo que tienes mucho trabajo.

–Sí.

–¿Lo sabía? Bueno… ya sé que esta línea no es segura, y que no puedes darle a tu hermana información confidencial acerca del presidente. Así que si nos estáis escuchando los del FBI, podéis relajaros.

Cara se echó a reír. El FBI no escuchaba sus llamadas.

–¿Qué te pasa, hermanita? –añadió Gillian en tono cariñoso.

Aunque solo se llevaban catorce meses, Gillian siempre la había llamado así.

–¿Existe alguna posibilidad de que vengas a Montana?

–¿A Montana? ¿Para qué voy a querer ir a Montana?

–A Fields, en Montana.

–Ahhhh. Allí fue donde empezó todo, ¿no? ¿Qué ocurre? ¿Necesitas que investigue a alguien? ¿O que le soborne?

–Si el FBI estuviese escuchando, terminarías con mi carrera en una sola llamada.

–¿He dicho sobornar? Quería decir encontrar. ¿Quieres que encuentre a alguien?

–Quiero que vengas a verme.

Hubo un breve silencio.

–Estás en Montana.

–Sí.

–¿Ahora?

–Ahora.

–Se tarda menos de una hora. Puedo tener el avión preparado a las ocho.

–¿Puedes venir? –le preguntó Cara.

–¿Te pasa algo?

–No. No mucho.

Gillian dudó un instante.

–¿Estás enferma?

–No.

–¿Has hecho algo ilegal?

–Gillian…

–¿Necesitas dinero? ¿Te has vuelto ludópata? ¿Te busca la mafia?

–No.

–De acuerdo. Entonces, ¿qué es? ¿Estás embarazada?

Cara se quedó callada. Supo que debía decir algo para que Gillian no se diese cuenta de la realidad, pero no fue capaz.

–¿Cara?

–Por favor, ven.

–Salgo ahora mismo.

Cara era la última persona a la que Max había esperado encontrarse en el pequeño aeropuerto de Fields a aquellas horas de la noche. Se levantó de donde estaba sentado y se acercó a ella.

Cara se giró al oír sus pasos.

Al igual que en el Alpine Grill, pareció sorprenderse al verlo, pero no se alegró.

–Me estás siguiendo –lo acusó, mirando a su alrededor en busca de Jake y su cámara.

–Lo mismo iba a decirte yo –respondió Max.

–He venido a buscar a alguien –le dijo Cara.

–A esta hora no hay vuelos.

–Viene en un jet privado.

–Ah.

–¿Y tú?

–Yo también he venido a buscar a alguien.

–¿A quién? –inquirió Cara.

Él sacudió la cabeza.

–Ah.

Cara se cruzó de brazos.

–No te creo.

–Puedes creer lo que quieras.

–Me prometiste que no te aprovecharías de nuestra relación.

–¿Qué relación? –preguntó Max.

Si tenían una relación, quería ser el primero en saberlo.

–Ya sabes a qué me refiero. No puedes… –dijo Cara, mirando a su alrededor–. No es justo…

Luego se quedó pensativa antes de continuar.

–¿Puedes marcharte? Te prometo que no va a pasar nada.

–¿Tengo que recordarte que estamos en un aeropuerto público y en un país libre?

Max sintió curiosidad. Si Cara no lo había seguido era posible que

estuviese ocultándole algo.

–¡Cara! –gritó una mujer desde el otro lado del vestíbulo.

Cara se apartó inmediatamente de Max y fue hacia la mujer que acababa de salir por la puerta.

Ambas se encontraron a medio camino. La otra mujer dejó caer la bolsa de viaje que llevaba en la mano y se abrazaron. Fue entonces cuando Max se dio cuenta de lo mucho que se parecían. Tenían un corte de pelo parecido, el mismo color castaño, y sus ojos, narices y bocas eran casi idénticas. La otra mujer era un poco más alta que Cara, y esta algo más delgada.

Max se acercó a ellas.

–Max Gray –se presentó, tendiendo la mano a la otra mujer.

–¿De verdad? –dijo esta, soltando a Cara–. En ese caso debes de ser...

–Es solo un periodista, Gillian –la interrumpió Cara–. Ten mucho cuidado con lo que dices delante de él.

–Presento un nuevo programa de noticias en NCN –la corrigió Max.

–Yo soy Gillian Cranshaw, la hermana de Ca-ra.

–Os parecéis mucho.

–Nos tenemos que marchar –dijo Cara, agarrando a su hermana del brazo y tomando la bolsa de viaje.

–Permíteme que te ayude –le dijo Max.

–No hace falta –respondió Cara, echando a andar hacia la salida.

Era evidente que estaba nerviosa.

–Hasta luego –se despidió Gillian, mirando a Max por encima del hombro.

Antes de que a este le diese tiempo a pensar en el extraño comportamiento de Cara, un hombre salió por la misma puerta por la que había salido Gillian. Cara lo miró un instante, pero casi no le prestó atención.

Era evidente que Cara debía de tener algún problema familiar, si no, se habría quedado a ver a quién estaba esperando Max casi a las diez de la noche.

–¿Liam Fisher? –le preguntó Max al hombre.

–Hola, Max. Te conozco de tu programa.

Ambos hombres se dieron la mano.

Desde que había llegado a Fields, Max se había enterado de dos cosas. En primer lugar, de que el pueblo le era fiel a su presidente. Después, de que Eleanor Albert no había dejado huella en el pueblo. Eran pocas las personas que la recordaban y todavía menos las que la relacionaban con Ted Morrow.

Lo que significaba que la historia de Ariella se había obtenido por medios poco convencionales, posiblemente ilegales.

Liam Fisher había trabajado en la cadena ANS, de la que se había

marchado bajo un velo de secretismo y enfrentado al dueño, Graham Boyle.

Max tenía la sensación de que la noticia no era Eleanor Albert, sino ANS y cómo había averiguado la cadena la existencia de Eleanor Albert.

Capítulo Cuatro

Cara llevó a su hermana hacia el aparcamiento.

–Por un momento, he pensado que él era el padre –dijo Gillian mientras salían, girándose una vez más hacia Max y mirando después su teléfono móvil.

–Es periodista –respondió Cara, negándose a dar explicaciones en ese momento–. Y creo que me sigue.

–Yo creo que ha venido a recoger al tipo que viajaba en el Cessna –respondió Gillian–. Han aterrizado detrás de nosotros.

–Refuerzos –dijo Cara–. Este lugar está atestado de prensa.

–Algo he leído. Conoces a la tal Ariella en persona, ¿no? ¿Es la que organizó la fiesta del Día de Acción de Gracias en la que la cantante se cayó en el pastel?

–Esa es.

Bajaron una rampa que llevaba hasta el aparcamiento casi desierto en el que Cara había dejado su todoterreno de alquiler.

–Parece que tiene buen sentido del humor –comentó Gillian.

–Y el presidente también.

–Entonces, ¿piensas que es verdad? –preguntó Gillian.

–¿Qué quieres decir?

–Acabas de comparar el sentido del humor de Ariella con el del presidente. Debes de pensar que es su hija. ¿O sabes que es su hija?

–No estoy segura de nada –admitió Cara, abriendo el coche con el mando a distancia–, pero supongo que has visto las fotografías en televisión.

–No.

–Bueno, pues Ariella se parece mucho a ellos. Es decir, no solo a Eleanor Albert, sino también al presidente. Es una combinación perfecta de genes.

Cara abrió el maletero y metió en él la bolsa de viaje de su hermana.

–Entonces, debe de ser verdad.

–Si tuviese que apostar, yo apostaría que sí –admitió Cara.

–Pero van a hacer la prueba de ADN.

–Sí.

–Seguro que el presidente quiere que se haga lo antes posible.

Cara fue hacia el asiento del conductor.

–No ves mucho la televisión, ¿verdad?

El teléfono de su hermana sonó en ese momento.

–Presto más atención a las noticias relacionadas con el sector

tecnológico procedente de China e India –respondió esta, llevándose el teléfono a la oreja–. ¿Dígame?

Con la mano libre abrió la puerta y subió al coche.

Cara la imitó, se abrochó el cinturón y arrancó. Mientras Gillian hablaba de trabajo ella dio marcha atrás y fue hacia la salida del aparcamiento.

Su hermana atendió otra llamada más y cuando por fin colgó ya casi habían llegado al pueblo.

–Habría sido una lotería desde el punto de vista genético –anunció mientras se guardaba el teléfono.

–¿Para Ariella? –preguntó Cara, apartando un instante la vista de la carretera nevada para mirar a su hermana.

–No, me refería a ese tal Max, el periodista. Es alto, guapo, de constitución atlética. Y tiene que ser rápido de mente para presentar un programa de televisión. Así que debe de tener cerebro.

–Parte del trabajo que hace también es peligroso. Va a la selva, a zonas en guerra, sube montañas...

–Así que también es valiente, ¿no?

–Lo que quería decir es que su testosterona desplaza a su intelecto. ¿Nos tomamos algo?

Sin pensarlo, Cara se metió en el aparcamiento del Pine Tree Lounge. Era un edificio más bien nuevo situado a las afueras de Fields.

–Claro –dijo Gillian–. Me vendrá bien una co-pa de vino.

Cerraron el coche y entraron en el bar, donde sonaba música country; había mesas de madera y sillones de cuero rojos.

Cara buscó una mesa tranquila en el fondo del local donde no pudiese oírlas nadie.

La camarera no tardó en llegar con dos vasos de agua con hielo y Gillian pidió una copa de vino.

Por fin se quedaron solas. Cara no estaba conduciendo y Gillian no tenía que atender el teléfono.

–Entonces... –dijo Gillian, respirando hondo y alargando la mano hacia el cuenco de frutos secos que había en el centro de la mesa.

–Entonces –dijo Cara–, es él.

Gillian miró a ambos lados.

–¿Quién es él?

–Max. Es el padre.

Gillian apoyó la mano en la mesa.

–Entonces, ¿por qué...?

–No lo sabe. No puede saberlo. Es periodista y yo trabajo en la oficina de prensa de la Casa Blanca.

–Pero te has acostado con él de todas formas, ¿no?

–Fue antes de las elecciones –se defendió Cara–. Y, bueno, también una vez después, pero antes de la toma de posesión. Y fue un error. No

tenía que haber ocurrido.

–Vaya –comentó Gillian.

–Eso pienso yo también. Y él... Yo... Entonces... Bueno, ya sabes lo que quiero decir.

Gillian contuvo una sonrisa.

–Sabría lo que quieres decir si terminases alguna frase.

Cara bajó la cabeza y negó con ella.

–Quiero decir que estoy perdida.

Gillian esperó a que Cara levantase la vista. Vio que le brillaban los ojos y parecía ser de felicidad.

–No estás perdida. Vas a tener un bebé. Vamos a tener un bebé –le dijo, tomando su mano–. No te preocupes por nada. Cómo ha ocurrido no importa. Es realmente estupendo. Un bebé nunca es una mala noticia. En especial, si es tuyo.

–Él no quiere tener hijos –le contó Cara–. Nunca ha querido. Quiere viajar a lugares peligrosos de todo el mundo y no tener que preocuparse por nadie.

–Que le den.

–Y aunque quisiera, no podríamos tener una relación normal. Es un conflicto de intereses horrible. Hace menos de una semana que han nombrado al presidente y yo tengo que cargar con esta cruz.

–¿Quieres decir que no te interesa contárselo a Max? –le preguntó Gillian.

–No.

Gillian inclinó la cabeza y barajó sus posibilidades mientras tomaba otro puñado de frutos secos.

–Entonces lo que necesitas es acostarte con otro.

–¿Qué?

–No hace falta que lo hagas, pero sí que le dejes claro a Max que no has estado solo con él. Así, cuando se entere de que estás embarazada, a lo mejor no insiste en que le hagas al bebé una prueba de ADN.

Cara digirió las palabras de su hermana.

–Eres una cínica.

Luego intentó imaginarse a sí misma contándole a Max que se había acostado con otros hombres.

–He vivido mucho más que tú –contestó Gillian.

–¿Catorce meses?

–Siempre he tenido más mundo que tú.

La camarera llegó y le sirvió a Gillian una copa de vino. Cara pidió un chocolate caliente.

–Entonces, ¿te parece bien que se lo oculte? ¿Te parece ético?

Gillian se encogió de hombros.

–¿Por qué no?

Cara se puso cómoda en su sillón.

–No es lo que esperaba que me dijeras.

–¿Creías que iba a decirte que fueses corriendo a hablar con él y que intentases convencerlo para formar una familia?

Cara odió admitirlo, pero eso era lo que había pensado que iba a ocurrir.

–Oh, Cara –le dijo Gillian, mirándola con compasión–. Eso no está nada bien.

–No, no era eso lo que pensaba –mintió Cara–. Y no es eso lo que quiero. No quiero a mi lado a un hombre infeliz, que vague por mi casa y se dedique a cortar los setos del jardín, limpiar la barbacoa y a acusarme de haber arruinado su carrera. Gracias, pero no.

Gillian guardó silencio unos segundos.

–Bueno, casi me has convencido, pero vas a tener que mejorar la técnica.

–¿Qué?

–Que has protestado demasiado.

Cara tuvo que admitir que Gillian tenía razón. Sabía que Max jamás querría formar una familia, pero no podía evitar tener momentos en los que ella sí que la quería.

Max y Jake escucharon atentamente mientras Liam Fisher les contaba la forma de trabajar en ANS para conseguir noticias importantes. Los tres estaban en la cafetería Apex, situada en la parte alta de los telesillas. Era la hora de la comida y el local se estaba llenando de familias y niños.

–La cosa empeoró con la llegada de la productora Marnie Salloway –les dijo Liam–. Esa mujer no tiene conciencia y me sorprendería que tuviese alma.

–¿Puedes ponernos un ejemplo? –le preguntó Max.

Marnie también había sido su jefa y estaba seguro de que no tramaba nada bueno.

–Iba más allá de la manipulación –dijo Liam–. Utilizaba la coacción. Nunca vi sobres con dinero, pero invitaba a cenar a la gente, a pasar un fin de semana en un hotel de lujo, y luego hacía las preguntas necesarias para obtener las respuestas que quería.

–Eso no es ilegal –señaló Max.

Un niño gritó y pasó corriendo al lado de su mesa con tres amigos, y todos golpearon a Max en el codo. Este levantó la vista en busca de los padres, o de un adulto que estuviese supervisándolos, pero nadie parecía prestarles atención.

Max juró entre dientes.

–Eso fue lo que agotó mi paciencia –dijo Liam.

Por un instante, Max pensó que se refería a los niños.

–Marnie quiso que ocultase un micrófono en casa de un chico adolescente al que le estaba acosando todo un equipo deportivo. Marnie estaba segura de que el chico exageraba el problema y quiso sacar a la luz lo que ella consideraba que era una conspiración contra un conocido entrenador.

–Tiene que ser una broma –dijo Max, completamente sorprendido.

–Fue entonces cuando dimití. O cuando me despidieron por insubordinación. Todo depende de la historia que quieras creer.

Se oyeron gritos y risas procedentes de la terraza. Max levantó la vista y vio a un grupo de niños allí reunidos recogiendo sus tablas, dándose empujones y tirando los gorros y los guantes al aire.

–¿Cómo es posible? –preguntó.

Jake se echó a reír.

–Relájate, Max. Solo se están divirtiendo –le dijo, y luego miró a Liam de nuevo–. ¿Tienes alguna prueba de todo eso?

Max también lo miró.

–Es mi palabra contra la suya –respondió este–, pero no había ahondado en el tema hasta ahora. No sé qué podríamos averiguar si investigásemos un poco.

–Todavía no hemos terminado en Fields –le dijo Max–, pero podemos vernos cuando hayamos vuelto a Washington.

Liam asintió.

–¿Vais a bajar esquiando o en el telesilla? –preguntó después.

–Yo voy a bajar esquiando –dijo Max, que necesitaba hacer algo de ejercicio y aclararse la mente.

Miró a Jake a pesar de saber cuál sería su respuesta. Jake nunca tomaba el camino más fá-cil.

–Nos veremos abajo –le dijo Jake a Liam con una sonrisa.

Max pagó y se puso la cazadora antes de salir.

Por suerte, la mayor parte de los niños había desaparecido de la terraza. Supuso que estaban bajando la montaña y esperó que le llevasen mucha ventaja.

Mientras Liam esperaba al siguiente telesilla, Max y Jake fueron a recoger sus tablas. Max no pudo sacar la suya porque había un niño de unos once años delante que no conseguía aclararse con las sujeciones.

Max se maldijo, pero se agachó hacia el chico.

–¿Necesitas ayuda?

No pudo evitar preguntarse dónde estarían sus padres o por qué no había un adulto ayudándolo.

–Se ha quedado atascado –gimoteó el chico.

Max lo miró a la cara y se dio cuenta de que estaba conteniendo las lágrimas.

–No te preocupes –intentó tranquilizarlo–. Lo arreglaremos.

Se quitó un guante y ayudó al niño.

–¿Qué tal así? –le preguntó cuando hubo terminado.
–Bien –respondió este.
Max se puso recto y tomó su tabla, pero entonces se dio cuenta de que el niño miraba a su alrededor con preocupación.
–¿Estás con tus padres?
–No, con amigos.
–Ah. ¿Y sabes dónde están?
–Se han marchado –dijo el niño, señalando hacia la montaña–. Por allí.
Max se apartó un par de pasos para ajustarse las botas y fijarlas a la tabla. Jake ya estaba preparado. En realidad, aquello no era asunto suyo, pero pensó que no podían dejar al niño solo.
–¿Cómo te llamas? –le preguntó.
–Ethan.
–Bueno, Ethan –dijo él, poniéndose los guantes–. Lo mejor será que vengas con nosotros.
El chico sonrió de oreja a oreja.
–Yo soy Max y este es Jake. Seguro que encontramos a tus amigos abajo.
Nada más empezar el descenso, Max se dio cuenta de que Ethan no sabía esquiar bien, así que aminoró la velocidad y permaneció a su lado en sus numerosas caídas.
–Dobla las rodillas –le aconsejó después de un rato–. Y pon los brazos así.
Para su asombro, Ethan lo observó con atención y siguió sus consejos. Y así fueron descendiendo la montaña poco a poco hasta llegar a una zona de descanso que había en mitad de la montaña, donde Ethan dio un impresionante salto y aterrizó de pie.
Max no pudo evitar gritar de alegría y Ethan sonrió de oreja a oreja.
Detrás de ellos, un grupo de seis chicos gritó para felicitarlo.
–¿Cómo has aprendido a hacer eso en la última hora? –preguntó uno de los muchachos.
Ethan señaló a Max.
–Este tipo sí que sabe esquiar.
Otro de los chicos lo reconoció.
–¿No eres el que lucha con un cocodrilo en televisión?
Todo el grupo se interesó por Max.
–El mismo –admitió él, quitándose un guante para darles la mano–. Max Gray.
–Increíble –susurró alguien.
Uno de los chicos le dio un codazo a Ethan.
–¿Cómo es que conoces a Max Gray?
Ethan parecía haberse quedado sin habla.
–Nos hemos conocido en la cumbre –respondió Max en su lugar–. Y

luego hemos bajado juntos.

El chico recuperó por fin la voz.

–¿Nos puedes enseñar más? –preguntó.

Max miró a Jake, que estaba haciendo un esfuerzo para no echarse a reír.

–Por supuesto –contestó Max, que sabía que ser agradable con el público formaba parte de su trabajo.

Bajó el resto de la montaña deteniéndose de vez en cuando, con siete chicos detrás, todos intentando seguir sus instrucciones. Y tuvo que admitir que no había estado tan mal. Los muchachos eran simpáticos y educados, y la mayoría aprendió algo en el descenso.

Al llegar al final se reunieron con un grupo más grande de chicos y alguien sacó un rotulador y le pidieron que firmase los cascos. Jake, cómo no, lo grabó todo. Y Max supo que tendrían historia para rato.

–He oído a unos niños hablando de él esta mañana en el vestíbulo –comentó Gillian mientras andaba con Cara por una acera limpia de nieve.

Era poco más del medio día y estaban buscando un restaurante en el que comer.

–Han dicho que ayer les enseñó a hacer snowboard. Lo consideran un héroe.

–¿Estás segura de que eran niños?

–Sí, sé diferenciar a chicos de diez años de los de veinte. Les firmó los cascos. No creo que odie tanto a los niños.

–No parece obra de Max.

–Tal vez estés equivocada con él –sugirió Gillian.

–Fue él mismo quien me dijo que no le gustaban los niños –respondió Cara.

Gillian se detuvo de repente y señaló la puerta del restaurante Big Sky.

–¿Aquí?

Era un local familiar que anunciaba deliciosas hamburguesas y Cara estaba muerta de hambre.

–Me parece bien.

Entraron, se sentaron a una mesa y tomaron la carta rápidamente.

–Debe de ser el aire de la montaña –comentó Cara.

Gillian le sonrió.

–Eh, tú también tienes hambre –protestó Ca-ra.

–No tanta como tú.

Cara no se molestó en discutírselo y se centró en las fotografías de hamburguesas y patatas fritas.

–Después de esta noche vais a tener un nuevo club de fans.

Cara levantó la vista sorprendida y vio a Jake.

–Cara –la saludó este sonriente, miró a Gillian y sonrió todavía más–. Y compañía. ¿Os importa si os acompañamos?

–En absoluto –respondió Gillian antes de que a Cara le diese tiempo a abrir la boca.

–Hola, Cara –la saludó Max.

–¿Un nuevo club de fans? –preguntó Gillian mientras Jake se sentaba a su lado.

–Un grupo de jóvenes esquiadores –respondió Jake antes de ofrecerle la mano a Gillian–. Jake Dobson, el cámara de Max.

–Gillian Cranshaw, la hermana de Cara.

–Es evidente que sois familia –comentó Jake mirándolas a las dos.

Max se sentó al lado de Cara, al parecer, a regañadientes.

–¿Seguro que no te importa? –le preguntó.

–No.

Cara pensó que podía hacerlo, solo tenía que comportarse fríamente.

Volvió a clavar la vista en la carta.

–Creo que me voy a tomar un batido –comentó–. De chocolate.

–Cara siempre se desata a la hora de la comida –dijo Gillian riendo.

–¿Y tú? –le preguntó Jake a Gillian–. ¿Te desatas alguna vez?

Cara se fijó en el tono íntimo de Jake y en que este miraba a su hermana con apreciación.

Gillian siempre había tenido mucho éxito con los hombres. Ambas se parecían mucho, pero su hermana siempre iba un poco más elegante, un poco más maquillada, con alguna joya más, con mechas en el pelo y con ropa de diseño.

Gillian puso los ojos en blanco y luego miró a Max.

–Me alegra volver a verte, Max. He oído a unos niños hablando de ti esta mañana en el hotel.

–Ninguna buena obra queda impune –comentó Max.

–¿Qué ha pasado? –preguntó Cara mirando a ambos hombres.

–Que Max ha estado ocupado dando clases de esquí a unos niños –les contó Jake.

–¿Tienes hijos, Max? –preguntó Gillian en tono inocente.

Cara pensó que su hermana se había vuelto loca.

Jake se echó a reír.

–Max, no. Al menos, que él sepa.

Cara sintió que se mareaba.

–No tengo hijos –le respondió Max a Gillian–. ¿Y tú?

–Tampoco –dijo esta–. Ni marido. Ni novio.

–¿No? –preguntó Jake girándose hacia ella.

–Relájate, chico –le advirtió Gillian, volviendo a mirar la carta–. Yo me voy a tomar un batido de fresa.

–Yo también estoy soltero desde hace poco –le contó Jake.

–Deja de tirarle los tejos a la hermana de Cara –le dijo Max.

–No pasa nada –le aseguró Gillian a Max.

–¿Piensas que esto es tirarle los tejos? –preguntó Jake en tono divertido–. Es evidente que no me has visto en acción.

–Te he visto en acción en seis continentes –respondió Max–. Me gusta Cara y no quiero que te metas con su familia.

Gillian miró a su hermana y le dijo: «Le gustas», con la mirada. Y esta respondió: «Eso no cambia nada». Sus caminos eran opuestos, ya vivían en dos mundos opuestos, y eso no iba a cambiar por mucho que se gustasen.

Capítulo Cinco

Tuvieron que comer rápidamente. Se había corrido la voz de que Max estaba en el pueblo y cada vez recibía más atención.

Cara se dio cuenta de que eso lo molestaba bastante. Después de firmar diez autógrafos, decidieron terminar de comer en otra parte.

–Deberíamos ir a una de las habitaciones de hotel –sugirió Jake ya en la calle.

–La mía es minúscula –respondió Cara.

–Yo tengo una suite en el piso más alto –dijo Gillian–. Supongo que nos estamos escondiendo, ¿no?

–Yo veo difícil encontrar un sitio en el que estar en paz –comentó Max frunciendo el ceño–, pero vosotros haced lo que queráis.

–No vamos a abandonarte –le aseguró Gillian.

Cara deseó que su hermana no hubiese dicho eso. Estar con Max era como subirse a una montaña rusa emocional.

–Vamos a casa de Max –sugirió Jake–. Es más grande que la mía, la más alta de la montaña. Tiene unas vistas increíbles y si os apetece quemar los batidos, hay un paseo que lleva a las fuentes termales.

–A mí me parece bien –dijo Gillian tan contenta.

Cara la fulminó con la mirada.

Pensó que ojalá no estuviese intentando que ella pasase más tiempo con Max y que surgiese algo entre ambos, porque sabía que eso no iba a ocurrir.

El todoterreno de los chicos estaba más cerca, en el aparcamiento del hospital. Como estaba empezando a nevar y la carretera que llevaba a las casas era resbaladiza y empinada, se subieron al coche y Max se sentó al volante.

En la radio anunciaban quince centímetros de nieve en polvo nueva.

–Mañana pienso volver a esquiar –dijo Jake desde el asiento trasero.

–Si es que podemos hacerlo solos –añadió Max.

Luego miró a Cara, que estaba sentada a su lado.

–No es ningún secreto que no estamos obteniendo mucha información.

–Lo más interesante que he grabado esta semana ha sido la clase de esquí de Max a esos chicos –dijo Jake–. Todo lo demás ha sido una pérdida de energía y de tiempo.

–¿No os han contado nada interesante? –le preguntó Cara a Max.

Desde su punto de vista, todo iba estupendamente.

No había desenterrado ninguna bomba que pudiese hacerle daño al presidente.

–Que un montón de personas agradables digan que el presidente era un chico estupendo no es precisamente noticia.

–Lo que imaginaba –comentó Cara sin poder ocultar su satisfacción–. Lo que queréis es sangre.

Las ruedas del coche resbalaron y Max agarró el volante con fuerza para volver a controlarlo.

–Eso no es justo.

–Lo que quieres es audiencia, Max.

Todo el mundo sabía cómo funcionaban los medios de comunicación.

–Mi productor quiere audiencia –respondió él–. Yo quiero averiguar más cosas acerca de Eleanor Albert.

–En tu búsqueda del conocimiento, seguro –ironizó.

–Hombre, lo que es evidente es que yo no voy a ocultar nada.

Aquellas palabras molestaron a Cara.

–¿Insinúas que yo sí?

El todoterreno redujo de marcha él solo y los empujó a los cuatro contra los asientos.

–Lo que insinúo es que le eres leal al presidente –respondió Max mirándola a los ojos.

–En eso tienes razón.

Cara apretó la mandíbula. Pasar tiempo con Max le estaba resultando todavía más difícil de lo que había imaginado.

–Deberías llevarnos de vuelta al hotel.

–No.

–¿Perdona?

–Las hamburguesas ya están frías y los batidos, calientes. Y ya estamos aquí –dijo Max, maniobrando para aparcar.

–¿Por qué no declaramos una tregua? –sugirió Gillian desde el asiento trasero.

–Este hombre es insufrible –gruñó Cara, exasperada.

–Solo está haciendo su trabajo –respondió Gi-llian.

Cara la miró mal. ¿Cómo se atrevía a ponerse de parte de Max? Abrió la boca para replicar, pero se contuvo.

Max estaba haciendo su trabajo y ella, el suyo. El conflicto entre ambos no tenía solución y Gillian no tardaría en darse cuenta.

–De acuerdo –accedió–. Que haya una tregua.

Max no respondió, pero bajó del vehículo y tomó la bolsa con las hamburguesas.

Gillian se puso al lado de Cara mientras subían las escaleras de piedra de la casa y le murmuró al oído:

–No te pongas así. Es un buen tipo.

–Es un periodista que odia a los niños –afirmó.

–Solo te estoy pidiendo que seas agradable con el héroe, al menos

mientras se come la hamburguesa. ¿Podrás hacerlo?

Cara podía hacerlo. Debía hacerlo. Era una profesional. Entonces procesó lo que le había dicho su hermana.

–¿Qué quieres decir con eso de que no me ponga así?

Pero Gillian subió de un salto los dos últimos escalones, atravesó la puerta que Max les estaba sujetando y ella la siguió.

La casa era preciosa. Estaba situada en lo alto de la colina, y el salón-comedor, de dos alturas, tenía unos ventanales que iban del suelo al techo.

A un lado había un arco que daba a la cocina. En el extremo contrario había una habitación para guardar los equipos de esquí y allí colgaron los abrigos.

Una escalera llevaba al segundo piso, donde Cara supuso que estaría el dormitorio. Y debajo del dormitorio, detrás del salón, había un salón multimedia y una biblioteca.

–Ahora no se ve porque está nevando –comentó Jake–, pero el pueblo está ahí abajo.

Señaló. Y luego continuó:

–Y el lago, al sur. Se ve cómo se pierde la autopista entre las montañas. Y si salimos al balcón...

–Paso –lo interrumpió Gillian.

Jake sonrió.

–Desde el balcón, si miras hacia el norte, se ven las luces de las pistas de esquí por la noche.

–Esto no se paga con el dinero de los contribuyentes –murmuró Cara.

–Te he oído, Cara –dijo Max, mientras que Jake y Gillian se ponían a dar una vuelta por la casa.

–Lo siento –se disculpó ella.

Gillian tenía razón. Estaba más irritable de lo habitual.

–Vamos a comer –propuso Max en tono seco, acercándose a la mesa de comedor.

–¿Cuántas habitaciones tiene la casa? –le preguntó Cara, obligándose a ser agradable.

Lo siguió y se sentó en una silla frente a la ventana.

–Solo una –respondió Max–. Las casas son solo para adultos. Vienen parejas de luna de miel y a pasar fines de semana románticos. Jake consiguió que nos las dieran cuando descubrimos el jaleo que había en el hotel.

Cara quiso decirle que los niños no eran tan malos, pero en su lugar desempaquetó la hamburguesa.

Max le dio un bocado a la suya y masticó. Luego se limpió la boca con una servilleta de papel.

–Qué buena está.

Cara probó la suya y asintió. Caliente o no, estaba deliciosa. Después bebió batido de chocolate y su estómago rugió complacido.

Si Max lo oyó, no hizo ningún comentario.

–¿Vas a volver pronto a Washington? –le preguntó.

–Probablemente mañana –respondió ella entre bocado y bocado.

–Nosotros también. No creo que podamos encontrar nada en Fields, y tenemos que ponernos a trabajar para lo de Sudamérica.

–¿Sudamérica? –preguntó Cara antes de meterse un par de patatas fritas en la boca.

–Vamos a subir a los Andes para analizar el impacto de los precios de los minerales en los pueblos indígenas y en la prospección.

El color verde de los ojos de Max se volvió más intenso según iba hablando.

–Me interesa particularmente la influencia de China en los gobiernos locales, en los estándares laborales y en la inmigración.

A Cara le sorprendió una vez más lo mucho que Max profundizaba en sus historias. Era un periodista comprometido y ético.

Volvió a sentirse culpable por haberle hecho determinadas acusaciones.

–Eres un hombre muy inteligente, ¿no? –comentó.

–Lo que me falta de inteligencia lo compenso con curiosidad. Me encantan los puzles.

Cara no pensaba que a Max le faltase inteligencia. Estaba empezando a estar de acuerdo con su hermana.

Era posible que a su bebé le hubiese tocado la lotería siendo hijo de Max.

–¿Y el misterio de la paternidad del presidente? –le preguntó–. ¿Despierta tu curiosidad?

Para su sorpresa, Max se encogió de hombros. Luego dio un sorbo a su batido antes de responder.

–La verdad es que no. Hay dos opciones, que Ariella sea su hija o que no. Que él lo supiera o que no. Y nada de eso va a cambiar de manera fundamental la política nacional. Si te soy sincero, no creo que Ariella sea la noticia.

Aquello sorprendió a Cara. Y también la preocupó.

–Entonces, ¿cuál es la noticia? –preguntó.

–Sabes que no te lo puedo decir.

Por supuesto que lo sabía. Toda su relación se había basado en evitar conflictos de intereses. Como periodista, Max no podía compartir lo que sabía con la oficina de prensa de la Casa Blanca.

Cara dejó su hamburguesa y se limpió los dedos en la servilleta de papel.

–Siento habértelo preguntado.

–No pasa nada por preguntar.

–Sí. No hay que hacer preguntas que pongan a otra persona en una situación incómoda.

–Ya soy mayorcito, Cara –le dijo él en tono dulce–. No me das miedo.

–Tú a mí sí –admitió ella.

–Está bien, esto es todo lo que puedo contarte.

–No, no lo hagas –dijo Cara, tapándose los oídos de manera exagerada.

–¿Qué te estaba diciendo? –preguntó Jake, que acababa de entrar con Gillian en la habitación.

–Nada –respondió Cara enseguida, bajando las manos–. Solo estábamos bromeando.

–¿Vosotros dos? –dijo Jake arqueando una ce-ja–. Me cuesta creerlo.

Luego miró las hamburguesas y los batidos.

–Qué asco.

–No están tan mal –le dijo Max mientras se terminaba la suya.

–Lo dice un hombre que ha comido hormigas cubiertas de chocolate –le advirtió Jake a Gillian–. No te fíes de su opinión en lo referente a la cocina.

–Estaba bastante bueno –añadió Cara antes de terminarse también la hamburguesa.

Pero Gillian miró los paquetes con el ceño fruncido.

–Yo creo que paso.

–Vamos a por algo recién hecho –le sugirió Jake.

Cara se dispuso a protestar, pero su hermana ya estaba asintiendo a la propuesta de Jake.

–Tardaremos solo unos minutos –prometió Jake, tomando el abrigo de Gillian y ayudándola a ponérselo.

–¿Y la tormenta? –preguntó Cara, señalando la ventana.

Lo siguiente que haría sería ofrecerse a acompañarlos.

–Ya está amainando –comentó Gillian, dejando que Jake la ayudase con el abrigo blanco.

–Tenemos un cuatro por cuatro –añadió Ja-ke.

–Tú quédate aquí y sé buena con Max –le dijo Gillian a su hermana.

Cara la fulminó con la mirada. Su plan no iba a funcionar.

Por agradable que fuese con Max, este no iba a cambiar de repente de opinión y a darse cuenta de que quería formar una familia.

Se puso en pie.

–No me importa acompañaros…

–No hace falta –la interrumpió Jake–. Descansa. Termínate el batido. Las vistas serán espectaculares dentro de quince minutos. Y estaremos de vuelta antes de que te des cuenta.

Y dicho aquello se marcharon, dejando la habitación en silencio.

–¿No crees que querían estar solos? –le preguntó Max.

–¿Qué?
–A mí me ha parecido obvio.
Cara no lo había interpretado así. Vio alejarse el todoterreno negro.
–¿Tú crees?
–Estaba clarísimo por ambas partes.
Cara pensaba que lo que su hermana había pretendido era dejarla a ella sola con Max.
–Siento que te hayas tenido que quedar aquí encerrada conmigo –añadió Max mientras estudiaba su expresión.
–No estoy encerrada...
Bueno, sí, estaba allí encerrada con Max y no podría marcharse hasta que Jake y Gillian volviesen con el coche.
–Cuéntame más cosas acerca de tu viaje a Sudamérica –le pidió, obligándose a tomar las riendas de la situación.
El teléfono de Max pitó y este miró la pantalla.
–Es Jake.
–¿Tan pronto?
–Dice que pongamos el canal local de noticias de NCN. Son las cinco en Washington, a lo mejor sacan mi clase de esquí.
–No te veo muy contento –observó Cara.
–No me gustan las noticias basura.
–Pensé que eran los niños los que no te gustaban –le dijo ella sin pensarlo.
–Tampoco me gustan –admitió Max.
Cara supo que tenía que dejar de sondearlo de aquella manera.
Cada vez que le hacía una pregunta relacionada con niños Max respondía con sinceridad, y ella se deprimía todavía más al pensar en su futuro.
Mientras él buscaba el mando a distancia de la televisión, Cara se terminó las patatas y el batido. Normalmente se sentía llena con una hamburguesa y unas patatas, pero seguía teniendo hambre. Si así era como la estaba afectando el embarazo, tendría que tener cuidado durante los siguientes meses.
No pudo evitar sentir ganas de atacar la hamburguesa abandonada de su hermana.
Max encontró la cadena que estaba buscando y subió el volumen. Se sentó en un sofá y Cara se acercó también a la zona del salón, decidiéndose por un sillón situado frente al televisor.
Tal y como Jake había imaginado, sacaron la historia y a Max explicando a los niños cómo debían esquiar.
A Cara le sorprendió su paciencia con los chicos. Cuando lo vio firmándoles los cascos, tuvo que hacer un esfuerzo por contener una lágrima.
–Bueno –dijo Max, apagando la televisión–. Eso sí que ha sido una

noticia basura.

–A mí me ha gustado –comentó Cara–. Y parecías estar divirtiéndote.

No podía creer que odiase a los niños. Sin darse cuenta, se tocó el vientre e intentó imaginarse a Max como padre.

–Estuve todo el tiempo deseando poder esquiar solo –respondió Max–, pero sabía que son telespectadores y que tenía que comportarme.

–¿Quieres decir que solo estabas haciendo relaciones públicas?

–Quiero decir que no soy el santo que la cadena pretende hacer ver.

Su teléfono sonó y Max fue a por él a la mesa de comedor.

–Hola –respondió.

Luego escuchó.

–¿Ahora?

Otra pausa.

–Sí, estaremos aquí. Se lo diré. De acuerdo. Adiós.

Y colgó.

–¿Qué pasa?

–Jake y Gillian no van a volver inmediatamente porque Gillian tiene que atender una conferencia telefónica.

A Cara se le encogió el estómago.

–¿Es una broma?

–Al parecer, en China es por la mañana y necesitan hablar con ella desde el despacho chino. Tiene el ordenador en el hotel, así que han ido allí.

–Pero...

–¿Te suena creíble? –le preguntó Max–. Porque conozco a Jake bastante bien y es posible que...

–Estás hablando de mi hermana.

–¿Y no tiene vida sexual?

–No va a acostarse con Jake –le aseguró Cara–. Tiene intereses en China y estoy segura de que tiene que atender esa conferencia.

–Eres muy mona, ¿lo sabías?

La sonrisa de Max hizo que Cara sintiese calor por todo el cuerpo.

–Max... –empezó a protestar, pero una especie de rugido la distrajo. Era profundo y bajo. Cara notó también una vibración.

Max palideció. Se puso tenso un instante y luego juró entre dientes.

Antes de que Cara entendiese lo que estaba ocurriendo, él la agarró por la cintura.

La hizo entrar en el cuarto de baño y la metió en la bañera.

–¡Túmbate! –le ordenó antes de desapare-cer.

Era un terremoto. Cara nunca había oído hablar de una bañera como refugio, pero le pareció tan buen lugar como cualquier otro. Se tumbó.

Unos segundos después, Max regresaba con la mesa de café en las manos. Se tumbó encima de ella y colocó la mesa sobre ambos.

El rugido se transformó en un fuerte chirrido y todo tembló a su alrededor. Cara se agarró a Max sin pensarlo y enterró la cara en su hombro.

–¿Un terremoto? –preguntó con voz ronca.

–Una avalancha –respondió él abrazándola.

Las luces se apagaron y el mundo se volvió gris.

–¿Estamos vivos? –susurró Cara al oído de Max.

Llevaban un minuto en completo silencio.

–Sí –respondió él, aguzando el oído.

–¿Se ha terminado?

–Tal vez. A veces, una avalancha desencadena otra –le dijo Max en voz baja, cambiando de postura para que Cara estuviese más cómoda–. ¿Te hago daño?

–No. No me haces daño –respondió Cara–. ¿Tenemos que hablar en susurros?

–No.

Ambos guardaron silencio.

–¿Cuánto tiempo vamos a esperar? –preguntó Cara.

Él agarró la mesa que tenían encima y la apartó.

–Yo creo que ya podemos salir.

Se levantó y salió de la bañera, y después le ofreció la mano a Cara para ayudarla. Ella la aceptó.

En ese momento, el teléfono de Max sonó en el salón.

–Deberías responder –le sugirió Cara.

–¿Estás bien?

–Sí –le respondió ella, soltándole la mano.

Estaba pálida, pero parecía estar bien.

Max fue a por el teléfono y vio el número de Jake en la pantalla.

–¿Estáis bien? –preguntó Jake a modo de saludo.

–No sabes cómo me alegro de oír tu voz –respondió Jake–. ¿Cómo está Cara?

–Estamos bien.

Max la vio salir del baño y apoyarse en el respaldo del sofá.

–Están bien –le dijo Jake a Gillian.

–Todavía no he tenido la oportunidad de mirar fuera, pero he pensado que la casa iba a salirse de los cimientos. ¿Qué veis desde abajo?

–Media montaña está cubierta de nieve. Y la calle está llena de gente asustada.

–¿Ha llegado al pueblo?

–No. Y el principal desprendimiento tampoco ha afectado a las pistas de esquí.

–Menos mal. ¿Hay heridos?

–El equipo de rescate está trabajando, pero no creo que vayamos a saber nada hasta dentro de unas horas. ¿Vosotros estáis bien en casa?

–Sí –respondió Max–. No hay luz, pero tenemos la chimenea.

–Supongo que tendréis que pasar la noche allí.

–Eso mismo pensaba yo –dijo Max, mirando a Cara, que estaba empezando a recuperar el color–. ¿Puedes evitar que salgamos en las noticias?

–Por supuesto –respondió Jake.

Max sabía que Cara no querría que nadie supiese que estaban juntos.

–Estoy un poco cansado de ser noticia.

–Entendido. He grabado parte de la avalancha con la tablet, ya que no tenía la cámara, pero parece que ha salido bien.

Max no pudo evitar sonreír de medio lado al oír aquello. Jake veía el mundo en video clips.

–Si te queda batería en el móvil, ¿podrías grabar la imagen que tenéis desde allí? –le pidió Jake.

–Veré qué puedo hacer.

–¿Puedes pasarle el teléfono a Cara? Gillian quiere hablar con ella.

–Por supuesto –dijo Max, acercándose adonde Cara estaba sentada y tendiéndole el teléfono–. Es Gillian.

–¿Hola? –dijo Cara, tomando el teléfono.

Escuchó un momento.

–Sí.

Otra pausa.

–Ni un rasguño. Aunque todavía estoy en estado de shock.

Después rio con nerviosismo.

–¿De verdad?

Curioso por ver lo que había ocurrido fuera, Max salió al balcón y cerró la puerta tras al salir.

La escena era surrealista.

El grueso de la avalancha había caído sobre la parte norte del complejo residencial, creando una montaña de nieve dura que descansaba contra la pared de la casa.

Ellos no eran los únicos en haber tenido mucha suerte. El resto de las casas estaban al sur de la suya, un poco más abajo.

Oyó cómo la puerta se abría tras de él.

–Oh...

Se giró hacia Cara, que se había quedado inmóvil al lado de la puerta, mirando el paisaje que había junto a la casa.

–No hay carretera –comentó sorprendida.

–Llevará un buen rato quitar la nieve que la cubre.

Cara se acercó a él, a la barandilla.

–¿Estamos aislados?

–Por el momento, sí. Podrían mandarnos un helicóptero, pero supongo que no tienen muchos recursos y que darán prioridad a los heridos.

–Por supuesto –dijo Cara–. Gillian me ha explicado que ha ofrecido su avión por si necesitan evacuar heridos a hospitales y traer más equipos de rescate.

–No tardará en anochecer –observó Max, pensando que ojalá no hubiese nadie atrapado en la pista de esquí.

Cara miró hacia la puesta de sol y se estremeció.

–Deberíamos ir dentro –dijo Max.

Quiso poner el brazo alrededor de los hombros de Cara, pero se contuvo.

–Vamos dentro –repitió.

Si existía una posibilidad de que los viesen juntos, quería evitarla. Cuantas menos personas supiesen que Carla estaba con él, mejor sería para ella.

Cara se dio la vuelta y él abrió la puerta y la dejó pasar.

Sin electricidad, muy pronto haría frío en la casa. Max supuso que habría más personas atrapadas en otras casas, pero estas estaban demasiado alejadas las unas de las otras para saberlo con certeza. Al menos, ninguna casa parecía haber sufrido daños estructurales.

Junto a la chimenea había un periódico, cerillas y maderos. También había dos lámparas de aceite en la repisa y velas en varias partes del salón.

Encendió las lámparas de aceite y le dio a Cara todas las cerillas menos una.

–¿Te importaría encender alguna vela?

–Por supuesto.

Max sabía que lo mejor era mantenerla ocupada para que no le diese demasiadas vueltas a la cabeza.

Él se agachó a encender la chimenea. Por suerte, la casa estaba bien preparada y había madera suficiente para varios días.

Prendió fuego al periódico y vio cómo las llamas lo arrugaban.

–¿Tu hermana tiene un avión privado? –preguntó.

–Es de la empresa.

–Pero la empresa es suya.

–Sí, es verdad –respondió Cara.

Había encendido una docena de velas y la habitación se vio inundada por un suave resplandor de luz amarilla.

Max silbó mientras ocupaba el extremo contrario.

–Una familia con mucho éxito.

–Eso depende de a quién se lo preguntes.

–¿Una trabaja para la Casa Blanca y la otra es empresaria? ¿Quién podría pensar que eso no es tener éxito?

–Si mis padres hubiesen podido elegir, Gillian y yo estaríamos casadas con dos granjeros y ya habríamos empezado a darles nietos.

–Ah.

Max lo entendió todo.

–Por suerte para todo el mundo, mi hermano encontró a una maravillosa chica del pueblo y se enamoró de ella. Está embarazada de su tercer hijo y parecen felices de vivir en una granja.

–¿La vida de la granja no está hecha para ti?

Cara se estremeció de manera exagerada.

–Gillian y yo estábamos deseando marcharnos de Wisconsin.

Max no pudo evitar fijarse en la belleza del rostro de Cara bajo la luz de la chimenea. Los jóvenes de su pueblo debían de haberse quedado muy decepcionados al verla marchar.

–Habrías sido una granjera muy mona.

–Lo habría hecho fatal.

–Es curioso, creciste en un pueblo y terminaste en una gran ciudad. Yo crecí en la ciudad y terminé necesitando estar en contacto con la naturaleza.

Cara miró a su alrededor.

–Debe de encantarte esto.

Le encantaba, pero no por los motivos que ella pensaba. Iban a pasar la noche solos y no podía evitar que su imaginación echase a volar.

Capítulo Seis

La luz de las velas se reflejaba en la mesa de madera. Las sillas de piel eran muy elegantes, el fuego crepitaba y creaba un ambiente relajado, y las caras cristalería y vajilla brillaban bajo la luz.

Lo único que desentonaba eran los copos de avena que se estaban comiendo, en vez de una deliciosa cena.

Pero Cara no se iba a quejar. No tenían electricidad ni calefacción, pero Max había metido en el salón la barbacoa que había en el balcón y allí habían calentado agua. Así que tenían copos de avena y té. Ella sola ni siquiera hubiese conseguido eso.

Jake les había enviado otro mensaje en el que les contaba que habían rescatado a un grupo de niños con heridas leves de una de las pistas. Los trabajos de rescate iban a durar toda la noche. Cara había enviado un mensaje a su jefa para hacerle saber que estaba bien, pero advirtiéndole que no quería gastar la batería de su teléfono.

Tanto Max como ella habían apagado los teléfonos y en esos momentos lo único que los acercaba al mundo exterior era el resplandor de las luces del pueblo.

–¿Fuiste Boy-Scout? –preguntó Cara, soplando suavemente la primera cucharada de copos de avena.

–¿Por qué me preguntas eso? –preguntó Max, que estaba sentado frente a ella en la larga mesa de comedor.

–Has encendido la chimenea. Se te ha ocurrido hervir agua utilizando la barbacoa. Apuesto a que sabes hacer los primeros auxilios.

–Sí, pero en mi barrio había muy pocos Boy-Scouts.

Cara sabía que Max había crecido en un barrio del sur de Chicago, y que su madre, soltera, había sido camarera.

–¿Y cómo has aprendido todo lo que sabes?

–Por el procedimiento de prueba y error. Sobre todo, de los errores. Cuando uno crece en un sótano sin un triste martillo ni un destornillador, sin ningún material de acampada y, sobre todo, sin un padre que te enseñe, llega a la mayoría de edad con ciertas limitaciones.

Cara se arrepintió de haber preguntado.

–No pretendía…

–No estoy enfadado contigo. Ni con nadie. A veces, la vida es así. No puedo cambiar mi niñez, pero sí puedo controlar lo que hago con mi vida ahora.

–¿Es ese el motivo por el que no quieres formar una familia? –

preguntó Cara sin poder evitarlo–. ¿Porque tienes malos recuerdos?

–Hay muchos motivos por los que no quiero formar una familia. Es cierto que no le desearía a nadie una niñez como la mía. Ni una vida como la de mi madre.

–Gran culpa de eso la tiene la pobreza –comentó Cara.

Max no respondió a eso.

–Por no hablar de la genética –añadió–. Soy el producto de un padre capaz de abandonar a la madre de su hijo y a su hijo, de darle la espalda a sus responsabilidades. ¿Crees que el mundo necesita más personas con ese patrimonio genético?

–Tú no eres como él.

–Claro que sí. Hoy estoy aquí, pero mañana estaré en otra parte. Soy egoísta, vivo solo y persigo únicamente mis propios sueños.

–Pero no estás abandonando a nadie.

–Exacto. No le hago daño a nadie. Podrían matarme en un país en guerra o podría caerme a una catarata y ahogarme, y no le importaría a nadie.

–Eso no es cierto.

–Bueno, es verdad que a lo mejor subía la audiencia de NCN, pero solo de manera temporal...

–Tus amigos te echarían de menos –dijo Cara, que no soportaba oírlo hablar así.

Sus amigos lo querían mucho y lo respetaban, lo mismo que sus compañeros, incluso su público.

–Para mí no es algo negativo, sino más bien una fuente de libertad. Por supuesto que mis amigos me echarían de menos. Yo también lo haría si muriesen, pero perder a un amigo no es nada en comparación con perder a un padre o a un esposo.

–Entonces, si he entendido bien, ¿estás protegiendo a un posible hijo o esposa evitando su existencia?

Max asintió, pensativo.

–Sí, es más o menos eso.

–Pero no puedes vivir en una burbuja, Max.

Cara intentó convencerse a sí misma de que aquello no la pillaba por sorpresa. Siempre había sabido que Max no quería ser padre, que ni siquiera quería una relación seria. No podía ponerse sensible solo porque acabase de explicarle sus motivos con toda claridad.

No había cambiado nada en los últimos cinco minutos. Todavía faltaban un par de meses para que a ella se le notase el embarazo. Había pensado pedirle a Lynn que la mandase al extranjero, tal vez a la embajada de Londres, de Sídney o incluso de Montreal. Así su hijo aprendería francés.

–No vivo en una burbuja –le respondió Max–. Salto de aviones, subo montañas, atravieso ríos. Hasta luché con un cocodrilo una vez.

–Ah, la infame historia del cocodrilo –se obligó a bromear Cara.

–Está bien, te voy a decir algo, pero que conste que lo que se cuenta durante la avalancha, se queda en la avalancha.

Ella sonrió.

–Dios santo, ¿qué vas a confesarme?

–Mi guía, que estaba muy cerca, en el barco, le dio al cocodrilo con un remo en la cabeza antes de que yo luchase con él.

Cara frunció el ceño.

–¿Me estás diciendo que el cocodrilo estaba debilitado?

–Eso creo, pero Jake grabó el forcejeo y todos acordamos fingir que había sido más peligroso de lo que había sido en realidad.

–¿Peleaste con un cocodrilo aturdido?

–Y gané.

–Y lo aprovechaste para aumentar tu reputación de aventurero.

Max le guiñó un ojo.

–Nunca he dicho que fuese un Boy-Scout.

–De acuerdo, supongo que no puedo ponerme altiva. Nunca he luchado contra un cocodrilo.

–Solo contra los buitres de la prensa.

–Algunos días, desearía que alguien les diese con un remo en la cabeza.

Max se quedó pensativo.

–En Fields ya no vamos a encontrar nada. Acerca de Eleanor, quiero decir.

Cara levantó la guardia.

–Ya sabes que no puedo hablar de eso contigo.

–No te estoy pidiendo información, solo he hecho un comentario. Nadie quiere hablar, lo que significa que aquí hay una conspiración digna de la CIA, o que es cierto que no se acuerdan de nada.

–Yo pienso que la gente no se acuerda de nada –le dijo Cara.

–Y yo también. Pero ¿de dónde sacaron la noticia Angelica Pierce y ANS?

–¿Tienes alguna teoría? –le preguntó Cara.

–¿Me estás ofreciendo un intercambio de información? –contraatacó Max, inclinándose hacia delante.

–Sabes que no puedo hacer eso.

–Entonces, no tengo ninguna teoría –dijo él–. Bueno, sí que la tengo. Y es buena.

Entonces se inclinó hacia delante ella también.

–Es un farol.

–Solo tienes una manera de averiguarlo.

De hecho, Cara tenía dos maneras de averiguarlo, pero la segunda era todavía peor que la primera.

–Sé lo que estás pensando –le advirtió Max.

–No.
–Estás pensando que, si te desnudases, te lo contaría todo.
–No te voy a chantajear con sexo.
–Qué pena, porque funcionaría.

Max supo que tenía que hacer algo para mantenerse ocupado el resto de la noche. Porque si concentraba toda su atención en Cara, se volvería loco de deseo.
Había lavado los platos, rellenado la caja de madera y comprobado que la avalancha no había dañado ninguna pared. En esos momentos estaba revisando uno a uno todos los cajones del salón en busca de cosas que pudiesen resultarles útiles en caso de tener que estar allí encerrados un par de días más.
Cara había colgado su americana en el armario, había sacado un albornoz desteñido del aseo y le había pedido a Max unos calcetines.
Su aspecto tenía que haberle resultado cómico, pero la verdad era que le resultaba muy se-xy.
–¿Qué has encontrado? –le preguntó Cara desde la otra punta de la habitación.
Él hizo un esfuerzo para no mirarla.
–Juegos de mesa –contestó, tomando uno al azar–. ¿Quieres jugar al Monopoly?
–Hace siglos que no juego.
–¿Echamos una partida? –preguntó Max, pensando que siempre sería mejor centrarse en el juego que en ella.
Se acercó a la mesa y vio que el juego estaba completo, solo un poco usado.
–¿Está la ficha del perro? –preguntó Cara, tomando asiento.
–Tenemos al perro –le confirmó Max, desdoblando el tablero y dándole la ficha.
–¿Tú cuál quieres? –le preguntó ella, empezando a colocar el dinero.
–El sombrero de copa –decidió Max.
–¿No quieres el coche?
Él frunció el ceño.
–Parece de importación.
–¿Y solo te gustan los coches estadounidenses?
–Sí. No hay nada como ir por la Ruta 1 en un Mustang GT descapotable –comentó Max, poniéndose cómodo enfrente de ella.
El gesto de Cara se volvió soñador.
–Suena bien.
–Te llevaré cuando quieras. Bueno, tal vez sea mejor esperar a abril o mayo. A no ser que empecemos en Georgia.
En invierno siempre iba con capota.

–¿Tienes un descapotable?
–Tengo tres.
–¿Y no te parece demasiado?
–Forman parte de mi colección.
Cara sonrió.
–Para mí, hablar de colección es solo una manera de justificar un exceso.
–No te lo voy a discutir.
Ella lo miró a los ojos.
–¿Cuántos coches tienes?
Max calculó mentalmente.
–Diecisiete, pero tres están en proceso de restauración. Casi todos son antiguos.
–¿Y cómo es que no lo sabía?
–Hay muchas cosas que no sabes de mí.
–¿Cómo es posible? ¿Dónde los tienes? Vives en un ático en Connecticut Avenue.
–También tengo una casa en Maine.
–¿En serio?
–¿Por qué iba a inventármelo?
Ella siguió colocando el dinero.
–Solo estoy sorprendida. Nunca lo habías mencionado.
–Cara, no hemos salido juntos tantas veces.
Además, se habían pasado casi todo el tiempo hablando de política. O en la cama. Tal vez eso explicaba las ganas que tenía de besarla en esos momentos.
Ella lo miró a los ojos y Max se dio cuenta de que estaba pensando lo mismo que él.
–¿Qué más cosas no sé de ti?
–Muchas. La mayoría, buenas.
Cara sonrió.
–Cuéntame las malas.
–Empieza tú.
–Yo no tengo nada malo que contar –respondió Cara.
–Te gusta un periodista inconformista y temerario.
–Ja. Me gusta a mí y a un millón de mujeres más.
–Gracias por el cumplido –le dijo Max–, pero tú eres diferente y lo sabes.
–No soy diferente. Soy exactamente igual que todas las demás.
–Para mí eres diferente –le dijo Max con toda sinceridad.
–Será porque no puedes tenerme.
Max ya había reflexionado acerca de aquello.
–Es la verdad –añadió Cara en tono triunfante.
–Ojalá lo fuese –respondió él–. Haría las cosas mucho más sencillas.

Ella golpeó la mesa con el dedo índice.
–Si estuviese disponible, si fuese, no sé, digamos que empleada de banca, si no tuviese nada que ver con la vida pública y la política, si te confesase mi amor eterno y te dijese que quería pasar el resto de mi vida contigo, casarme, tener hijos contigo...
–¿Qué? –inquirió él, enfriándose de golpe–. ¿De dónde viene todo eso?
Ella sacudió la cabeza.
–No me quieres, Max.
–No entiendo que pases de cero a cien en dos segundos. No entiendo que hables de si fueses otra persona. Si fueses tú, pero te hubieses quedado en la granja y estuvieses buscando un marido paleto, no me habría enamorado de ti.
–Qué superficial.
–Pero no eres así y nunca lo serás. Me gustas como eres, Cara. En tu vida actual. En tus circunstancias actuales, con tus sueños y valores.
–Porque soy la fruta prohibida.
–Es más complicado que eso.
–No te imaginas cuánto.
Max alargó la mano y tomó la suya.
–Claro que me lo imagino. Tú y yo estamos atrapados en dos mundos diferentes, incompatibles.
Ella bajó la vista a sus manos unidas.
–Me alegra ver que me escuchas cuando te hablo.
Él le apretó la mano cariñosamente y Cara no la intentó apartar.
–Ven aquí –le pidió Max en voz baja.
–No.
–Entonces, iré yo allí.
Se puso en pie y rodeó la mesa.
–Max –dijo Cara, suspirando con frustración.
Pero este volvió a agarrarla de la mano e hizo que se levantase.
Cara parecía confundida, vulnerable.
–Tengo que protegerme de ti.
–Pues lo estás haciendo estupendamente bien.
–De eso, nada.
–Pero esta noche no, no tienes que estar apartada de mí.
–Max...
–Estamos los dos solos, Cara. Por primera vez, tal vez por única vez, nuestras vidas más allá de estas paredes son irrelevantes.
–No puedo...
Él apoyó un dedo en sus labios.
–No te estoy pidiendo que me desveles increí-bles secretos de estado ni ninguna otra información. Puedes dejar de hablar ahora y no volver a pronunciar ni una palabra hasta mañana si quieres.

Cara puso los ojos en blanco al oír aquello.

Max sonrió.

–Ya sabes lo que quiero decir.

Luego se puso serio y se acercó más, respiró hondo, dejó que el olor de Cara invadiese todos sus sentidos.

–Ahora, y solo ahora, yo soy solo Max y tú eres solo Cara. Y eso no va a volver a pasar de aquí a cuatro años.

–Ocho años –lo corrigió Cara.

Max inclinó la cabeza hacia ella.

–Deja de pensar. Voy a besarte.

–Max –protestó Cara en voz baja.

Este se dijo que no era un no. Tal vez en esos momentos fuese él el que estaba intentando racionalizarlo todo, pero lo cierto era que Cara no le había dicho que no.

Cuando los labios de Max la tocaron, Cara estuvo a punto de derretirse. Notó que la abrazaba con fuerza y se sintió como en casa.

–Te echado mucho de menos –susurró él contra sus labios.

Le desató el albornoz y se lo quitó, dejando que cayese en la alfombra que había frente a la chimenea. Luego empezó a desabrocharle la blusa blanca hasta dejar al descubierto el sujetador de encaje.

Cara lo agarró de la corbata.

Él dejó que lo hiciera y luego empezó a desabrocharse su propia camisa.

El fuego titiló sobre su cuerpo bronceado, resaltando la docena de cicatrices que surcaban su pecho. Cara pasó el dedo por la más larga y él contuvo la respiración.

–¿Te hago daño? –le preguntó Cara en voz ba-ja.

–No.

Cara pasó el dedo por otra.

–¿Son del cocodrilo?

–De unas ramas. Un mal aterrizaje en paracaídas –le contestó Max, acariciando también su cintura–. Eres tan suave, tan perfecta...

–Eso es porque no me da por saltar de aviones –respondió Cara, estirándose para darle otro beso.

–No te hagas nunca daño.

Cara no supo qué responder a aquello, así que le dio un beso.

–No soportaría que te hicieses daño –le dijo Max antes de profundizar el beso, apartando la blusa de sus hombros y dejándola caer al suelo también. El fuego crepitó en el silencio de la habitación, calentando el ambiente y perfumándolo de un ligero olor a cedro quemado.

Cara le quitó la camisa mientras Max le quitaba a ella el sujetador. Luego volvió a abrazarla, piel contra piel. Ella le acarició la espalda y, sin pensarlo, lo besó en el pecho.

Bastó que él le acariciase un pecho para notar cómo el deseo se iba extendiendo por todo su cuerpo.

Max la tumbó en la alfombra. La casa estaba cada vez más fría, pero la chimenea y el cuerpo de Max le daban calor. Este se apoyó en un codo y trazó una línea con el dedo índice desde el cuello de Cara hasta su hombro. Pasó por un pecho y luego bajó al ombligo.

–¿Cómo puedes ser tan bonita? –le preguntó, volviendo a subir.

Le pellizcó un pezón y Cara sintió todavía más placer; arqueó la espalda.

Max repitió el gesto y ella cerró los ojos. Luego pasó al otro pecho y Cara sintió calor, que se le aceleraba el pulso y aumentaba el deseo.

Él se desabrochó los pantalones, bajó la cremallera y se los quitó.

Cara alargó una mano para tocarlo; no podía desearlo más.

–Quédate quieta –le susurró Max al oído.

Y ella obedeció, pero solo porque estaba como sin fuerza y le pareció lo más sencillo.

–Podría estar toda la noche mirándote.

Cara abrió los ojos al oír aquello.

Max tenía la vista clavada en ella y le estaba acariciando los muslos, por encima de las braguitas de encaje blanco, el hueso de la cadera, la cintura.

Tenía unos ojos verdes muy bonitos, la barbilla fuerte, la nariz recta y unos labios oscuros que Cara sabía que eran casi mágicos. Todas las mujeres de Washington se sentían atraídas por él, pero Max la estaba mirando a ella con veneración.

Metió la mano por debajo de las braguitas y la acarició. Cara volvió a arquear la espalda, cerró los ojos y apretó los puños involuntariamente.

–Bésame –le pidió.

Lo notó inclinándose hacia ella.

Separó los labios.

Pero el beso no llegó y Cara notó sus labios calientes en un pecho. Max tomó el pezón con la boca y se lo acarició con la lengua. Ella gimió de placer y, llevando una mano a su cabeza, lo agarró del pelo moreno.

Max pasó al otro pecho y el calor de Cara aumentó.

Se sentía inundada de placer y deseo. Separó los muslos, preparada para recibir sus caricias.

–Max, por favor –le rogó en un susurro.

Este la besó en los labios y Cara pensó que nada la satisfacía más.

Mientras profundizaba el beso, Max le quitó las braguitas y se

deshizo de sus calzoncillos. Luego se colocó encima, apretándola contra la alfombra.

Cara le acarició la espalda, el trasero y separó más los muslos.

Max se apoyó en los codos y le apartó el pelo de la cara para poder mirarla a los ojos.

–No hay nadie más en el mundo –le aseguró–. Nadie.

Enseguida se puso un preservativo y luego la besó en los labios y balanceó las caderas. El cuerpo de Cara lo acogió. Ella lo abrazó con las piernas y levantó las caderas. Para ella tampoco había nadie más en el mundo. No podía imaginar tener aquellos sentimientos, aquella conexión, con nadie más.

Aquella noche era maravillosa. Max era suyo. Lo abrazó con fuerza. El tiempo y el espacio desaparecieron mientras él se movía rítmicamente.

Cara gritó su nombre y él la besó con fuerza. Su cuerpo se sacudió y su mundo explotó una y otra vez.

Intentó respirar mientras todo volvía a su ser. Max respiraba con dificultad. La agarró con más fuerza e hizo que ambos girasen para ponerla a ella encima.

–Ha sido... –empezó Cara, pero no supo cómo terminar.

–Sí, estoy completamente de acuerdo contigo –le dijo Max.

El amanecer tiñó de rayos rosados el cielo cubierto e iluminó los picos nevados que había detrás de la casa.

Todavía en la enorme cama del segundo piso, Max mantuvo la respiración acompasada y los brazos muertos sobre el cuerpo de Cara. Estaba dormida y no quería despertarla.

Hacía calor bajo las sábanas, pero la chimenea se había apagado varias horas antes y la casa cada vez estaba más fría.

El frío era como la realidad. Antes o después tendrían que enfrentarse a él.

Cara se movió entre sus brazos y Max volvió a sentir deseo.

–¿Ya es por la mañana? –le preguntó ella con voz ronca.

–Casi.

Se dejó llevar y la besó en la nuca.

–Gracias –murmuró Cara.

–Ha sido un placer –respondió Max, repitiendo el gesto.

Ella se echó a reír.

–Me refería a lo de anoche. Gracias por estar ahí. Por el fuego, el té, los copos de avena. Por saber qué hacer y cómo hacerlo.

–Eso me suele pasar –contestó Max, apoyando con cuidado la mano en su suave vientre–. Sé qué hacer...

Le acarició un pecho.

–Cómo hacerlo.
Cara le agarró la mano.
–Y yo que estaba a punto de decir que habías sido todo un caballero...
–¿Y tú una damisela en apuros?
–Lo estás estropeando todo, sir Max.
Él cambió de postura y la hizo tumbarse boca arriba para poder mirarla a la cara.
–Sin embargo, tú no podrías estar haciéndolo mejor, querida Cara.
Ella contuvo una sonrisa.
–Vuelve a llamarme sir Max –le pidió.
Pero Cara le dio un golpe en el hombro.
Max se echó a reír y la abrazó, haciéndola girar de nuevo hasta ponerla encima de su cuerpo.
–Te tienes que poner serio –le dijo Cara.
Él lo hizo.
–Está bien –respondió, tomando su rostro y besándola, primero con suavidad y luego apasionadamente.
Cara se resistió al principio, pero unos segundos después empezó a devolverle el beso y su cuerpo se amoldó al de él.
Max inhaló su aroma, disfrutó de la suavidad de su piel, probó sus dulces labios y dejó que sus dedos absorbiesen la textura de su sedoso pelo. La pasión inundó todo su cuerpo.
Ella gimió contra sus labios.
–¿Es demasiado pronto? ¿Estás dolorida?
–No. Bueno, sí, pero no. No lo suficiente como para...
Él esperó a que Cara tomase la decisión.
Esta se apartó un poco de él.
–¿Max? –le dijo casi sin aliento.
–¿Sí?
–Tienes que prometerme algo.
–¿Ahora?
–Sí.
–¿Es algo bueno o malo? –le preguntó mientras la acariciaba entre las piernas.
Ella cerró los ojos, separó los labios y arqueó la espalda.
Max supuso que eso significaba que era algo bueno. Levantó la cabeza para besarla y se olvidó de todo lo demás.
Cara lo besó apasionadamente, metió la mano entre ambos cuerpos y lo guió.
–Un preservativo –dijo Max en un momento de lucidez.
Pero ella continuó.
–No pasa nada. Me gusta tanto... –gimió.
Él levantó las caderas y el calor de Cara lo envolvió. Ya no hubo

marcha atrás. Max intentó controlar el ritmo, pero su cuerpo le pedía cada vez más.

Estaban hechos el uno para el otro, habían encontrado el ritmo perfecto y Cara susurró su nombre. Él enterró el rostro en su cuello y la besó allí.

Cara arqueó la espalda y lo golpeó con las caderas.

Max gimió su nombre y notó que los músculos internos de Cara se sacudían a su alrededor. Se dejó llevar completamente.

Luego respiró hondo. Estaba sin fuerzas encima de Cara. Pensó que debía de estar haciéndose viejo, porque era la primera vez que le costaba tanto recuperarse después de hacer el amor.

–¿Max? –le susurró ella al oído.

–¿Te estoy aplastando?

Ella negó con la cabeza.

–No te muevas.

–De acuerdo.

–Me gusta.

–A mí me encanta.

Max se sentía como si estuviese drogado.

–Me tienes que prometer algo –añadió Cara en voz baja.

Y él recordó que la había interrumpido. O ella a él. Pero era evidente que se trataba de algo importante.

–Lo que me pidas –le dijo con toda sinceridad.

–Cuando nos saquen de aquí y volvamos a Wa-shington...

–No le contaré nada a nadie –le aseguró.

–Necesito que te mantengas alejado de mí. Prométemelo.

–No. Tienes que dejar que lo intente –le rogó él.

–Si lo intentas, me harás daño.

–No te haré daño, te lo prometo –le aseguró Max.

–Mantente alejado de mí, Max. Si te importo, déjame en paz.

A Max se le encogió el pecho. Había prometido que haría cualquier cosa por ella. Y eso era lo que Cara le había pedido. Por eso tenía que hacerlo. Aunque le costase.

Capítulo Siete

Era media mañana cuando las motonieves llegaron a la casa a buscarlos. Cara aprovechó el casco y la bufanda para camuflarse, pero no habría sido necesario porque todo el pueblo estaba muy ocupado con las últimas tareas de rescate y reparando los desperfectos causados por la avalancha.

Por suerte, pronto se enteró de que no había habido víctimas mortales ni desaparecidos.

Se reunió con Gillian en la recepción del hotel y se enteró a través de esta de que Jake iba a ir con Max a cubrir la noticia de la avalancha. A ella, por su parte, la reclamaban en Washington, así que hicieron las maletas y fueron en dirección al aeropuerto.

Ya no tenía ningún motivo para quedarse en Fields, pero, no obstante, al subir las escaleras del avión de su hermana, sintió como si estuviese dejando algo muy importante allí. Supo que su mente le estaba jugando una mala pasada, haciéndole creer que Max podía ser el marido y el padre perfecto. La realidad era muy diferente y tendría que acostumbrarse a ella.

Entró por la puerta y aspiró el suave olor a cuero nuevo. Había una docena de sillones blancos de aspecto muy cómodo y, en la parte trasera, un sofá y una zona de entretenimiento.

Cara fue hacia uno de los sillones de la parte delantera. El copiloto había tomado su equipaje y ella dejó el bolso delante del asiento.

–¿Te has hecho multimillonaria y yo no me he enterado? –le preguntó a su hermana.

Gillian sonrió desde la puerta.

–Todavía no –respondió, y luego se giró a decirle algo al piloto en voz baja.

–¿Todavía no? –repitió Cara.

–A lo mejor algún día. Todo depende de cómo vayan las cosas en la India –le dijo su hermana mientras se acercaba–. Crucemos los dedos.

La puerta del avión se cerró.

–¿Nunca te paras a pensarlo y te quedas aturdida? –preguntó Cara, que siempre había considerado que su hermana era un genio.

–¿Tú te quedas aturdida cuando estás en la misma habitación que el presidente?

–Sí –respondió ella con toda sinceridad.

–Pero no lo suficiente como para no seguir haciendo tu trabajo.

–Supongo que no.

Gillian abrió un compartimento que había al lado de su asiento y

sacó una botella de agua de una cubitera.

–¿Por qué estamos hablando de esto?

–Porque estamos sentadas en un avión muy caro, rodeadas de lujos ridículos.

Gillian se abrochó el cinturón de seguridad y señaló la trampilla que había junto al asiento de su hermana.

–¿Tienes sed?

–La verdad es que no.

Cara se abrochó también el cinturón. El avión empezó a moverse por la pista.

Gillian abrió su botella.

–Deberíamos estar hablando de Max.

–No quiero hablar de Max –respondió Cara, cambiando de idea acerca del agua y sacando la botella que había al lado de su sillón.

–¿Has roto la abstinencia con él?

Cara estuvo a punto de atragantarse con el agua que acababa de beber.

Gillian se echó a reír.

–Supongo que eso es un sí.

–Supón que la pregunta me ha sorprendido. Por su atrevimiento.

–Pero lo has hecho, ¿verdad? –insistió Gillian.

–Sí –admitió Cara–. Gracias a ti, pero no quiero hablar del tema.

–¿Por qué no?

–Porque voy a intentar no pensar en ello.

–Siento haberte dejado a solas con él –le dijo Gillian en voz baja.

–¿Por qué lo hiciste?

–Porque tenía hambre –contestó Gillian–. Y Jake me parecía buen tipo, pero no esperaba que me llamasen desde China. Ni esperaba que hubiese una avalancha.

–¿Pensaste que volverías antes de que Max me sedujese?

–Sí. No pensé que os iríais corriendo a la cama en cuanto saliésemos por la puerta.

–No fue así. Aguanté un rato, pero podría decirse que me salvó la vida. Quiero decir, que me la habría salvado si la avalancha hubiese tirado el tejado de la casa –le contó Cara, recordando el momento en el que había pensado que iban a morir.

El avión despegó con suavidad.

–Entonces, ¿qué ocurrió? –le preguntó su hermana.

–Que me besó.

–¿Así, sin más?

–Sí, así, sin más. Y yo no me resistí y, cuando me quise dar cuenta, estaba desnuda.

Gillian se echó a reír.

–Lo siento. Sé que no es gracioso, pero me encanta que mi hermana,

que es tan fría, tan lógica, tan contenida, se deje llevar por la pasión.
Cara la fulminó con la mirada.
–¿Y ahora qué?
–Nada. Se ha terminado –le contestó Cara.
–¿Has roto con él?
–No había nada que romper. Nunca hemos estado juntos, pero le he hecho prometer que va a guardar las distancias conmigo. Tiene principios, así que cumplirá la promesa.
Gillian guardó silencio unos segundos.
–¿Crees que es inteligente?
–Es genial.
Cara confiaba en Max más que en sí misma.
–¿Y qué vas a hacer cuando se te empiece a notar el embarazo? Washington es una ciudad relativamente pequeña. Max se va a enterar de que estás embarazada.
–Tengo un plan –le dijo Cara, cambiando de postura para ponerse cómoda.
Ya era hora de dejar de hablar y de pensar en Max. Lo importante era el bebé y ella.
–Cuéntamelo –la alentó Gillian.
–Voy a pedir que me lleven a una embajada en el extranjero. Tal vez a Australia, o a Canadá o a Inglaterra –le dijo. Luego miró a su alrededor–. Tú podrías venir a verme a cualquier parte.
–¿Crees que te trasladarían?
–Eso espero. Me parece que tengo posibilidades.
–¿Y si no es así?
–No necesito un plan B, C ni D.
Gillian abrió la boca, pero Cara no la dejó hablar.
–Yo no soy tú –añadió.
–Y yo no estoy embarazada –replicó Gillian.
–¿De verdad quieres entrar ahí?
–Lo que quiero decirte es que tienes que hacerle saber a Max que no has estado solo con él. Y tienes que hacerlo pronto, antes de que se te empiece a notar el embarazo.
–¿Le llamo y se lo cuento? –la retó Cara, sabiendo que aquello era ridículo.
–Podrías ser un poco más sutil.
–Max sabría que es mentira.
–¿Cómo va a saberlo?
–Me lo notaría en la cara.
–Umm –dijo Gillian, quedándose pensativa–. En ese caso, lo haré yo por ti.
Cara inclinó la cabeza y miró a su hermana con gesto apenado.
–¿Le dirías a Max que he estado acostándome con otros hombres?

–No, no se lo diría a Max, sino a Jake.
Cara la miró sorprendida.
–¿A Jake?
–Le gusto –comentó Gillian–. O, al menos, se siente atraído por mí. Intentó ligar conmigo.
Cara estaba segura de eso.
–¿Y no sospechará si lo llamas y empiezas a hablarle de mi vida sexual?
La idea era tan absurda, que Cara no supo si reír o chillar.
–Me llamará él.
–¿Qué? ¿Cuándo? Espera un momento. ¿Te has acostado con Jake?
–No, no me he acostado con él. Acabo de conocerlo.
–Pero se quedó en tu habitación del hotel anoche.
–¿Adónde iba a ir si no? Todos los hoteles estaban llenos y su casa estaba cubierta de nieve.
Cara arqueó una ceja.
–Escucha, señorita –le dijo Gillian, sacudiendo un dedo para reprenderla en tono de broma–. Era una habitación muy grande, y yo me comporté.
–¿Te gusta? –le preguntó Cara.
–No lo sé. Supongo que sí –respondió su hermana, mirando por la ventana–. Es guapo y gracioso. Y muy irónico. Hacía mucho tiempo que un hombre no pasaba de mi dinero.
–¿No se dio cuenta de que estabas en una suite que cuesta tres mil dólares la noche?
–Si lo hizo, no comentó nada al respecto. Pero, volviendo a ti. Solo tengo que comentarle a Jake que estoy en Washington. Me llevará a tomar algo y ya está.
–¿Ya está? ¿Le hablarás de mi vida sexual entre Martini y Martini?
–Será pan comido.
–No –respondió Cara con firmeza.
Gillian la miró a los ojos.
–¿Estás segura?
–Sí, estoy segura.
Lo estaba. O casi.
Que Max pensase que otro era el padre podía serle de utilidad, pero no estaba preparada para que pensase que lo había traicionado.
Aunque tal vez la palabra «traición» fuese demasiado fuerte. En realidad, nunca habían estado comprometidos. Tal vez Max ya diese por hecho que había estado con más hombres. A lo mejor él también había estado con otras mujeres.
Tragó saliva. Eso no debía importarle, pero le importaba, y mucho.

***

–Tu instinto es inigualable –le dijo a Max la que había sido su jefa, Marnie Salloway, apagando el vídeo con el mando a distancia después de haber visto las imágenes de la avalancha de Fields.

Hacía años que Max no trabajaba con ella, pero había acudido cuando lo había llamado para que tuviesen una reunión. Quería mirarla a los ojos y hacerle un par de preguntas.

–Estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado –le contestó Max, girándose en su sillón, frente a la larga mesa ovalada de la sala de reuniones.

–Si a eso añadimos las clases de esquí, cualquiera diría que eres el superhéroe americano.

–Casi –dijo él en tono burlón.

Marnie sonrió.

–Y encajas muy bien en el papel.

–¿Estás coqueteando conmigo?

Tenía por lo menos diez años más que Max, pero ya había sido objeto de su atención en el pasado y no tenía ganas de repetir la experiencia. También esperaba poder descubrir su juego.

Si Liam Fisher tenía razón y ANS no se estaba tomando en serio la ley a la hora de obtener información acerca del escándalo de Ariella Win-throp, con toda seguridad Marnie tenía que estar metida en el ajo.

–En absoluto –gorjeó ella–. Por favor, solo estoy diciendo lo que ambos sabemos. Eres una estrella, Max. Aunque, ahora que lo pienso, me parece que en NCN ya has llegado todo lo lejos que podías llegar. ¿Cuándo vas a considerar la posibilidad de trabajar para una cadena de verdad?

–A mí NCN me parece una cadena de verdad.

–No según los últimos índices de audiencia. Bueno, tu programa está funcionando bien.

–Y esa debería ser mi principal preocupación.

Marnie se sentó recta.

–No estoy hablando de cómo está funcionando tu programa, sino de lo que podrías hacer de ahora en adelante. Nuestro presupuesto es más alto. Tenemos más telespectadores. Y estaríamos dispuestos a darte responsabilidades de producción. Piénsalo, Max. Podrías tomar decisiones acerca de la dirección de tu programa.

–Estoy contento con el presupuesto y la dirección de mi programa.

Ella inclinó la cabeza y sonrió.

–¿Quieres que te haga la oferta todavía más atractiva?

Max no respondió. Sentía mucha curiosidad por ver hasta dónde estaba dispuesta a llegar Marnie.

–Dime –la alentó–. ¿Qué tiene ANS que no tengan otras cadenas?

–Más capacidad de investigación.
–¿Es lo que has utilizado para el caso de Ariella Winthrop, Marnie? ¿Cómo has conseguido exactamente la información?
Ella lo miró con cautela.
–¿Cómo puedo saber que puedes conseguir más? –insistió Max.
Ella dudó.
–¿Me estás diciendo que estás dispuesto a cambiar de barco?
–Estoy dispuesto a pensarlo. ¿Cómo has conseguido la información?
–Estaba en el lugar adecuado, en el momento adecuado.
Pero Max se dio cuenta de que su expresión era triunfante. Estaba seguro de que ANS había hecho algo turbio y de que Marnie estaba detrás de ello. No obstante, no iba a poder sonsacarle nada más.
–¿Puedo pensármelo un par de días?
–No tardes demasiado en darme una respuesta –respondió Marnie, mostrándose cauta otra vez.
Él se puso en pie.
–Gracias por haberme invitado a esta reunión, Marnie.
Salió de la sala de juntas, bajó al vestíbulo en ascensor y salió del edificio. Jake estaba esperándolo a dos manzanas de allí, en la esquina de Rene's Café.
Max estaba bajando las escaleras para llegar a la acera cuando sonó su teléfono móvil. Era su jefa de NCN, la productora Nadine Clarke.
–Hola –la saludó.
De fondo se oía el ajetreo de la oficina de producción.
–¿Qué es eso de que te has reunido con Marnie Salloway?
–¿Me estás tomando el pelo? –le preguntó Max, girándose a mirar a sus espaldas–. Si acabo de salir.
–¿Qué quieres que te diga? Somos un canal de noticias. A la gente le encanta filtrar información.
–Estoy impresionado –admitió Max, deteniéndose en un semáforo.
Era por la tarde y el sol estaba empezando a ponerse detrás de los edificios de oficinas. Había empezado a nevar y hacía frío.
–¿Tengo de qué preocuparme? –quiso saber Nadine.
–No.
–Bien –respondió ella–. Necesito que vayas a Los Ángeles. El presidente va a asistir a la Cumbre Económica de la Costa del Pacífico dentro de un par de días y quiero que cubras la noticia. Vamos a hacer un programa desde allí, pero todavía no hemos decidido los detalles.
–Quería hablarte de eso –comentó Max mientras cruzaba–. No estoy seguro de que el presidente sea la verdadera noticia.
–¿No me digas? –dijo Nadine.
Pero él insistió.
–Creo que deberíamos averiguar qué ha hecho ANS para descubrir la historia.

–Yo creo que deberíamos hacer que NCN cierre la historia. Y, dado que la productora soy yo, vamos a hacerlo a mi manera, ¿de acuerdo?

–Sí, jefa.

–Eso es lo que me gusta oír –le dijo ella. Luego, tras una breve pausa, añadió–: Salvo que vayas a considerar la oferta de ANS. En ese caso, cena conmigo. Te subiré el ego y te ofreceré un aumento de sueldo.

–No es necesario.

–Bien. En ese caso, tu vuelo sale a las nueve.

Y Nadine colgó.

Con el teléfono pegado a la oreja izquierda, Lynn le hizo un gesto a Cara para que entrase en su despacho.

–Sin ningún dato nuevo, es difícil evitar que sigan especulando –dijo al teléfono.

Sandy entró detrás de Cara en el despacho y dejó un montón de periódicos en una esquina del escritorio de Lynn.

–*The Morning News* –empezó–. *The Night Show, D.C. Beat* y *Hello Virginia.* Todos quieren al presidente.

Lynn tapó el micrófono del teléfono.

–Que se olviden del presidente.

–*Hello Virginia* ha prometido dejar que el presidente cuente su versión de la historia.

–No, Barry –volvió a decir Lynn al teléfono, al jefe de personal–. Porque no tengo poderes mágicos. No. No.

Luego sacudió el auricular de manera dramática antes de volver a llevárselo a la oreja.

–Hazlo tú. Y dime qué te ha respondido.

Y colgó.

–¿Cómo que van a dejarle contar su versión de la historia? –le dijo a Sandy, volviendo a tocarse el anillo.

Cara estaba de acuerdo con su jefa. En cuanto *Hello Virginia* consiguiese que el presidente se pusiese delante de un micrófono, le harían todas las preguntas posibles.

Lynn hizo girar su anillo.

–Necesitamos que hagas el viaje, Cara.

–¿Qué viaje? –preguntó ella, tomando asiento.

–A Los Ángeles, a la Cumbre Económica de la Costa del Pacífico.

A Cara le sorprendió. Era un viaje muy codiciado.

–¿No vas a ir tú?

Sandy la miró mal antes de salir del despacho, pero Cara se obligó a hacer caso omiso. Si eran celos profesionales, tendría que aguantarse. Barry y Lynn eran quienes tomaban las decisiones, nadie más.

–Yo no voy –le confirmó Lynn–. Barry quiere que me quede aquí. Y está impresionado con cómo actuaste en la fiesta de inauguración del mandato.

–Solo hice lo que tú me has enseñado –respondió ella, sin ánimo de adular a su jefa.

La admiraba de verdad y, aunque en ocasiones fuese un poco quisquillosa, también era una mujer brillante.

–Bueno, pues a Barry le llamaste la atención, y el presidente también se ha enterado de lo bien que lo hiciste.

–¿De verdad?

–Sí. No estés tan sorprendida –le dijo Lynn, escribiendo algo en su ordenador–. Tendrás que llegar a Los Ángeles un par de días antes que el presidente. Lo mejor será que viajes mañana. El equipo de seguridad y el de avanzada ya están allí.

–Cómo no.

–Te voy a mandar por correo el programa. Se están editando los discursos, pero también queremos anticipar algunas respuestas a preguntas que le puedan hacer sobre la marcha. Barry intentará mantenerlo alejado de la prensa, pero alguien podría ponerle un micrófono delante en cualquier parte.

–Sí –dijo Cara, tomando notas ella también.

–Tú te ocuparás de las presuntas informales.

Cara levantó la cabeza.

–¿Qué?

–No podemos darles al presidente.

–Pero...

–Lo harás bien –le aseguró Lynn.

–Nunca he hecho nada improvisado para el presidente –comentó Cara, que no se sentía preparada.

–¿Y cómo llamas a lo que hiciste el día de la fiesta?

–Una emergencia.

–Pues la resolviste muy bien.

Cara tragó saliva.

–Me siento... halagada.

Lynn se puso seria.

–Es una oportunidad estupenda, Cara.

–¿Y si lo hago mal?

–¿Piensas que te mandaría si pensase que puedes fracasar?

Al ver dudar a Cara, Lynn respondió a su propia pregunta.

–Por supuesto que no. El presidente quiere tenerte en Los Ángeles. Barry confía en ti. Y yo también. No te pongas nerviosa.

–No lo haré –le prometió Cara, poniéndose en pie.

–Mete vestidos de fiesta en la maleta. Habrá alguna cena.

Capítulo Ocho

En Los Ángeles hacía demasiado calor, sobre todo, para el mes de enero. Eran solo las siete de la mañana, pero Cara estaba corriendo por el paseo marítimo de Santa Mónica. Se quitó la sudadera y se la ató a la cintura, dejando que sus brazos desnudos recibiesen la brisa del mar.

Las olas golpeaban rítmicamente la arena de la orilla y algunos coches transitaban ya la Ocean Avenue. El grupo de avanzada del presidente estaba instalado en el hotel Jade Bay, donde tendrían lugar las reuniones. El presidente iba a asistir a tres comidas, dos cenas y una recepción final que tendría lugar después de que se hiciese una declaración oficial y conjunta de todos los participantes de la cumbre.

Oyó sonar su teléfono, que llevaba a la cintura, y lo sacó de la funda. No reconoció el número.

–¿Dígame?

–¿Cara?

–Ari...

No dijo el nombre completo de Ariella.

–Soy yo –le confirmó su amiga.

–¿Estás bien? ¿Dónde estás? No. Espera. No me lo digas.

–Estoy en Seattle.

–He dicho que no me lo digas –le dijo Cara, que estaba llegando al embarcadero–. ¿Estás bien?

–Tengo miedo.

–¿De qué?

–De que me encuentren, o de que me reconozcan. Estoy intentando permanecer el máximo tiempo posible en el hotel, pero, cuando salgo, la gente me mira como si me conociese.

–Supongo que habrás visto la televisión –le dijo Cara.

–Sí. La cosa se está poniendo fea, ¿no?

–La oposición ha pedido la dimisión del presidente, pero lo peor es que su popularidad está cayendo cada vez más en las encuestas.

–Y yo no estoy haciendo nada para ayudar, ¿no?

–Nada de esto es culpa tuya.

–Pero quiero ayudar –le dijo Ariella–. Admiro al presidente. Tú sabes cuánto lo respeto.

–Lo sé.

–¿Qué puedo hacer?

Cara suspiró, se echó hacia atrás el pelo mojado y se dejó caer en un banco, debajo de una palmera.

–Hazte la prueba de ADN.
Ariella guardó silencio unos segundos.
–Supongo que ya sabía cuál iba a ser tu respuesta.
–Eso sería lo mejor para el presidente.
–Lo comprendo.
–Lo siento.
Ariella se echó a reír.
–Tampoco es culpa tuya. ¿Puedo hacer algo más? Pensé que lo mejor sería esconderme, pero me he dado cuenta de que es egoísta por mi parte. Te he abandonado frente a las consecuencias.
–Para eso me pagan –respondió Cara.
–¿Y ese tipo?
Cara no entendió la pregunta.
–¿Qué tipo?
–Max Gray. Me ayudó a marcharme la noche después de la fiesta.
A Cara se le encogió el estómago al oír hablar de Max.
–Eso me han dicho.
–Había pensado que a lo mejor puedo salir en el programa de Max y hacer una declaración.
–No creo que sea buena idea, Ariella.
Tanto Max como NCN, como cualquier otra cadena de televisión, pensarían sobre todo en la noticia.
–Me lo dices como amiga, ¿no? –le preguntó Ariella.
Así era. Cara le había hablado como amiga.
–Deberías pasar a modo relaciones públicas del presidente un momento.
–Ariella...
–¿Ayudaría que saliese en el programa de Max?
–Podría ser peligroso. Podría salir bien... o mal.
–Yo confío en Max.
–Yo no.
–Habla con Lynn –la alentó Ariella–. A ver qué piensa ella.
Cara supo que era lo que tenía que hacer, pero le daba miedo la respuesta de Lynn ante semejante ofrecimiento; lo aceptaría sin pensarlo.
–Lo haré –le prometió a su amiga–. Y también voy a llamar a mi hermana. Está en Seattle y podría ayudarte mientras estés allí.
–No voy a quedarme mucho más.
–Gillian puede ayudarte. Tiene una casa enorme y bastante aislada, y tiene seguridad.
–De acuerdo –accedió Ariella con cierto alivio.
Cara colgó el teléfono y se puso en pie. El hotel Jade Bay estaba justo al otro lado de la calle y ella tenía que utilizar una línea segura para hablar con Lynn.

Cuando le sonó el teléfono, Max estaba atravesando en bicicleta de montaña el Malibu Creek State Park. Atravesó un arroyo y frenó en una zona de hierba haciendo derrapar la bicicleta.

Jake frenó también.

–¿Qué pasa?

Max se quitó el casco y se sacó el teléfono de un bolsillo. Lo levantó para enseñárselo a Jake, que puso los ojos en blanco y se quitó el casco también.

–Nadine –le dijo Max a Jake.

–Siempre tan oportuna –comentó este, bajándose de la bicicleta y apoyándola en el suelo.

–Hola, Nadine –respondió Max con la respiración entrecortada, dejando también la bicicleta.

–Tengo algo para ti –le dijo ella con evidente emoción.

–Me alegra oírlo –dijo Max.

–Acabo de hablar por teléfono con Lynn Larson.

–¿Has conseguido al presidente para mi programa? –preguntó él sorprendido.

–No, no. Al presidente, no. ¿Qué crees, que tengo superpoderes?

–Bueno, cuéntame entonces –le pidió Max.

Se echó un chorro de agua en la boca seca. El paisaje era precioso, pero el parque tenía mucho polvo y, como de costumbre, Jake había impuesto un ritmo duro.

–Tengo a Ariella –anunció Nadine.

–¿A Ariella Winthrop? –preguntó Max, arqueando las cejas en dirección a Jake.

Este se cruzó de brazos y esperó a que la conversación continuase.

–Sí, a Ariella Winthrop. ¿Acaso existe otra Ariella en el mundo en estos momentos?

Max hizo caso omiso de aquella pregunta retórica.

–Pensé que se había marchado de la ciudad.

–Va a volver. O, mejor dicho, va a ir allí.

–¿A Los Ángeles? ¿Y cómo lo sabes?

–Ya te lo he dicho, he hablado con Lynn Larson.

–No lo entiendo –admitió Max.

Jake también parecía confuso.

–No sé qué has hecho, Max, pero la propia Ariella ha pedido salir en tu programa. Con ciertas condiciones, por supuesto, pero nada con lo que no podamos vivir. Será una aparición breve, pero todo un golpe. Y Caroline Cranshaw también estará allí.

–¿Cara?

Al parecer, Nadine no lo oyó.

–Supongo que Caroline estará allí para que no le saquemos mucho a Ariella, pero…

–¿Cara Cranshaw, de la Casa Blanca, ha accedido a venir a mi programa? –preguntó Max, mirando a Jake a los ojos.

Jake estaba al corriente de su relación con Ca-ra.

–Ella ya está en Los Ángeles, con el equipo de avanzada. Lynn va a llamarla para decírselo, y luego volverá a contactar conmigo para contarme los detalles.

Al parecer, Cara todavía no estaba al corriente. Max podía imaginarse cómo iba a reaccionar.

–Solo te estoy poniendo sobre aviso –le dijo Nadine.

–Te lo agradezco.

–¿Qué hora es allí?

–Casi las siete.

–Aquí son las diez. Es probable que no tengamos nada nuevo esta noche. Así que hasta mañana.

–Hasta mañana –se despidió Max antes de colgar el teléfono.

–¿Me vas a poner al día? –preguntó Jake.

–¿Por qué sale ahora Ariella? –se preguntó Max a sí mismo.

–Pensé que ibas a guardar las distancias con Cara.

–Y yo –admitió él, guardándose el teléfono–. Es posible que su jefa todavía no haya hablado con ella. Parece que ya está en Los Ángeles.

–¿Y su hermana? –preguntó Jake.

Max levantó la bicicleta.

–Olvídate de su hermana. Gillian es inteligente, guapa y rica. Podría tener a cualquier hombre del mundo.

–Y ese soy yo. Tengo las mismas posibilidades que cualquier otro.

–Olvídate de Gillian. ¿A cuántos kilómetros estamos del aparcamiento?

–A unos once. Y luego iremos a tomar algo.

–¿Al bar del hotel Jade Bay?

Jake se echó a reír.

–Estás enamorado.

–Quiero saber a qué me enfrento.

–¿De verdad? –preguntó Jake.

–Vete al infierno –le dijo Max, dirigiéndose con la bicicleta hacia una cuesta.

–¡Te enfrentas a Cara! –le gritó Jake desde su espalda–. O, al menos, te enfrentabas a ella en el pasado, yo creo que ya no.

Max empezó a bajar la pendiente. Podía intentar mantener las distancias con Cara mientras estaba en la otra punta del país, pero trabajar con ella iba a hacer que fuese imposible.

***

Cara vio a Max en la otra punta del patio que había en el bar del hotel. Se sentía molesta y, al mismo tiempo, decidida. La noche era fresca y había calentadores de propano entre las mesas. De las piscinas, iluminadas desde dentro con bombillas rojas, azules y verdes, salía vapor. Los árboles estaban adornados con lucecitas blancas y todo estaba lleno de hombres con traje y mujeres con vestidos de cóctel que disfrutaban de una copa.

Max estaba sentado a la barra, de espaldas a ella, y los taburetes que tenía a ambos lados estaban vacíos. Llevaba una camisa blanca remangada, pantalones negros y zapatos sport. Tenía delante una copa de cerveza.

Cara acababa de llegar de una cena con sus compañeros de la Casa Blanca en otro hotel. Las instrucciones de Lynn habían sido claras: NCN quería a Ariella, y también a Cara. Y la Casa Blanca iba a aprovechar la oportunidad.

Se subió con cuidado a uno de los taburetes que había al lado de Max y le preguntó:

–¿Esta es tu manera de buscar una escapatoria? ¿Conseguir que tenga que salir en tu programa?

Max se giró y no mostró sorpresa al verla en Los Ángeles.

–No ha sido idea mía.

–No me lo creo.

El camarero apareció delante de ella.

–Un zumo de naranja, por favor.

–Tu jefa ha llamado a la mía y le ha ofrecido a Ariella. ¿Qué querías que hiciésemos?

–Y tú me has metido en el saco –lo acusó Cara, tomando una almendra del pequeño plato que había en la barra a pesar de que acababa de cenar.

Max se giró completamente para estar frente a ella.

–Yo no soy de los que va por detrás para conseguir las cosas.

Ella no pudo contestar. Que supiese, Max nunca le había mentido hasta entonces. Y en esos momentos parecía sincero.

–No podemos hacerlo, Max –le dijo con voz temblorosa.

Hasta ese momento, no se había dado cuenta de cuánto lo había echado de menos.

–Somos profesionales –replicó él.

A Max se le oscurecieron los ojos verdes al mirarla y ella estuvo unos segundos sin respirar.

El camarero le puso un vaso de zumo de naranja delante.

–Hola, Cara –la saludó Jake, rompiendo la tensión del momento.

Esta lo miró; se había sentado al otro lado de Max.

–Hola, Jake. No sabía que estuvieses aquí.

Este tomó un puñado de almendras.
–No suelo alejarme mucho de este tipo. Las noticias lo persiguen.
–He oído que NCN ha conseguido una exclusiva –le dijo ella.
Jake sonrió.
–¿Qué tal tu hermana?
Max lo miró mal.
–¿Qué? –preguntó Jake fingiendo inocencia.
–¿Podemos mantener a Gillian fuera de esto? –preguntó Max.
–Está bien –respondió Cara.
–¿Has cenado? –le preguntó Jake a Cara.
Esta estuvo a punto de contestarle que sí, pero su estómago rugió bajo el vestido negro.
–Podría comer algo –admitió.
Jake se puso en pie.
–Vamos a buscar una mesa.
–No irás a utilizar la cena como excusa para sacarle información –le advirtió Max.
–Gillian viene de camino –dijo Cara, metiéndose el pequeño bolso de fiesta bajo el brazo.
–¿Qué? –preguntó Jake.
Hasta a Max pareció interesarle aquello.
–Va a acompañar a Ariella desde Seattle en su avión.
Gillian había tomado la decisión de ir a Los Ángeles cuando se había enterado de que Max estaba allí y de que Cara se iba a ver obligada a salir en un programa con él.
–¿Cuándo llega? –quiso saber Jake.
Max sacudió la cabeza y llamó a un camarero para que les diese mesa.
–Mañana por la noche –respondió Cara, tropezando con Max al atravesar el patio.
–¿Necesitas apoyo moral? –le preguntó Jake.
Cara lo miró con curiosidad.
–¿Qué quieres decir?
–Estoy al corriente de lo tuyo con Max.
Ella se quedó sin habla.
–De que estáis intentando manteneros alejados el uno del otro –añadió Jake.
–¿Qué? –balbució Cara–. ¿Se lo has contado?
Max se detuvo junto a la mesa y le ofreció una silla, pero ella se negó a sentarse. El camarero los miró y, después, se alejó.
–Soy de fiar –le aseguró Jake.
–Me prometiste que no se lo contarías a nadie, Max.
–¿Tú se lo has contado a Gillian?
–Sí, pero...

Aquello era diferente. Gillian era su hermana. Jamás haría nada para hacerle daño.

Max arqueó una ceja.

–Eso es distinto, ella es mi hermana –protestó ella.

–Y yo he puesto mi vida en manos de Jake más de una vez –le dijo Max.

–Y yo la mía en manos de Max –añadió Jake.

Cara se giró a mirar a este último. Siempre le había parecido un buen tipo y nada de aquello era culpa suya.

–Puedes confiar en mí –le aseguró Jake con toda sinceridad–. Siéntate y come algo.

Cara supo que podía confiar en él. Era evidente que Max lo hacía. Así que se sentó y Max y Jake la imitaron.

El camarero se acercó a tomarles nota.

–¿Quieres vino? –le preguntó Max a Cara.

–Creo que seguiré con el zumo –respondió esta, levantando su copa y dándole un trago.

–¿Te da miedo perder el control conmigo cerca? –bromeó él.

–Sí.

Su respuesta pareció sorprenderlo. Se miraron a los ojos.

Jake los miró a ambos y preguntó en voz baja:

–¿Queréis que encubra lo ocurrido en Montana o necesitáis que evite que vuelva a ocurrir aquí?

–No te preocupes por nosotros –dijo Max.

Pero en ese momento su rodilla rozó la de Cara y esta notó como una corriente eléctrica subía por su pierna. Supo que debía apartarse, romper el contacto, pero no pudo.

–¿Seguro? –insistió Jake–. Porque puedo hacer guardia en la puerta de la habitación.

Max lo miró con el ceño fruncido y Jake sonrió.

–Salvo que haga algún progreso con Gillian. En ese caso, os las tendréis que arreglar solos.

–Vamos a hablar del programa –sugirió Max en tono tenso, pero mirando a Cara de manera cariñosa y sin apartar la rodilla de la suya.

–Claro –consiguió responder esta.

–Me han dicho que tengo dos minutos con Ariella. Que estará grabado y que solo podré hacer tres preguntas previamente pactadas.

–¿Puedes hablarnos de tu niñez? –empezó Ca-ra, a la que Lynn le había dado las tres preguntas–. ¿Sabes algo de tus padres biológicos? ¿Has tenido algún motivo para sospechar que el presidente Morrow podía ser tu padre?

–Entendido.

–Y yo estaré allí para asegurarme de que no se le pregunta otra cosa –le advirtió Cara.

–Me portaré bien –le prometió Max.

Pero algo en su tono de voz hizo que Cara se pusiese nerviosa.

Él cambió de postura y Cara se dio cuenta de repente de que seguía tocándola. ¿Cómo se le había podido olvidar?

–También tendré que ver la versión editada.

–¿Nadine está de acuerdo con eso? –preguntó Max con escepticismo.

–Supongo que Lynn ha sabido negociar con ella.

Jake se echó a reír.

–En ese caso, no me gustaría tener que vérmelas con Lynn.

–Es una fuerza de la naturaleza –dijo Cara.

–Y uno no puede luchar contra la naturaleza –le respondió él en voz baja.

Cara intentó apartar la pierna de la suya, pero no fue capaz.

–¿Me estoy perdiendo algo? –preguntó Jake.

–Nada –respondió Max–. Nadine también quiere que saquemos un par de minutos de la cumbre y algunas tomas del presidente. ¿De qué va a hablar?

–De energía –respondió ella, intentando hablar con tranquilidad–. De gas natural. Y de tecnología aeroespacial y de la aviación en concreto. Son temas importantes en las negociaciones de libre comercio.

–¿Te suena Manning Aviation? –le dijo Max a Jake–. A lo mejor podemos sacar algo sobre el prototipo del Stram-4000.

En ese momento llegó el camarero y les dio una carta a cada uno.

–Deberíais hablar con Gillian –intervino Cara sin pensarlo.

Jake levantó la vista al instante.

–Está haciendo negocios con China y con la India. Y tiene el tipo de empresa que se beneficiaría de esas negociaciones.

Max y Jake se miraron.

–¿Hablaría con nosotros? –le dijo Max a Cara.

–Preguntádselo.

–Yo lo haré –se ofreció Jake–. Puedo ir a recogerla al aeropuerto, pero tenéis que prometerme que os comportaréis en mi ausencia.

Cara no pudo evitar posar la vista en Max.

Este la estaba mirando con deseo.

Capítulo Nueve

–¿Crees que es el destino? –le preguntó Gillian desde el dormitorio de su suite en el hotel Jade Bay.

–Pienso que es el karma –respondió Cara saliendo del salón y asomándose a la despensa–. Es evidente que yo hice algo horrible en una vida pasada. ¿Por qué te dan unas habitaciones de hotel tan enormes?

Gillian estaba alojada en el piso ochenta y uno y tenías vistas al puerto de Santa Mónica. Cara estaba en el décimo, con vistas al tejado del vestíbulo y al edificio de oficinas que había al otro lado de la calle.

–No las reservo yo –le dijo Gillian, saliendo del dormitorio–. Y no has podido hacer nada malo en una vida anterior. Eres una persona increíblemente buena.

–Entonces, ¿qué hace Max en Los Ángeles? ¿Por qué se ha ofrecido Ariella a participar en su programa? ¿Y por qué soy una bocazas y les cuento que haces negocios con China?

–Para mí será publicidad –le dijo Gillian–. Eso nunca hace daño.

–Así que tú sí que fuiste buena en vidas anteriores.

Gillian sonrió al oír aquello.

–Estar embarazada no es un castigo cósmico, ¿sabías? –le dijo su hermana.

–Pues lo parece.

–Deberías contárselo.

Cara negó con la cabeza. No estaba dispuesta a hacerlo.

–Antes o después se va a enterar –dijo Gillian, acercándose y poniendo la mano en el vientre de su hermana–. Este niño no va a poder estar aquí escondido siempre.

–Todavía tengo tiempo.

–Si no se lo vas a contar, necesitas poner distancia entre ambos.

Cara se echó a reír.

–He venido desde la otra punta del país.

–No me refiero a ese tipo de distancia. Tal vez debieras buscar otro novio. Que sea obvio que sales con otro.

–¿Y engañarlo también?

Cara no lo veía claro.

–Max tiene que pensar que ese niño no es suyo.

–Sí, ya lo sé –admitió Cara.

Pero, por el momento, prefería no darle demasiadas vueltas a sus problemas.

Abrió una botella de agua y se comió un pastel que había en la zona

de bar.

–Querida hermana, ¿ya te has acostumbrado a todos estos lujos?

Gillian miró a su alrededor.

–Al final suelo utilizar la habitación para reuniones, o para dar recepciones improvisadas. Así que viene bien tener una mesa grande.

–Podríamos organizar una fiesta bestial aquí –comentó Cara.

Entre la zona de salón y la de comedor cabían entre treinta y cuarenta personas. Si a eso se añadía la terraza, podían llegar a las setenta. La mesa de comedor era para catorce.

–¿Quieres que organicemos una fiesta? –le preguntó Gillian.

Cara negó con la cabeza.

–El presidente llega mañana y tengo dos cenas oficiales seguidas. Además, últimamente estoy muy cansada. A las diez me tengo que meter en la cama. Y tengo mucha hambre. Te prometo que podría comer cinco veces al día.

–Tienes que alimentarte bien.

–Me estoy alimentando muy bien, pero me gustaría poder dormir en mi propia cama.

–He pedido hora para Ariella en un laboratorio de Washington –comentó Gillian, cambiando de tema–. Se volverá a casa después del programa, a hacerse la prueba de ADN.

Cara había visto a Ariella un momento cuando esta había llegado al hotel, pero Gillian le había puesto seguridad privada y esta se la había llevado a su habitación inmediatamente.

–¿Cómo está? –le preguntó Cara.

Gillian se acercó a uno de los grupos de so-fás.

–Está bien. Mejor de lo que yo esperaba. La que me preocupas eres tú. Cuanto más lo pienso, más convencida estoy de que no te viene bien estar cerca de Max.

–Estaría mejor si él no estuviese aquí –admitió Cara, dejándose caer en un sillón color crema–. Todo me resulta muy complicado. Sé lo que tengo que hacer. Sé lo que tengo que sentir.

Gillian se sentó enfrente de ella.

–¿Pero...?

–Es tan... No sé. No debería desearlo. Ni siquiera debería gustarme, porque es obstinado y sarcástico. Pero también es inteligente y divertido. Y cada vez que me toca, todo mi cuerpo cobra vida.

Gillian se sentó recta.

–¿Te ha tocado últimamente?

–No como tú piensas. Sin querer, quiero decir.

–Lo hace queriendo –la corrigió Gillian.

–Ya lo sé –admitió ella–. Y yo me aparto. Es como un juego.

–Ya conozco ese juego. Se llama jugar con fuego.

Cara no pudo evitar sonreír.

–¿Por eso me gusta tanto?
Gillian se quedó pensativa.
–¿No te habrás enamorado de él?
A Cara se le encogió el estómago.
–No. No es eso.
No podía ser eso. Enamorarse de Max sería un error colosal.
–Me gusta –le dijo a Gillian–, pero no lo quiero.
–Eso es bueno –le aseguró su hermana.
–Es estupendo –dijo Cara.
A lo mejor, si se lo repetía con frecuencia, conseguiría llegar a creérselo.

Cara conocía muy bien a Ariella, así que supo que estaba nerviosa al verla en el escenario del teatro.
Max estaba sentado enfrente de ella, y ambos estaban rodeados de cámaras, cables, luces y personal.
Cara se mantuvo apartada, pensando en Ariella. Era muy valiente por hacer aquello por el presidente.
Por fin, todo se quedó en silencio. El director hizo una señal y Max se puso recto en su silla.
–Estamos en Los Ángeles con Ariella Winthrop, que ha estado escondida desde que se hablase de su posible relación con el presidente Morrow.
A Cara no le gustó la manera de empezar, pero no era suficiente para detener el programa.
–Ariella, bienvenida –le dijo Max en tono encantador–. Todos sabemos que fuiste adoptada. ¿Puedes hablarnos de tu niñez con Berry y Frank Winthrop?
–Gracias, Max. Me alegro mucho de estar aquí. Los Winthrop fueron unos padres maravillosos. Me criaron en Chester, Montana. Mi padre estaba muy involucrado en la comunidad. Entrenaba mi equipo de softball –le contó ella sonriendo–. Yo no era muy buena, pero me encantaba pasar los domingos con mi padre. Y mi madre trabajaba desde casa, así que siempre estaba ahí cuando yo volvía del colegio. Le encantaba cocinar. Yo tengo sus recetas secretas, que son la base de mi actual negocio de catering y de organización de eventos.
–Tengo entendido que tus padres fallecieron en un accidente de avión.
Cara se puso en la línea de visión de Max para advertirle que se estaba saliendo del guion.
Pero Ariella respondió con aplomo.
–Los echo de menos todos los días –respondió.
Y luego guardó silencio.

Cara sonrió.

–¿Sabes algo acerca de tus padres biológicos? –le preguntó Max.

Ariella negó con la cabeza.

–Siempre supe que era adoptada. Mi madre solía decirme que me habían elegido porque era el mejor bebé del mundo. Yo siempre entendí que los archivos eran confidenciales, y lo respeté. Muchas personas tienen motivos legítimos para dar a un hijo en adopción. Yo no podría haber tenido una niñez mejor, Max.

–¿Piensas que el presidente mintió acerca de...?

–Parad la grabación –dijo Cara, colocándose delante de la cámara y levantando la mano.

Luego fulminó a Max con la mirada.

–Parad. Ahora mismo.

Este levantó ambas manos en señal de rendición.

–Lo siento. Es la costumbre.

–No vuelvas a hacerlo –le advirtió Cara.

–Lo intentaré.

–Señorita Cranshaw –dijo el director con evidente frustración–. ¿Puede apartarse de delante de la cámara?

–Por favor, dígale a su entrevistador que se ciña al guion.

–Cíñete al guion, Max –repitió el director sin ninguna convicción.

Cara retrocedió, pero siguió alerta.

–Ariella –recomenzó Max–. Antes de la fiesta, ¿habías tenido algún motivo para sospechar que el presidente Morrow podía ser tu padre?

–No, Max. Sé que todo Estados Unidos está deseando saberlo, pero tengo que decir que respeto profundamente al presidente. Lo admiro por sus posiciones con respecto a la economía, la sanidad y la diplomacia internacional. Los votantes tomamos una importante decisión al elegirlo y estoy segura de que va a cumplir con nuestras expectativas.

Ariella dejó de hablar y Cara estuvo a punto de gritar de alegría.

Max abrió la boca, pero vio cómo lo estaba mirando Cara y debió de decidir que no merecía la pena intentarlo.

El director detuvo la grabación y Ariella se puso en pie.

Max se levantó también.

–¿Te has hecho ya la prueba de ADN? –le preguntó con toda naturalidad.

–No respondas a eso –intervino rápidamente Cara–. Todavía llevas el micrófono puesto.

Ariella guardó silencio mientras los técnicos les quitaban el micrófono a ella y a Max.

–Tenía que intentarlo –comentó este.

–No –lo contradijo Cara.

–Siento no poder decirte nada más –le dijo Ariella a Max.

–Espero que estés bien –le respondió él.

–Estoy…

–Ariella –le advirtió Cara–. No está de tu parte.

–Eso no es del todo cierto –le dijo Max a Cara en tono enfadado.

–Parece un buen tipo –comentó Ariella–. Deberías darle una oportunidad.

Cara deseó de corazón poder hacerlo, pero no se atrevía.

Max sospechó que Cara estaba guardando las distancias en las instalaciones de Manning Aviation.

Estaba en la otra punta del hangar, charlando con el vicepresidente de la empresa. La parte de la entrevista a Ariella ya estaba grabada, la mayor parte del equipo de rodaje se había marchado ya y Max y Jake estaban echando un vistazo a los aviones de un solo motor que se estaban construyendo allí.

–Creo que esta noche voy a volver a intentar salir con Gillian –comentó Jake.

En esos momentos, esta estaba rodeada por una docena de empleados de Manning.

–Pues parece que tienes competencia –comentó Max.

–Sí –admitió Max–. Siempre hay competencia.

–¿Te refieres a Gillian? –le preguntó Max, que no había entendido lo que quería decir.

–A Gillian, a Cara, a todas las mujeres en realidad.

Max miró hacia la otra punta de la habitación.

–Yo creo que a ese tipo le interesa más el presidente Morrow que Cara.

–No me refería a él, sino, ya sabes, a que es probable que muchos otros hombres la encuentren atractiva.

–Tal vez –admitió Max.

No quiso profundizar en el tema. Sabía que tenía que haber otros hombres interesados en Cara y tal vez prefiriese no pensarlo para no sentir celos.

–¿Nunca habláis de esas cosas? –le preguntó Jake.

–¿De qué?

–De otros hombres.

–¿Por qué íbamos a hablar de otros hombres? –preguntó Max, empezando a sentir aprensión–. ¿Adónde quieres ir a parar?

Jake se puso tenso.

–¿Cara nunca te ha hablado de nadie?

–¿Qué pasa? –preguntó Max.

Jake miró a su alrededor.

–Es algo que Gillian me comentó anoche y que me hizo pensar que

tal vez haya otras personas.

Max se quedó helado al oír aquello.

–¿Qué es lo que dijo Gillian?

–Yo sé que, en realidad, habéis roto, pero lo que no entiendo es…

–¿Qué te dijo Gillian?

–Que había otras personas.

–¿Con esas mismas palabras?

Jake asintió.

–Con esas mismas palabras. A mí me resultó extraño. Tú siempre has dicho que no teníais una relación seria por vuestros trabajos. Y Cara no me parecía de esas mujeres que tienen varios amantes a la vez –le explicó–. No es asunto mío, pero pensé que debías saberlo.

Furioso, Max se giró para mirar hacia la otra punta del hangar.

Sabía que Cara estaba allí. Sin embargo, no pudo fijar la mirada en ella porque se le había formado una especie de velo rojo delante de los ojos.

Cerró los puños con fuerza.

–¿Mencionó Gillian algún nombre?

–Max.

–¿Mencionó algún nombre? –insistió Max, que en esos momentos se sentía capaz de cometer un asesinato.

–No –respondió Jake, tocándole el brazo–. Yo creo que tú y yo deberíamos…

–Aparta –le advirtió Max.

–Venga, tío. No pensé que…

–¿Que me importaría? –rugió él, girándose a fulminarlo con la mirada.

–Que te pondrías así.

–No me he puesto de ninguna manera. Voy a matar a ese hijo de perra con mis propias manos, pero no me he puesto de ninguna manera.

–Eso me da igual, la que me preocupa es Ca-ra.

–Pues no te preocupes por ella. No le voy a hacer daño.

Jake puso los ojos en blanco.

–Ya lo sé, pero no quiero que la disgustes. Gillian me hizo una confidencia.

Max se echó a reír.

–Pues que sepa que no voy a fingir que no sé nada.

Jake suspiró.

–Sí, ya lo sé, pero tenía que contártelo. Aunque no quiero fastidiarla con Gillian. La verdad es que, por el momento, me gusta todo en ella.

Max dijo una palabra malsonante. Odiaba poner a su amigo en un compromiso.

–Tengo que preguntárselo a Cara.

–Lo sé –dijo Jake con resignación–, pero no pongas las cosas más feas de lo que son.

–Lo intentaré –le prometió Max echando a andar en dirección a Cara.

Todavía no sabía qué iba a hacer. Al llegar a su lado dijo:

–Lo siento, pero llegamos tarde.

Y entrelazó su brazo con el de ella para llevársela.

–¿Qué? –balbució Cara–. Espera.

–Lo siento –dijo Max, andando más despacio, pero sin dejar de dirigirse hacia la salida.

–¿Adónde vamos? ¿Qué haces? ¿Y las demás personas?

–Tenemos que hablar.

–¿De qué?

–Aquí no –le respondió él, llevándola hasta uno de los coches de la cadena–. Gillian y Jake salieron juntos anoche. ¿Lo sabías?

–Sí, lo sabía. ¿Ha pasado algo? Gillian me dijo que lo había pasado bien –comentó Cara confundida.

–No ha pasado nada –le dijo él, abriendo la puerta del todoterreno–. Sube. Tenemos que hablar.

Ella le aguantó la mirada unos segundos, pero después palideció un poco y asintió con la cabeza.

Era como si se hubiese dado cuenta de lo que ocurría. Max esperó que pudiese darle una explicación. Estaba furioso.

Se subió al coche y arrancó. Salió del aparcamiento y se dirigió hacia la carretera.

–Max... –empezó Cara con voz temblorosa.

–No –le advirtió él–. No puedo hablar de esto y conducir al mismo tiempo.

Ella guardó silencio y se llevó las manos a las sienes.

Max condujo hasta dejar atrás la ciudad. Buscó un lugar alejado donde nadie pudiese molestarlo, se metió por un camino polvoriento y allí frenó con brusquedad.

–Max... –volvió a intentarlo Cara.

Él se giró y levantó un dedo para hacerla callar.

–¿Quién es?

Cara lo miró confundida.

–¿Quién es quién? –preguntó.

–Quiero matarlo, Cara. Te prometo que quiero matarlo.

Ella tragó saliva compulsivamente.

–¿A quién?

–A ese tipo. Sea quien sea. El hombre con el que has estado...

Max no pudo continuar. Se giró hacia el parabrisas y agarró con fuerza el volante.

Pasaron varios segundos en silencio. Fuera solo se oía el viento y el

canto de los pájaros a lo lejos.

Max se dio cuenta de que no podía hacer aquello. Estaba demasiado enfadado y necesitaba tranquilizarse.

–Lo siento –consiguió decir tras unos momen-tos.

–Max, no sé de qué me estás hablando.

–Gillian le dijo a Jake que has estado con otro hombre. Y yo me he enfadado. Estoy demasiado enfadado para tener esta conversación. Pero no entiendo por qué no me lo has dicho. No entiendo por qué lo has hecho.

–Max, yo... –empezó ella, con los ojos brillantes.

–No tienes que darme ninguna explicación –le dijo Max, que no quería verla llorar.

Una lágrima escapó de los ojos azules de Cara y corrió por su rostro.

A pesar de todo, a Max se le encogió el corazón. No podía respirar. Casi no podía hablar.

–No tienes que contarme nada.

Ella tomó aire.

–No he estado con ningún otro hombre.

–No me mientas, por favor. No soportaría que me mintieses.

–No ha habido ningún otro hombre –repitió Cara, limpiándose el rostro.

Max no supo qué decir. Quiso creerla. Parecía sincera. Sincera y frágil. Estaba más guapa que nunca.

–¿De verdad?

–Solo he estado contigo, Max –le aseguró ella, sonriendo a pesar de que tenía los ojos llorosos.

Max no pudo resistirse, la agarró y la ayudó a sentarse en su regazo. Le apartó el pelo de la cara y le acarició las mejillas antes de inclinarse a darle un beso.

Cara le devolvió el beso y el enfado de Max se transformó en un intenso deseo.

–Cara –gimió, sintiéndose invadido por un deseo primitivo. Era suya, suya, suya.

Ella empezó a desabrocharle la camisa y luego echó la cabeza hacia atrás. Max le mordisqueó el cuello y le acarició los suaves pechos. Después metió la mano por debajo de su falda y le bajó las braguitas.

La acarició, ella gimió y separó las piernas. Cambió de postura para sentarse a horcajadas sobre él.

Max la miró a los ojos. Ambos tenían la respiración entrecortada, los dos estaban en silencio.

Se desabrochó los pantalones.

–Solo tú –le susurró Cara al oído, otra vez con los ojos húmedos.

–Oh, Cara –le dijo él, penetrándola y dejando de pensar en todo lo demás.

Su cuerpo caliente lo acogió. Max enterró los dedos en su pelo y la besó. Cara le clavó las uñas en los hombros y se apretó contra él.

Max intentó ir despacio para que durase.

–Eres preciosa –susurró–. La más bonita del mundo.

Y de repente se olvidó de todo lo demás. Lo único que importaba en el mundo era Cara.

–¡Max! –gritó ella, respirando con dificul-tad.

–Sí –rugió él también.

Y notó cómo los músculos internos de Cara se contraían a su alrededor.

–Sí –repitió, dejándose llevar completamente.

Lo primero que volvió fue el sonido, los pájaros y el ruido de las hojas de los árboles. Luego el olor de Cara. Max abrió los ojos y la brillante luz del sol lo deslumbró. En el interior del coche el aire estaba muy cargado.

–¿Puedes respirar? –le preguntó a Cara.

–Mal.

Max hizo girar la llave en el contacto y bajó las ventanillas delanteras para que corriese un poco el aire.

–Gracias –le dijo Cara sonriendo.

–De nada –respondió él. Luego se puso serio–. Cuando quieras.

Cara dejó de sonreír también.

–No me refería a eso.

–Ya lo sé.

Ambos se quedaron en silencio, pero ninguno de los dos se movió.

–No había planeado esto –le dijo Max, a pesar de que no se arrepentía.

–No sé qué hacer –respondió ella con un hilo de voz–. No podemos salir juntos. Y no podemos tener una aventura. Y cada vez que intentamos mantenernos alejados el uno del otro...

–¿Interviene el destino?

–Yo no creo que sea el destino.

–Estaba furioso, Cara –admitió Max, apoyando su frente en la de ella–. Aunque nuestra relación no sea oficial, parece ser que no puedes acostarte con ningún otro hombre.

–No lo he hecho.

–Lo sé.

–Lo siento –susurró ella.

–No has hecho nada.

Cara lo abrazó por el cuello y él la abrazó también por la cintura.

–No sé qué hacer –volvió a decirle ella.

–No tenemos que decidirlo ahora. Yo terminaré mi programa y tú, tu trabajo –le dijo, mirándola fijamente–. Eres increíble.

–Soy un desastre –respondió Cara.

Estaba despeinada, con la ropa arrugada. Tenía las mejillas coloradas y estaba sudando. Max volvió a desearla.

Pero se obligó a cerrarle la blusa.

–Somos profesionales –dijo–. Terminaremos nuestro trabajo aquí y luego volveremos a Wa-shington. Y no decidiremos nada hasta que hayamos tenido tiempo de pensar.

En realidad, no estaba tan seguro de sí mismo como parecía, porque no podía dar ningún paso al frente, pero tampoco podía darlo hacia atrás.

Gillian se puso a gritar nada más ver aparecer a Cara en la puerta de su suite.

–¿Qué ha pasado? ¿Adónde has ido? ¿Por qué no respondías al teléfono?

–Yo también tengo que hacerte una pregunta. ¿Qué le dijiste a Jake acerca de mi vida sexual?

Gillian la miró confundida.

–Me diste permiso para hacerlo.

–Te dije que no quería contarle a Max que estaba embarazada.

Cara se acordaba muy bien.

–Y yo te dije que Max tenía que pensar que el niño no era suyo. Y tú contestaste que eso era verdad.

–Pensé que Max se había enterado de que estaba embarazada. Cuando me ha llevado con él para que hablásemos, he pensado que lo sabía todo. He estado a punto de confesar.

–¿Pero no lo has hecho?

–No.

Gillian le hizo un gesto para que se sentasen en unos sillones.

–¿Qué ha pasado?

–Estaba furioso. Pensaba que me había acostado con otro hombre y quería matarlo –le contó Cara–, pero después se ha tranquilizado. Y luego...

Gillian esperó.

Cara notó calor en las mejillas.

–Luego, ¿qué?

–Después le prometí que no ha habido ningún otro hombre.

–¿Qué? Espera. ¿Por qué le has dicho eso? Ahora vuelves a estar como al principio –le recordó Gillian–. Te has acostado con él otra vez, ¿verdad?

–Bueno, nos hemos desfogado en el coche, sí.

–Oh, Cara.

–Ya lo sé. Tengo que hacer algo. Tengo que tomar una decisión drástica. ¿Me puedes llevar a Australia en tu avión?

Era el lugar más lejano que se le ocurría en esos momentos.

–Con una parada en Hawái, claro. ¿Nos vamos ahora mismo?

Cara se dejó llevar por la imaginación, pero Max interrumpió el sueño.

–¿Podemos hablar de otra cosa? –le pidió a su hermana.

–Claro. ¿Tienes hambre?

–Siempre tengo hambre.

–Pues vamos a llamar al servicio de habitaciones –sugirió Gillian, tomando el teléfono inalámbrico que había en la mesita que estaba junto a su sillón–. ¿Qué quieres?

–Un batido.

–Estás descontrolada.

–Sí.

–¿Qué te pido entonces?

–Un rollito de algo. Y una ensalada. Pero también el batido.

–¿Te parece mal si yo pido vino?

–De eso nada, tía Gillian, si yo no puedo beber, tú tampoco. Tómate un batido.

Gillian apretó un botón del teléfono.

–Si luego no quepo en los pantalones, será culpa tuya.

–Haz más ejercicio.

Gillian pidió la comida y luego colgó el teléfono.

–¿Vas a volver a salir con Jake hoy? –le preguntó Cara.

–No lo sé. ¿Qué vas a hacer tú?

–El presidente da una cena y una recepción de bienvenida para los jefes de estado que van a asistir a la cumbre. Tengo que empezar a prepararme dentro de una hora.

–¿Y cuándo vas a volver a Washington?

–Mañana por la noche. Me llevan en el Air Force One. Hasta entonces, voy a estar muy ocupada.

Tanto mejor, así no tendría tiempo para pensar.

Capítulo Diez

Hacía tres días que Max había vuelto a Wa-shington.

A pesar de que la breve entrevista a Ariella había desviado momentáneamente la atención del presidente, también había renovado el interés por Eleanor Albert. La jefa de Max, Nadine, estaba más decidida que nunca a encontrarla. Por otra parte, Liam Fisher había encontrado pruebas de que alguien de ANS había accedido a un ordenador del local en el que se había preparado la campaña.

–Todavía no sabemos quién –dijo Liam, sentándose al lado de Jake en la sala de juntas de NCN.

–Ya lo averiguaremos –le respondió Max–. Al menos sabemos que vamos por buen camino.

Nadine entró en la sala seguida de su secretaria.

–Fuiste demasiado blando con Caroline Cran-shaw en Los Ángeles –acusó a Max sin más preámbulos.

–Es una profesional –contestó este mientras Nadine se sentaba–. No iba a ceder lo más mínimo. Además, la verdadera noticia es ANS. Sabemos que han infringido la ley.

–Sabemos que alguien que ha trabajado para ellos ha infringido la ley, y también que hay alguien en la Casa Blanca que sabe más de lo que cuenta.

–No –la contradijo Max–. ANS piensa que hay alguien en la Casa Blanca que sabe más de lo que cuenta, por eso estaba buscando la información allí.

–Quiero que encontréis a Eleanor Albert. Ella es la noticia. Quiero saber adónde fue cuando se marchó de Fields. Aunque esté muerta, tiene que estar en alguna parte.

–De acuerdo –dijo Liam, aceptando la decisión.

Después, Nadine miró a Max.

–Le hemos hecho un gran favor a Lynn Larson.

–Pensé que el favor nos lo había hecho ella a nosotros.

La secretaria de prensa podía haber llamado a cualquiera otra cadena de televisión para ofrecerle la entrevista a Ariella.

–Ve a la Casa Blanca a hablar con ella.

Max pensó inmediatamente en Cara. Sospechaba que había estado evitándolo desde que había vuelto de Los Ángeles. Le había dejado media docena de mensajes y ella no había respondido.

La echaba de menos más de lo que había imaginado. Y la visita a Lynn le daría la oportunidad de verla. Se puso nervioso solo de pensarlo.

–De acuerdo. ¿Qué quieres que le pregunte?

Nadine se puso en pie.

–El periodista de investigación eres tú. Pregúntale lo que quieras.

Luego salió por la puerta, de nuevo seguida por su secretaria.

Los tres hombres esperaron un minuto en silencio.

–¿Hasta dónde podemos investigar lo de ANS por nuestra cuenta? –preguntó Jake.

–Siempre y cuando no pueda considerarse insubordinación… –respondió Max.

–Yo creo que podemos hacerlo después de nuestra jornada de trabajo –sugirió Liam sonriendo.

–Estoy de acuerdo –dijo Max.

La mejor manera de solucionar su problema con Cara era ayudar a resolver el escándalo que estaba ocupando todo su tiempo.

Cara se detuvo delante de la pantalla más grande que había en el despacho de Lynn.

–«Madeline Schulenburg, de cuarenta y seis años y criada en Doublecreek, Montana, a unas dos horas de Fields, el pueblo natal del presidente, asegura que su hijo de veintiocho años es también hijo del presidente» –anunciaba una presentadora rubia.

Cara dejó su informe acerca del viaje a Los Ángeles encima del escritorio de Lynn.

–Supongo que era solo cuestión de tiempo.

–¿Que empezasen a salir locas? –comentó Lynn, girándose hacia ella en su sillón.

–Es imposible que sea cierto, ¿no?

–Ya no sé que es cierto y qué no –admitió Lynn, haciendo girar su anillo.

–No puede ser verdad –dijo Cara–. ¿Has hablado con el presidente?

–Voy a hacerlo ahora mismo –anunció Lynn poniéndose en pie–. Señor presidente, ¿podemos volver a hablar de su vida sexual?

–Así que la Casa Blanca se está tomando esto en serio –dijo una voz de hombre desde la puerta abierta del despacho de Lynn.

Cara se giró y vio a Max.

–¿Quién te ha dejado entrar? –preguntó Lynn.

Cara no podía ni hablar. Había estado trabajando dieciséis horas al día desde que había vuelto de Los Ángeles y todavía le costaba mucho trabajo mantener a Max alejado de su mente. Lo echaba de menos. Y se sentía confundida y preocupada por su futuro.

–Tengo una cita.

–Sandy iba a cancelarla –dijo Lynn.

–¿Es verdad? –preguntó Max–. ¿Hay otro hijo ilegítimo? ¿Esperáis

que salgan más?
–Márchate –le dijo Lynn–. Cara, ¿te importaría acompañarlo a la calle?
–Sí –respondió esta, volviendo en sí–. Por supuesto. Acompáñame, por favor.
–¿Qué está pasando? –le preguntó Max al oído cuando ya estaban en el pasillo.
–Vete –le ordenó ella en un gruñido.
Antes de que se diese cuenta, Max la había hecho entrar en su propio despacho.
–Max –protestó Cara.
–Cuéntamelo, Cara.
–No tengo nada que decirte.
–Si hay más niños...
–No los hay –replicó ella con toda convicción.
–Me estás mintiendo –le dijo Max, mirándola fijamente.
Cara notó que se mareaba.
Max dio un paso al frente.
–Tienes que marcharte, Max.
No podían hablar del presidente y ella no podía soportar tener a Max cerca.
Este bajó la voz.
–Necesito verte.
–No puede ser –le dijo ella.
–Esta noche. En tu casa.
–Esta noche tengo que trabajar. Y mañana por la noche, también.
–En algún momento tendrás que dormir. A poder ser, conmigo –añadió Max en tono pícaro.
–No estamos de broma.
–Ya lo sé, Cara. Te echo de menos –le dijo Max, acercándose más a ella.
–Pero has venido aquí a investigar.
–Sí –admitió él.
–Sal de mi despacho o llamaré a seguridad.
Max retrocedió.
–Está bien. Luego te llamo.
–No voy a responder.
–Lo intentaré de todos modos.
Y luego se marchó.
Cara tuvo que agarrarse al borde de su escritorio y respirar profundamente. Era evidente que no podía tener a Max cerca, y que este no quería guardar las distancias con ella.
Se sentó frente al ordenador y se dispuso a buscar alguna vacante en una embajada extranjera.

Para su sorpresa, vio que había una en Australia.

El optimismo que había acompañado a Max después de haber hecho el amor con Cara en Los Ángeles se evaporó. No iba a conseguir que entrase en razón. Había decidido que su relación era imposible y no quería darles una oportunidad.

Él tenía dos opciones: o seguir con su vida, o esperar cuatro años. Y no se veía capaz de esperar.

Se subió al coche y sacó su teléfono para anotar en él la dirección de Georgetown que había visto escrita en una libreta que había en el escritorio de Cara. Esta iba a ir allí en una hora.

Arrancó el coche, encendió la calefacción porque hacía un frío día de enero y vio que la dirección correspondía a una clínica ginecológica.

Le sorprendió que un ginecólogo de Wa-shington pudiese tener algo que ver con unos bebés nacidos en Montana, aunque era posible que el médico se hubiese trasladado de un lugar a otro.

Llamó a Jake.

–Tengo algo. Voy hacia Georgetown. A una clínica ginecológica. No quiero que nadie se asuste al ver una cámara, pero, ¿podrías estar por la zona, por si algún médico quisiera hablar?

–Por supuesto. Mándame la dirección.

–Ahora mismo.

Max colgó el teléfono, le mandó la dirección a Jake y salió del aparcamiento. Después de un rato, llegaba a la clínica y buscaba un lugar donde aparcar.

Poco después veía bajar a Cara de un taxi. Llegaba con un cuarto de hora de antelación.

La dejó entrar y, luego, la siguió.

En la sala de espera había tres mujeres muy embarazadas y otras dos con un bebé en el regazo. Max entró y se acercó sonriendo al mostrador en el que había una enfermera.

–Vengo con Caroline Cranshaw –dijo él, dando gracias de que la enfermera no pareciese reconocerlo–. He tenido un día complicado y me temo que no recuerdo el nombre...

–Ah, es usted el padre –dijo la mujer sonriendo.

Max se quedó de piedra.

–Está en la consulta del doctor Murdoch –añadió la enfermera, señalando–. Por el pasillo azul, el nombre del doctor está en la puerta.

Max se preguntó si Cara habría mentido para conseguir ver al ginecólogo. Le extrañó porque se dedicaba a las relaciones públicas, no era detective privado.

–Gracias –respondió a la enfermera.

Sabía que Cara iba a molestarse al verlo, pero él tenía que hacer su trabajo. No podía permitir que lo que sentía por ella se interpusiese en su carrera.

Avanzó por el pasillo y llamó a la puerta del médico antes de abrirla.

Este, de unos cincuenta años, lo miró sorprendido, y Cara giró la cabeza hacia la puerta.

Palideció al verlo.

–Hola, cariño –dijo él, cerrando la puerta.

Si Cara podía mentir, él también.

El médico miró a Cara un instante y después a Max, que entró en la consulta como si tuviese todo el derecho del mundo a estar allí.

–Soy Max Gray –se presentó–. Siento llegar tarde.

Y luego le dio un beso a Cara en los labios y se sentó en la silla que había a su lado.

–Max –dijo esta en un hilo de voz–. ¿Cómo lo has sabido?

Él sonrió.

–Me lo habías dicho tú. A veces se me olvidan las cosas, pero esto es importante, cariño.

–¿Max Gray, el presentador? –preguntó el médico.

–Sí –respondió él.

–Encantado de conocerlo. Le estaba diciendo a Caroline que no creo que haya complicaciones. Tiene una edad estupenda para un primer hijo y no tiene ningún problema de salud. Le he recetado unas vitaminas y vamos a hacer los habituales análisis de sangre, pero, aparte de eso, no tiene de qué preocuparse durante los próximos meses.

El médico se quedó en silencio.

Max miró a Cara. Ella también lo estaba mirando y parecía aturdida.

–¿Cara?

No reaccionó.

–¿Caroline? –dijo el médico, levantándose y tomando su mano–. ¿Estás bien?

–¿Cómo lo has sabido? –volvió a preguntar ella en un susurro.

Algo en su mirada hizo que a Max se le encogiese el estómago.

No podía ser.

Cara estaba embarazada.

Y solo se había acostado con él. Así que el niño era suyo.

Notó cómo el suelo se movía bajo sus pies. Consiguió levantarse con piernas temblorosas y se dirigió hacia la puerta.

–Voy a… –balbució–. Te veré…

Y se marchó. Atravesó la sala de espera hecho un mar de sentimientos contradictorios. Había invadido la privacidad de Cara de

una manera imperdonable. Pero esta le había mentido. No le había contado que iba a ser padre.

Apretó el botón del ascensor y todo a su alrededor se desdibujó. No podía ser padre. Y siempre lo había dejado claro.

Cara abrió la puerta de su casa y saludó a su hermana.

–No puedes venir cada vez que tenga un bache en mi vida.

–Esto es algo más que un bache –respondió Gillian dándole un abrazo–. Es una catástrofe.

Cara señaló la escalera de caracol.

–Ariella y Scarlet están arriba.

–¿Lo saben?

Cara negó con la cabeza.

–¿Que si sabemos el qué? –preguntó Ariella desde arriba.

Las dos mujeres aparecieron en lo alto de las escaleras. Scarlet también era una buena amiga.

–¿Qué es lo que no sabemos? –insistió Ariella.

–Será mejor que se lo cuentes –le dijo Gillian a su hermana–. Son tus amigas, y te quieren.

–He pedido un trabajo en la embajada de Australia –dijo ella, advirtiendo a Gillian con la mirada que no contase nada más.

–¿Qué? –gritaron Scarlet y Ariella desde el piso de arriba.

Gillian se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

–Está bien –se rindió Cara.

–Porque está embarazada –anunció Gillian.

–¿Qué? –inquirió Ariella.

–Has sido muy directa –le dijo Cara a su hermana.

–No tiene sentido andarse con rodeos –le respondió Gillian–. Se te va a notar dentro de un par de meses. Y, aunque te marches, se enterarían cuando volvieses por Navidad con un bebé.

–Subid aquí a contárnoslo todo –les pidió Scarlet.

Una vez arriba, Cara supo que tenía que confiar en sus amigas. Tal vez lo que necesitase en esos momentos fuera su apoyo.

–Estoy embarazada –admitió mientras todas se instalaban en el salón.

–¿De cuánto? –preguntó Ariella.

–De siete semanas.

–¿Y por qué te quieres marchar de la ciudad? –quiso saber Scarlet.

–Quiere huir del padre –les contó Gillian.

–¿Quién es? –preguntó Ariella.

–Max Gray –admitió Cara, decidiendo que había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

–¿En serio? –preguntó Scarlet sorprendida.

–Pues es un tipo estupendo –comentó Ariella.
–El problema es que no quiere tener hijos –les explicó Gillian.
–Va a tenerlo de todos modos –dijo Ariella.
–El problema es que hay un conflicto de intereses –dijo Cara, corrigiendo a su hermana.
–¿El bebé genera un conflicto de intereses? –dijo Scarlet confundida.
–No puedo tener una relación con Max. Es periodista. Y yo trabajo para la Casa Blanca.
–No lo entiendo –dijo Ariella, sentándose muy recta en el sofá–. ¿No estáis saliendo juntos ya?
–No.
–Entonces, ¿cómo ha ocurrido? –inquirió Scarlet–. ¿Eres su fan?
Cara no pudo evitar echarse a reír.
–Estuvimos saliendo antes de las elecciones –les explicó–, pero se terminó.
–Eso da igual –añadió Scarlet–. Tiene que asumir su responsabilidad.
Inconscientemente, Cara se llevó la mano al vientre.
–Si Max no quiere al niño, no puedo imponérselo. Ni siquiera sé cómo se ha enterado.
–Yo sí –intervino Gillian–. Me lo ha contado Jake. Max fue al ginecólogo pensando que tenía que ver algo con el presidente.
–Entonces, ¿no lo sabía? –le preguntó Cara.
–No, y ahora se siente culpable por haber invadido tu intimidad –le contó Gillian.
Cara se puso en pie.
–¿Se siente culpable de haber invadido mi privacidad? ¿No de que esté embarazada? ¿No de no querer al niño?
–La verdad es que no sé qué estará pasando por su mente en estos momentos –dijo Gillian.
–Me da igual lo que piense –replicó Cara furiosa–. Me voy a marchar de aquí.
–¿Estás enamorada de él? –le preguntó Scarlet en voz baja.
–No –respondió ella.
–Sí –dijo Gillian.
Cara fulminó a su hermana con la mirada.
–No estoy enamorada de Max. Solo estoy embarazada y luchando contra la obsesión de acostarme con él.
–Todo el mundo se quiere acostar con él –comentó Scarlet.
Las otras tres mujeres la miraron.
–No me refiero a mí personalmente –añadió ella–. Sino a la mayor parte de las mujeres de este país.
–Tiene razón –admitió Ariella. Luego miró a Cara–. No puedes marcharte ahora. Te necesito.

Aquello hizo que se olvidase un poco de sus propios problemas.
–Eres hija del presidente, ¿verdad?
–Me temo que es posible.
Cara se dio cuenta de que era cierto: su amiga la necesitaba. Además, su gente estaba en Wa-shington. Su vida estaba en Washington.
–Me quedaré y te ayudaré.
Además, a pesar de que su hermana solía tener siempre la razón, tal vez en esa ocasión estuviese equivocada y ella no estuviese enamorada de Max.

Capítulo Once

Max estaba tomándose una cerveza con Jake en una taberna irlandesa.

–No me puedo creer que no hayas hablado con ella todavía –comentó Jake.

–No sé qué decirle.

–Han pasado tres días.

–Ya lo sé –admitió Max, dando un sorbo a su jarra–, pero no me gustan los niños. Y tengo un trabajo peligroso, podrían matarme en cualquier momento. Soy genéticamente inadecuado para ser padre.

–Sí, pero tienes que hablar con ella.

–¿Y qué le digo?

–Ofrécele dinero –le sugirió Jake en tono condescendiente–. Si es lo único que tienes, ofrécele dinero para que críe al niño sola.

A Max se le encogió el pecho al oír aquello.

En ese momento apareció Gillian en su campo de visión. Estaba sola.

–¿Has hablado con él? –le preguntó Gillian a Jake.

–Sí –respondió este, levantándose.

–Le vas a hacer daño a mi hermana pequeña –le advirtió Gillian a Max.

–Ya se lo he hecho –admitió este.

–Pues remédialo. Ha pedido trabajo en Australia.

A Max se le aceleró el corazón al oír aquello.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Para quitarte de en medio al bebé.

–¿Y cuándo se marcha? –preguntó Max.

En el fondo, era lo mejor. Aunque a lo mejor Jake tenía razón y debía hablar con ella, aunque solo pudiese ofrecerle dinero.

Cara estaba esperando a Gillian, así que se quedó de piedra al abrir la puerta de su casa y encontrarse con Max.

–Tenemos que hablar, Cara –anunció este sin más.

–No, no tenemos que hablar. No pasa nada, Max.

–Estás embarazada.

–Sí, es cierto. Y me parece bien. De verdad. Ya he hecho planes.

–Eso me han dicho.

–¿Quién? –preguntó Cara sorprendida.

–Gillian.

–Ah.
Otra vez su querida hermana.
–¿Puedo entrar? –preguntó Max, entrando de todos modos.
–Bueno, de acuerdo. Entra.
Él cerró la puerta y apoyó la espalda en ella.
–Lo siento –empezó, bajando la vista al vientre de Cara.
–Yo no –le dijo ella en tono decidido.
–Quiero decir que siento haber irrumpido así en la consulta del ginecólogo. Pensé que estabas hablando del presidente.
–Ya me lo ha dicho Gillian.
–Tenías que haberme contado que estabas embarazada.
–¿Tú crees? –preguntó ella–. ¿No estarías mejor sin saber nada? Solo he conseguido hacer que te sientas culpable, porque tu opinión acerca de la paternidad sigue siendo la misma de siempre.
–¿E ibas a ocultármelo? ¿Para siempre?
Cara se encogió de hombros. Le había parecido lo más razonable.
–¿Marchándote del país?
–Sí.
–¿Ibas a dejarme así, sin más? –le preguntó él.
–¿Dejarte? ¿Cómo iba a dejarte, Max? Nunca hemos estado juntos. ¿A qué has venido, Max?
–Tengo dinero.
–¿No me digas? ¿Cobran mucho los presentadores de televisión?
–Nunca os faltará nada. No tendrás de qué preocuparte.
Cara tragó saliva e hizo un esfuerzo para no derrumbarse. Necesitaba terminar aquella conversación lo antes posible y, a poder ser, sin perder la dignidad.
–Gracias, Max.
Él frunció el ceño.
–A lo mejor no puedo estar contigo, pero me aseguraré…
No terminó la frase.
–Gracias –se obligó a repetir Cara.
Él se pasó la mano por el pelo.
–¿Lo dices en serio? ¿Esa es tu reacción? ¿Un idiota te ofrece dinero y tú le das las gracias?
–¿Estás enfadado conmigo?
–¡Sí!
–¿Por qué?
No tenía ningún derecho a estar enfadado. Cara se lo estaba poniendo lo más fácil posible. Si alguien merecía estar enfadada, era ella.
–Dime que no, Cara. Dime que no es suficiente. Golpéame con algo –le dijo él, levantando la voz–. Dime lo que quieres de mí.
–Nada –le aseguró ella–. No quiero nada de ti. No necesito tu

dinero. El bebé y yo vamos a estar perfectamente, gracias.

–¿Sin mí?

–Sí, sin ti.

–No dejes que me vaya –le pidió él.

–¿Has estado bebiendo, Max?

–No dejes que me vaya, si no, sería igual que mi padre.

Cara se derrumbó al oír aquello.

–Ese no es un motivo para que te quedes –le dijo.

Ambos se miraron fijamente. Luego, Max tomó su mano.

–Te quiero, Cara –le dijo en un susurro–. ¿Te parece ese motivo suficiente para que me quede?

Ella lo miró sorprendida.

–Te quiero tanto que no soy capaz de pensar con claridad. Y siento mucho no haberme dado cuenta hasta ahora.

Cara no fue capaz de asimilar sus palabras.

–Max, ¿qué estás diciendo?

–Que no te voy a dejar marchar. Y que no voy a abandonar a mi hijo.

–Pero si no quieres tener hijos.

–En teoría, no lo quería, pero he cambiado de opinión.

–¿En los dos últimos minutos?

–Sí, Cara. Estoy enamorado de ti. ¿Te lo he dicho ya? Te quiero. Te quiero mucho.

–Pero...

Él le puso un dedo en los labios para acallarla.

–He sido un idiota, pero se ha terminado. A lo mejor ha sido lo que me ha dicho Jake. O la idea de que te marchases a Australia.

–No voy a marcharme a Australia.

–Pues eso ha dicho Gillian.

–Gillian miente mucho.

Max sonrió.

–Voy a besarte.

Cara hizo un esfuerzo por asimilar sus palabras.

–¿Me estás diciendo lo que pienso que me estás diciendo?

–Si piensas que te estoy diciendo que te quiero, que no voy a dejarte, que quiero tener un hijo contigo y que voy a besarte, sí, te estoy diciendo lo que piensas que te estoy diciendo.

Cara no pudo evitar sonreír.

–Bésame, Max.

–Cuando haya terminado, espero que estés preparada para decirme que tú también me quieres a mí –le advirtió él.

Sus labios la tocaron y Cara sintió su amor en cada rincón del cuerpo. Max la abrazó por la cintura con un brazo, mientras apoyaba la otra mano en su vientre.

Ella lo abrazó por el cuello y lo besó también.

–Te quiero –dijo Cara cuando Max se apartó.

Max sonrió.

–Menos mal. Así será mucho más fácil convencerte de que te cases conmigo.

Cara se quedó boquiabierta.

–No he comprado anillo, pero puedo tenerlo en diez minutos si es necesario. Y no sé cómo vamos a hacer que esto funcione a pesar de nuestros trabajos, pero lo conseguiremos. Tú eres mi prioridad –le aseguró. Luego, bajó la vista–. El bebé y tú.

–No te gustan los bebés –comentó ella sin poder evitarlo.

–Me gusta tu bebé. Nuestro bebé. Te prometo que lo querré y que no me moriré y os dejaré solos. Las zonas en guerra y los cocodrilos ya forman parte de mi pasado.

–Yo dejaré mi trabajo –le dijo ella–. Así no habrá ningún conflicto de intereses.

–¿No?

–No.

–Entonces, ¿puedo quedarme aquí?

–¿Esta noche?

–Para siempre.

Tres noches más tarde, Cara y Max volvían a estar en el salón de baile del hotel Worthington. Se celebraba una gala benéfica a beneficio de un colegio local y era la última noche de Gillian en Washington. Ella había hecho una importante aportación y Max había sido invitado como personaje famoso.

Aquella sería una de las últimas apariciones de Max como presentador de su programa, ya que le había dicho a Nadine que no podría seguir viajando a lugares peligrosos.

Por suerte, Nadine le había ofrecido un puesto como asesor.

Lynn se había sentido muy decepcionada cuando Cara le había anunciado que tenía que dejar de trabajar para la Casa Blanca, pero como era una romántica, le había encantado enterarse de que se iba a casar e iba a tener un bebé.

Cara estaba a punto de comerse el postre cuando vio brillar algo encima de su pastel de chocolate. Era un anillo con un enorme diamante rosa, del mismo color que los pendientes que Max le había regalado para Navidad.

Se quedó inmóvil, sonrió y miró a Max.

–¿Cómo has conseguido una piedra igual?

–He pedido un favor a un tipo que conocí en la mina de Argyle.

Toda la mesa los estaba mirando.

Max quitó el anillo del postre.
–Me lo voy a comer igual –le advirtió Cara sin dejar de sonreír.
–Come todo lo que quieras, pero, antes, dame la mano.
Cara le tendió la mano izquierda, él le colocó el anillo y después le dio un beso.
La mesa aplaudió y a Cara le ardieron las mejillas.
Alargó la mano para admirar el regalo.
–¿Te gusta? –le preguntó Max.
–Me encanta –respondió ella, inclinándose a darle un beso.
–Tú me encantas a mí –le susurró Max al oído.
Cuando ambos se incorporaron, todo el mundo volvía a estar charlando. Gillian, que estaba sentada al lado de su hermana, estaba esperando para ver el anillo.
–Es bonito –le dijo a Max.
–Gracias –respondió este–. Aunque no pienso creer nada de lo que me digas.
–Todas las mentiras han sido por tu propio bien –respondió ella.
–¿Debería darte las gracias?
Gillian se encogió de hombros.
–Teniendo en cuenta cómo han terminado mis mentiras, yo diría que sí.
Max se echó a reír.
–Yo me voy a comer el postre –anunció Cara, levantando el tenedor.
–¿Nos marchamos ya? –preguntó Max, mirándose el reloj.
–Estás contractualmente obligado a quedarte hasta las nueve –le recordó ella, a pesar de estar cansada y tener ganas de estar en casa, en brazos de Max.
–Dado que es mi último acto como personaje famoso, me da igual incumplir el contrato.
–¿Cuándo será tu último programa? –le preguntó Gillian.
–El próximo viernes. Después, volveré a tener una vida normal. Aunque mi vida jamás será normal junto a Cara.
–No ha estado mal –comentó esta entre bocado y bocado.
–¿Quieres saber lo que voy a hacer yo? –le preguntó Jake a Gillian, con el brazo apoyado en su silla y la mano rozando su hombro desnudo.
La música empezó a sonar y las otras dos parejas que había en la mesa se levantaron a bailar.
–¿Vas a hacer algo nuevo? –preguntó ella.
–He estado ahorrando, y voy a montar una empresa de producción –anunció Jake–. Voy a hacer sobre todo documentales.
–¿De verdad?
–De verdad.
–Son casi las nueve –le susurró Max a Cara al oído.

–Todavía no me he terminado el postre –le respondió esta.
–¿Dónde? –le preguntó Gillian a Jake.
–Estoy buscando un lugar en el que instalar la sede social de mi empresa. Tal vez Seattle.
–Qué coincidencia –dijo Gillian sonriendo–. Yo vivo en Seattle.
–Qué coincidencia –repitió Jake.
–Quieres dejarles algo de intimidad –lo reprendió Cara.
–Vamos a casa –insistió él.
–Si quieres, podrías quedarte en mi casa –le dijo Gillian a Jake.
–Sí, podría.
–Tengo un apartamento vacío encima del garaje.
–No voy a quedarme encima de tu garaje –respondió Jake con seguridad.
–¿Tienes otros planes? –le preguntó Gillian.
Jake le tocó la barbilla.
–Sí, tengo otros planes.
Cara se levantó de la silla y miró a Max.
–¿Bailamos, cariño?
Él se echó a reír y se puso en pie.
Antes de alejarse de la mesa, Cara miró atrás y vio a Jake inclinándose para darle un beso a Gillian.
–¿Piensas que...? –le preguntó a Max.
–Si no ha ocurrido, está a punto de ocurrir –respondió él.
Cara empezó a bailar y sonrió al mirar su anillo.
–Muchas gracias –le dijo a Max–. Es precioso.
–Siento no habértelo dado el día que te pedí que te casases conmigo.
–Tengo la sensación de que fue una propuesta espontánea.
–Sí. De repente me di cuenta de que había sido un tonto y de que tenía que arreglarlo lo antes posible.
–Y yo me alegro de que no esperases.
–Estoy cansado de esperar. Quiero ser tu marido lo antes posible.
–Yo también. Tu bebé necesita un padre, cuanto antes, mejor.
Max apoyó la mano en su vientre.
–Voy a intentar hacerlo lo mejor posible, Cara. Te lo prometo. Leeré libros. Iré a clases.
–No necesitas clases. Vas a ser un padre estupendo, Max. Lo único que tienes que hacer es querer al bebé.
–Entonces, va a ser muy fácil, porque ya lo quiero.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

